

CCIC

ZOZAYA

4

CRONICA
DEL AÑO III

P06647

.08

C7

R. C.



1020028101



FONDO
RIGARDO COVARRUBIAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

29/01



CRÓNICAS DEL AÑO UNO

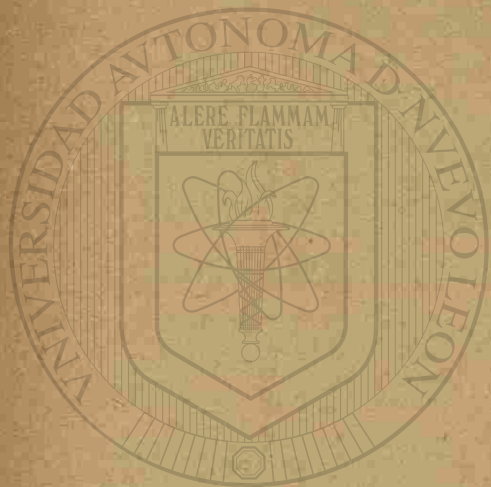
UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



ANTONIO ZOZAYA



Crónicas

del año uno

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

101235

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MADRID

EST. TIP. DE RICARDO FÉ

Calle del Olmo, núm. 4

1902

34534



PQ 6647
.08
C7

FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

ES PROPIEDAD DEL AUTOR
QUEDA HECHO EL DEPÓSITO QUE MARCA LA LEY

CAPILLA ALFONSO REYES
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

Al que leyere.

Cariñosas instancias, estímulos circunstanciales y ¿por qué negarlo? ese amor desmedido que profesamos á las propias ideas cuando han encarnado en lo que en nosotros hay de más íntimo, me han movido á coleccionar estas *CRÓNICAS*, entresacándolas al azar de las publicadas por mí en *El Liberal* durante el año que ahora termina.

Escritas al volar de la pluma, inspiradas en hechos fugaces, obra más de sentimiento que de meditación, claro es que han de perder en espíritu reflexivo lo que en espontaneidad ganado haber pudieran. Ellas son así, y así te las ofrezco, convencido de que, buenas ó malas, han sido dictadas por una concepción elevada y sistemática de la realidad, un ansia de perfeccionamiento, un desinterés absoluto y una consoladora y perdurable esperanza, que es el secreto de mis energías y la última palabra de todos mis libros.

31 Dic. 1901



EN LA ALTURA

SOBRE aquel edificio sombrío, colosal, imponente, he visto aparecer una tenue nubecilla azulada; ha salido en apretadas ondas de las entrañas del coloso, y ha empezado á elevarse lentamente, formando caprichosos arabescos, tibia, perfumada, vaga como un ensueño y como una esperanza indecisa.

Después, de otro edificio tan grande, tan suntuoso, pero menos sombrío, se ha elevado otra nube plumiza, apretada, compacta, firme como la realidad. Ha brotado de la alta chimenea, y subiendo, subiendo siempre, ha encontrado á su paso á la otra nubecilla y juntas han seguido su ignorado rumbo.

Barcelona entre tanto no duerme. Su lema es VOLUNTAD. Y esa voluntad es la

que se columpia junto á sus muelles, resuena en sus fábricas, agítase en sus almacenes y golpea en sus yunques. Acaso ella también es la que se prosterna en sus templos. La cuaresma lo exige; una cuaresma fría, coronada aún de nieve en las cumbres lejanas, ceñida aún del cierzo que la envuelve con su helado soplo, oprimida en sandalias de rocío en el césped de las avenidas y de los parques. Todavía está lejos la primavera; todavía no aparecen en los ramajes los tiernos brotes, aún no vibra en los aires el charloteo de las golondrinas. Entre tanto Barcelona se postra, ora... y trabaja.

Y las nubecillas, ¿qué harán? Las sigo con la mirada y las veo que siguen elevándose juntas. ¿Tendrán ellas también su lenguaje? La fantasía se complace en creerlo y aun en escuchar sus casi imperceptibles sonidos. Es hermoso interrogar á las nubes cuando sentimos la fatiga de escuchar á los hombres.

—Yo salgo—parece como que dice la nubecilla azulada—de las gradas del templo, donde en cincelado y artístico vaso fué engendrada, y me elevo á las plantas de la Divinidad. En mí seno llevo los piadosos cánticos, los graves acordes, las fervientes plegarias de todo un pueblo. Antes de elevarme he besado la túnica de una amorosa

Virgen-madre y el madero de un Redentor sublime. Déjame que me eleve.

He salido—contesta la mayor—abrasadora y pujante de las entrañas del motor. Al formarme he sentido el estremecimiento de la fecundidad y el beso del trabajo honrado. He pasado sin riesgo entre los gigantes y raudos volantes; he sentido la peligrosa caricia de las móviles máquinas; ha pasado por mis entrañas la aguda lanzadera y la correa sin fin, é impregnada del canto varonil y vibrante de mil obreros voy á disgregarme en los aires, á resolverme en mis elementos primitivos, á condensarme en lluvia benéfica que derrame en los surcos la fertilidad. Deja que me expanda.

—Mira—sigue diciendo la primera:—allá abajo, agrúpanse las gentes en los enlosados y anchurosos pórticos. De aquellos ventanales románicos, de esotras alicatadas ojivas tímidas, rebosan las armonías de los fieles empapadas en lágrimas de gratitud. Por doquiera se ve el recogimiento, la piedad, la devoción austera. Barcelona reza.

—Observa—replica la segunda—cómo columpian sobre las ondas los navíos sus gallardos mástiles; cómo todo es agitación, movimiento, vida; cómo rasgan los aires ecos de martilleo; cómo estallan los haces

de luminosas y fulgentes chispas; cómo se estremece doquiera la tierra al sentir el peso del brazo de hombre. Barcelona trabaja.

—¡El trabajo! Sin la Religión es estéril; sin la fe está maldito desde Tubalcain. Es el horrendo esfuerzo que agota, es la energía convertida en instrumento de degradación y servidumbre. Es la máquina destruyendo al obrero, echando ante sus ojos la venda de la ignorancia y del egoísmo. Es la lucha implacable por la vida, sin fin y sin objeto; es la miserable semilla del odio entre los hombres por un trozo de pan y de la sangrienta guerra entre los pueblos por un pedazo de oro.

—¡La piedad! Sin el trabajo es una vana palabra, eco que el viento lleva. El culto sin las obras un estéril delirio de fariseos. Es la idea que no toma cuerpo en la vida, el verbo que no se hace carne, la verdad convertida en superstición. Ella lleva á los hombres al fanatismo; á las luchas impías de religión y de raza que ensangrientan la Historia; á la absorción del hogar por el claustro, de la sociedad humana por la agrupación monacal infecunda. Ella arroja á los hombres en los negros antros de la esclavitud de la voluntad y del pensamiento.

—¡Insensatez, locura! Pretendes conquis-

tar el universo, y no adviertes cómo vas dejando vacío el corazón de los hombres. Quien me sigue no anda en tinieblas; sigue mis pasos; elévate conmigo al empyreo. ¡Divinízate!

—¡Necedad, ceguera! Aspiras á dirigir las almas, y las sumes en las tinieblas; quieres ser dispensadora de lo eterno, y chocas con las leyes de la Naturaleza inmutable. Disgrégate en el mundo: ¡humanízate!

Las dos nubes, condensadas, terribles, se agolpan y confunden en un oscuro germen de tormenta. Sus frases amenazadoras, ¿son réplicas ó, más bien, tableteos de trueno?

Pero en tanto allá abajo, en las anchurosas y espléndidas vías, las gentes se arrebatan un papel impreso. Es un nuevo diario, poderoso elemento de cultura; un arma contra el fanatismo; un ariete contra la impiedad.

A su presencia las nubes se disipan y la luz resplandece. Su lema se encierra en estas consoladoras palabras: Libertad, tolerancia, mutuo respeto.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE SEVILLA
ALERE FLAMMAM
VERITATIS

LA FERIA LEJANA

Quien no la ha visto la ha soñado. Es la orgía de luz y matices, el tierno preludio de la primavera, la sinfonía eterna del amor. Es algo deslumbrante, como el rayo del sol que en los ramajes simula rancias; algo móvil, como la caña azucarada mecida por la húmeda brisa del río moruno; ardiente y dulce como el fruto de la palmera; sonoro como el grato estallido de un beso. Es, ante todo, la feria de Sevilla, la fiesta de la Naturaleza madre que despierta, la *megalense* de la juventud celebrada por Ovidio en sus *Fastos*; la pascua gloriosa del eterno femenino.

Todo se ha dicho: la paleta ha agotado sus colores, la pluma sus giros, la imaginación exaltada, sus tropos. Esa tierra, cuya savia dorada circula en la vid, cuyos acres perfumes se exhalan de la flor del geráneo, cuya vida palpita en el corazón de sus can-

tores y en las pupilas de sus bayaderas, ha infundido también todo el oro y el hierro de sus entrañas en el cerebro de sus genios. Y ellos han cantado á Sevilla, colgando sus esculpidas estrofas de las ramas azules de sus perfumados naranjos; y han incrustado la pedrería de su lenguaje, de sus gallardas ojivas túmidas, sus alquiceles y sus arabescos; y han enredado las hebras prodigiosas de sus imágenes floridas en los alicatados de sus dinteles y en las umbrías de sus jardines y en los florones de sus rejas, y allá, en las cresterías de sus templos. Y su frase vibrante, sonora, incomparable, ha besado las cuerdas de sus guzlas y los pétalos de sus mirtos y las trenzas espléndidas y oscuras de sus mujeres.

Todo se ha dicho y todo queda por decir, porque tu belleza es eterna ¡oh Sevilla!; porque siempre queda ignorada una nitidez en tu frente y un pliegue en tu inmaculada túnica y una gota de néctar en tus copas de ámbar. Todo queda por decir y no se dirá nunca, porque en tí está el secreto de la armonía que no se acaba y de la luz que jamás se extingue ni agota sus irisados cambiantes, y del amor que incesantemente germina y de la vida que se renueva.

No basta contemplar la feria de Sevilla; hay que sentir en el corazón la magia de su

hermoso espectáculo. Allá, junto al río manso y susurrante, se ha detenido, resoplando con silbido estridente, el monstruo de entrañas de hierro y ha arrojado por sus costados la inmensa turba de viajeros curiosos. Cual inmenso hormiguero, se han extendido, confundido y dispersado en las alamedas, los muelles, las calles y los espectáculos. Pero muchos de esos visitantes superficiales no han contemplado Sevilla ni visto su feria. En no pocos, la retina inexperta confundirá en sensación mal analizada matices y notas de color. No hallará en lo vulgar lo genuino y característico. La mancha genial se difumará en su mente con el colorín; el canto melancólico de inflexiones sublimes con el grito sensual. En aquel escenario tan grandioso, la belleza ha permanecido para ellos oculta como la Casina de Plauto. Y sorprendidos, ciegos, atónitos, regresarán llevando en su memoria un borroso recuerdo de algo grande, gigantesco, cuya magnificencia presienten, como el esclavo la del Coloseo, pero que no han podido comprender.

Y, en cambio, hay muchos otros que no han venido, que quizá nunca podrán venir. Entre ellos está el joven soñador y entusiasta, esclavo de un trabajo que aniquila, de un esfuerzo violento que nunca cesa. Un

triste sevillano lanzado por la suerte de su hogar. Y allí, en la soledad de su cuarto de estudio, ó en el rincón malsano de su taller, piensa en Sevilla. Reproduce su mente la Giralda, ese concertante de piedra; San Telmo, esa sinfonía de tallos y ramajes; adivina, sin verla, la fiesta soberana, escucha sus acordes y cuenta sus cadencias. Pero la fiesta pasa y otra y otra más y nunca puede el mísero hacer la peregrinación á esa Meca de la juventud y del amor, tantas veces soñada y solamente en la niñez entrevista.

Aparecen de nuevo los carteles anunciando el concurso de la alegría y la riqueza y no puede contener un doliente suspiro. Tampoco esta vez le verá. No podrá despertar en su alma quejumbrosa el recuerdo de otras noches serenas pasadas cerca de los vistosos pabellones, oyendo las armonías mudejares, respirando el aroma de los azahares y mirando embelesado á las graciosas sevillanas de labios encendidos, ojos deslumbradores, figura esbelta, como fuste de columna corintia, y andar de antílope. Todos van menos él; menos él que tiene un corazón donde puede la luz fulgurar y reflejarse como en un límpido espejo y las armonías extenderse y repercutir como en caja sonora.

Y un día, cuando llegan los ecos de la feria á los confines del mundo entero como un eco de triunfo y rumores de copas que entrechocan, pandejetas que zumban con gracioso cascabeleo, palillos que repican agitados por dedos pequeños y ebúrneos, mientras se agitan lazos y caireles, siente acabar su vida lejos de aquella feria que tanto deseó, de aquella incomparable patria que no volverá á ver. Entonces se incorpora y escucha los mil ruidos que la fiebre le finge. Aquel rumor que llega hasta sus oídos, ¿no es el de las azules ondas del Guadalquivir? ¿No es aquel murmullo el del real de la feria? ¿No es aquel resoplido el de sus potros? ¿No es aquel tierno acento el de sus cantares? No. Todo suena *adentro*, en la caja sonora que espera siempre en vano notas que en ella vibran. Sus ojos se entornan; en sus labios se modula una frase: ¡Ay mi Sevilla!

Y muere.

VIVERO DE HOMBRES

Han vuelto. ¡Qué alegría!

¿Son los redondeados verderones, ó las golondrinas de forma de saeta? No; esos aún no han venido. ¿Son los grillos que agitan sus élitros con vibración metálica, ó las hormigas en su doble fila interminable como procesión de viejas devotas? No; esos aún no han salido de sus misteriosos alcázares subterráneos, donde las alfombras son polvo de trigo y briznas de césped, las columnas perfumadas raíces, las paredes fel-despatos y mármoles, las cornucopias cristales de roca y las lámparas gusanos de luz.

Han vuelto, y, con ellos, la primavera, tibia, embalsamada, armoniosa, incomparable. Han vuelto con sus colores aterciopelados, con su frescura exuberante, con su silueta siempre gallarda y su aroma virginal.

Entonces, ¿son las flores de acacia ó de almendro que, á la luz de la luna, entre-

abren en el silencio místico de la noche sus nítidos pétalos? O, ¿acaso las hojas lanceoladas que asoman en los tiernos ramajes como alas de gnomos verdes y diminutos? ¿O tal vez las bombylias diurnas que han tejido su seda y vuelan en danza serpentina á registrar los entreabiertos cálices? No; nunca lo acertaréis: son... los niños.

Son los niños que, en confuso y alborotado tropel pueblan las ramblas y señalan sus minúsculas huellas en los senderos enarenados del Parque. Son los niños; pero ¡ay, cuántos no están que se despidieron al llegar el otoño de las chispas fulgentes de la cascada, de los peces del lago, de las hiedras del bosque y de los tazones de las fuentes! Son muchos los que faltan. El invierno fué duro, las viviendas malsanas, la ventilación insuficiente, los alimentos sanos de más penosa adquisición. ¿Cuántos son los chiquitines que faltan? ¿Ciento? ¿Mil? ¿Diez mil? ¡Ah, Barcelona! ¿Por qué dejas morir en tu hermoso regazo tanto niño?

Este año hay muchos nuevos que emprenden su primer revuelo de alondra, columpiándose en indecisa marcha, tropezando á las veces con susto y congoja de las madres que les siguen sin separar de ellos la vista, como las madonas de Tiépolo. Todos corren gozosos, mirando la naturaleza

sin pasmo y pareciendo decir como Alejandro en Asia: *Todo esto es mío*. Son ellos, los futuros hombres, los que han de alegrar la tierra con sus risoteos y fecundarla con sus lágrimas. Ellos nos mirarán encanecer, cerrarán nuestros ojos y proseguirán nuestra ingrata labor; á ellos, cuando nuestras manos vacilen, habremos de entregar, *quasi cursores lamparæ tradunt*, la antorcha esplendorosa de la vida.

Yo idolatro á los niños. La primera razón... porque no son hombres. Después, porque conservan en su frente el sello del infinito de donde proceden, como los octogenarios el de la eternidad á que van á volver. La existencia es un punto entre dos espacios eternos; una luz entre dos infinitas tinieblas; pero esa luz, azulada y resplandeciente en la infancia, se hace cárdena y triste al alcanzar la cumbre de la vida. Hay en esos infantiles rostros la expresión de sensaciones ignoradas, purísimas, que después habrán de hacerse débiles y confusas, rasgos que han de esfumarse, ideas que no han de tomar cuerpo. Recordad esos días de nuestra aurora, y decidme si al sentir el bordoneo de un insecto que pasa, el rumor de una fuente que corre, el perfume de una flor que se abre, la incierta melodía de una música que se aleja, al per-

cibir vagamente la reminiscencia de sensaciones que habéis experimentado hace ya mucho tiempo, quizá en el regazo de vuestra madre, tal vez sobre los edredones de vuestra cuna, no sentís un profundo estremecimiento, mezcla de dicha y de sobresalto que, por un breve instante, os recuerda otro mundo más bello, más grandioso, iluminado al menos por una luz melancólica y grata, como un destello de la eterna luz, por una claridad vaga y solemne, que no es sino el crepúsculo de la vida.

¿Queréis hallar ignorados placeres? Interrogad á esos niños, porque toda infancia es una sibila. Preguntad al más agitado é inquieto qué es lo que quiere ser.—¡Militar!—os dirá sin duda—para tener un brioso alazán, un refulgente sable y unos negros y sedosos bigotes. No os riáis: es el amor á lo generoso y lo noble lo que palpita en esos deseos. Hace algún tiempo hubiérais podido preguntaros: ¿Será Bazaine ó Bonaparte? ¿Venderá á su patria como Hippias, ó la salvará como Codro? Hoy lo que hay que saber es si podrá alcanzar el puesto más humilde, si no hallará cerradas esas puertas que con la empuñadura de su sable pretende franquear.

Aquel otro os contestará que quiere ser poeta. ¿Cantará la fortuna, ó el amor? ¿Co-

rrerá por los bosques con Ruskin, por las estepas con Turgueneff, ó por el firmamento con Hugo? Sus estrofas, serán las de Quintana á la patria ó las de Fray Luis al hogar campestre? Dudemos, ante todo, que pueda abrirse paso y aplastar á la envidia, á pesar de esa frente tan pura y esas anchurosas pupilas en que parece arder el fuego del profeta adivino.

Id preguntando á todos. Este pretende ser jurisconsulto. Ignora contra qué miserables escollos, contra qué miserables y desconocidas sirtes habrá de estrellarse. Aquél aspira á ser sacerdote, sin pensar que, en su mente, puede un día librarse el asolador y terrible combate del dogma y la razón; del voto que acalla y la naturaleza que grita. Esotro será médico: jugará con la vida y la muerte, y acabará, por fin, por pretender inútilmente lavar sus manos, como Lady Macbeth. No faltará quien pida cultivar esa tierra que, después de negarle sus frutos, habrá de fecundarse con sus cenizas. Todos se hallan dichosos; ninguno analiza. Todos sienten una ambición legítima: quieren ser algo. Pero, ¿lo podrán ser?

La primavera ha vuelto, y, con ella, los niños á los jardines. Ellos sonríen, juegan, saltan como pinzones en regadío; pero las madres lloran, porque los niños se mueren

faltos de alimentación y de oxígeno. Ellos contemplan abiertas las puertas del futuro, pero los padres gimen al mirarlas cerradas con siete llaves. Abramos esas puertas, purifiquemos ese ambiente, hagamos posible la vida de esos niños, para que merezcamos en las mañanas tibias de primavera, acariciar sus guedejas doradas y estampar en sus inmaculadas frentes un beso.

1.º DE MAYO

La plebe llega.

Llega ordenada, consciente, digna, reflexiva, á celebrar su fiesta de floreal.

Pero, ¿no es, gracias al progreso, la desigualdad cada vez menor? Al desarrollo de la riqueza pública, afirma Henry George, corresponde necesariamente una agravación de los males que el trabajador sufre; cuanto mayor es la producción, cuanto más esplendor alcanzan la industria, el comercio, los elementos todos de bienestar, más dura, más terrible, más insoportable se hace la condición del proletario, porque el problema no se refiere á la *producción*, sino á la *distribución* y al *consumo* de la riqueza.

—¿De modo—se dirá—que hemos luchado lustros, décadas y centurias por allanar cuantos obstáculos se han opuesto al progreso, que hemos asentado el inconmo-

faltos de alimentación y de oxígeno. Ellos contemplan abiertas las puertas del futuro, pero los padres gimen al mirarlas cerradas con siete llaves. Abramos esas puertas, purifiquemos ese ambiente, hagamos posible la vida de esos niños, para que merezcamos en las mañanas tibias de primavera, acariciar sus guedejas doradas y estampar en sus immaculadas frentes un beso.

1.º DE MAYO

La plebe llega.

Llega ordenada, consciente, digna, reflexiva, á celebrar su fiesta de floreal.

Pero, ¿no es, gracias al progreso, la desigualdad cada vez menor? Al desarrollo de la riqueza pública, afirma Henry George, corresponde necesariamente una agravación de los males que el trabajador sufre; cuanto mayor es la producción, cuanto más esplendor alcanzan la industria, el comercio, los elementos todos de bienestar, más dura, más terrible, más insoportable se hace la condición del proletario, porque el problema no se refiere á la *producción*, sino á la *distribución* y al *consumo* de la riqueza.

—¿De modo—se dirá—que hemos luchado lustros, décadas y centurias por allanar cuantos obstáculos se han opuesto al progreso, que hemos asentado el inconmo-

vible principio de la libertad de pensamiento y de acción, que hemos inventado la máquina que crea y que transporta, que hemos derrocado á la tiranía, abierto horizontes á la inteligencia y á la actividad, y cuando nos proponemos derribar las fronteras, democratizar el capital, se nos dice que nuestra labor es funesta, que hacemos peor la condición de los que sufren, que vamos señalando el camino de la civilización con regueros de sangre y lágrimas? No; la plebe no llega. Alcemos nuestras copas.

No es posible creerlo. Al paso que aumentamos el número de fábricas, de muelles, de vías, de mercados, no puede aumentar ella la legión de los desesperados y hambrientos; el soplo del motor ha extinguido la voz de Graco. Cuando hemos fertilizado la tierra y arrancado á sus entrañas el hierro y á sus nervios la fuerza propulsora y el fuego á sus arterias; no puede elevarse sobre sus desnudas planicies, cada vez más sombrío, más siniestro, más aterrador, el negro y colosal fantasma del hambre. Sigamos el festín. No llega la plebe.

¡Ay, qué triste es decirlo! ¡Poseer el secreto de hacer vibrar las cuerdas de la lira horaciana, el talismán que evoca las som-

bras de los vates que fueron, poder, como Virgilio, reproducir el rumor de los campos, con sus clamoreos de voces alegres y sus ecos acompasados de lejanas esquilas; ser dueño de representar con Ovidio el brillo del banquete y la muelle suavidad del triclinio, el reflejo de la luz en las ánforas henchidas de Falerno ó el brillo de unos labios bermejos con el viejo Catulo y tener que cerrar los embelesados oídos á la canción de Anacreonte para abrirlos al rumor amenazador de la ergástula! Cuando todas las copas se elevan, cuando vierten las alegres hetairas sus vasos perfumados sobre las frentes coronadas de mirto, cuando los párpados se entornan, mientras eleva en los pebeteros sus vapores la mirra, ¡qué triste es el decir á los convidados medio dormidos:—¡Despertaos, que se acerca la plebe!

Sí, es ella quien se acerca, soberana, augusta, reclamando su puesto en el festín. Es ella, la muchedumbre anónima, la que hizo madurar esos frutos, fermentar esos néctares, arder esos sábeos perfumes en los vasos armenios. Es ella, la que trajo de la Scitia esas pieles, del África esos ámbarres, del Océano Indico esas perlas que desleímos en cálices de oro; la que bruñó los cincelados broches, pulió los camafeos é

hizo brillar los cambiantes de luz en las facetas de los topacios. La que nos dió, por fin, su carne y su sangre en la guerra, la que entretejió esos laureles con que adornamos nuestros trofeos; la que nos divierte en la arena enrojecida del circo, procurando, para alegrar á nuestras vestales y regocijar á nuestros libertos, sucumbir con decoro.

Ya llegan: preparemos los pescados blancos y perfumados del lago de Como, las aves suculentas de la Galia, los tiernos corderillos carpetanos, porque llegan hambrientos. Allí vienen, los que, con fornido y robusto brazo, roturaron la tierra para esconder en su húmedo y palpitante seno la dorada semilla; más lejos, los que llegaron á las profundas simas subterráneas donde yacen los bosques prehistóricos como gigantes megalíticos; con ellos están los que se columpiaron en las negras y embravecidas ondas, disputándolas con inminente riesgo su presa; después los que manejan el pesado martillo, los que dirigen la lanzadera, los que graban y esculpen, los que, en noches de insomnio, se esfuerzan por dar cuerpo á la idea, que lanza en su candente cerebro su soplo inmaterial. Ya llegan: preparemos los vasos rebosantes, entonemos el canto de los hijos del muérda-

go, presentemos á sus ávidos ojos el espumoso Chipre y las doradas y estimulantes salsas de Trymalción.

Pero no: sosegaos. La turba no ha pasado los dinteles del pórtico. Ya se aleja, celebrando su fiesta, la fiesta del trabajo y la emancipación. En lugar de exigir justicia, ha solicitado piedad; en vez de presentarse amenazadora, se ha mostrado sumisa; en sus manos no relucen las armas, en sus labios no brotan las injurias, en sus ojos no relampaguean las feroces llamaradas del odio. La plebe se ha mostrado digna, severa, justa. Y esta es la señal de que se aproxima su triunfo. Puede continuar el banquete. El alba se acerca; ha terminado la fiesta de floreal.

Y el festín podrá celebrarse de nuevo, fastuoso, espléndido, perfumado por cien pebeteros, iluminado por cien antorchas. Pero habrá que prepararle con atención para que no haya en él un solo vino que contenga lágrimas, ni un manjar adquirido con violencia, ni un vaso arrancado á su dueño, ni una joya usurpada. Otra vez volverán los comensales al triclinio, pero pensando si en aquellos jarros no habrá una sola gota que pertenezca de derecho á un ausente, si en aquellas vasijas no habrá una sola brizna de azafrán ó un grano

de mostaza recogido con sed y cansancio, si no habrá entre aquellas frutas un dátil que represente el trabajo infecundo ó el esfuerzo sin recompensa.

Y entonces, al volver esa fecha en que se congrega la plebe, al escuchar su canto de triunfo, saldrán los convidados al peristilo coronados de hiedra y verán á los pobres tranquilos y gozosos; y unos y otros, unidos en el sentimiento de la justicia y la fraternidad, podrán gritar con entusiasmo:

—¡Oh feliz, oh dichoso, oh bienaventurado día!

EN HUELGA

Han vuelto á circular los tranvías.

¿Os acordáis de cuando aparecieron por primera vez en las calles? Casi todos éramos niños, y, con los ojos muy abiertos, contemplamos aquel luminoso juguete que se deslizaba mansa y tranquilamente por los rieles de acero. ¡Qué bonito y qué nuevo era aquello! Y eso que los carruajes eran pequeños, tirados por mulas escualidas y guiados por conductores reclutados en la nobilísima clase de arrieros y mayoresales. Pues ¿y cuándo subíamos á ocupar un asiento? Experimentábamos el placer de deslizarnos sin sacudidas; mirábamos á todos aquellos viajeros de tan diferentes edades, estados y categorías, ceremoniosos y serios, sobre todo muy serios, y no nos atrevíamos á volvernos hacia las ventanillas para ver pasar, en procesión fantasmagórica, las casas, los árboles, los transeun-

tes, mas no con la rapidez del expreso, sino con la moderada marcha que permite reconocer un sitio en donde fuimos felices, contemplar una cara conocida, decir *adiós* á un viejo arbusto y cruzar un saludo con aquellos que, por caprichos bien tristes del destino, no hemos vuelto jamás á ver.

Aquello era lo nuevo, lo *inesperado*; era el coche-juguete, era la última concreción del progreso, y sobre todo, y como escribe Amicis: era la *carroza de todos*. Por primera vez Juan Peatón podía detener el carruaje ante su vivienda, arrellanarse en los almohadones, sentir á su lado crujir la seda, aspirar el olor sensual á mujer hermosa, codearse un momento con hombres encoquetados y linajudos y descender después, como César del Capitolio, con la frente elevada, el paso firme, seguro de volver á encontrar siempre que le viniese tal antojo y mediante un insignificante estipendio, aquel cajoncito gallardo que prestaba á su cuerpo descanso y, por la sociedad de las gentes, elevaba su espíritu á ignoradas esferas de cultura y de bienestar.

Alguna vez, sentíamos una sacudida de retroceso y un golpe sordo. El carruaje se detenía y la gente prorrumpía en lamentos. ¿Qué ocurría? ¡Horror! Era una pobre mujer arrollada por el vehículo, un niño ó

un anciano despedazado sobre los rieles. El corazón nos saltaba del pecho, oprímase nuestra garganta y huíamos de nuestra flameante carroza, haciéndonos sentir el remordimiento el escozor de su mordedura. Pero ¿éramos nosotros culpables? Los carros del progreso tienen, como los de los dioses indios sus víctimas. Poco á poco, desvanecía-se el recuerdo del horrible accidente y volvíamos á ocupar un asiento, sonrientes, tranquilos, embelesándonos en la marcha rápida ó en el éxtasis de la contemplación de una cara aterciopelada con lindos ho-yuelos.

Después, cada vez los carruajes fueron más cómodos y lujosos, la marcha más veloz, la iluminación más espléndida, y un día aparecieron los coches automóviles con su campaneó estridente y sus focos poderosos de luz. Como el Júpiter Keraunio, aquel gigante de ojo deslumbrador, despedía de su frente y de su planta rayos azules. Le miramos con horror inconsciente, después con sorpresa, y, por fin, penetramos en sus entrañas de madera pulimentada y níquel bruñido. Ya no sólo se socializaba la locomoción, sino el lujo. Aquel era un verdadero salón, un alcázar movible bañado en resplandeciente claridad. ¡Ay! demasiada claridad cuando nuestro atavío seña-

laba las huellas del tiempo ó cuando nuestro viejo calzado, á través del barro de las avenidas, clamaba, como Horacio á Póstumo contra el irremediable poder de los años fugaces, *indomiteque morti*.

Y, un día, nos sorprendió la ausencia de nuestros carruajes. Entonces se nos antojaron las calles más solitarias, las distancias más largas, nuestra penuria más patente. Aquellas redes de grueso alambre, suspendidas sobre nuestras cabezas, amenazándonos como al cortesano de Siracusa la espada de Dionisio, nos parecieron, destacándonos sobre el azul inmenso, algo muerto, como los trazos de una mano ausente sobre las paredes ennegrecidas del hogar; nuestro oído intentaba repetir el sonido estridente del timbre de alarma, que tantas veces llegó á sobrecogernos, como una armonía ya lejana que la memoria intenta en vano reconstruir. Volvíamos á encontrar la ciudad igual que en los días de nuestra infancia; pero melancólica y triste, como los sitios que visitamos de nuevo después de una forzosa y prolongada ausencia. Hemos ansiado entonces volver á contemplar la animación perdida, el movimiento incesante, el ruido ensordecedor, el peligro cercano. A despecho de todo misoneísmo, el pasado tiene su encanto, como las sombras que, al

caminar, dejamos atrás, porque son el recuerdo; pero nos estremece como ellas, porque son la nada.

Era la huelga de conductores. ¡Cómo! ¿Aquellos hombres erguidos, inmóviles, mudos como esfinges, con la mano posada en la manivela, como Saturno en la rueda de la eternidad; aquellos devoradores del espacio, que todo lo arrollaban impasibles, que miraban escrutadores el horizonte á través de los cóncavos vidrios del paraviento; aquellas estatuas de músculos y carne, vivían, palpitaban, sentían las pasiones de los hombres y también sus tormentos y angustias? ¿Aquellos impasibles autómatas tenían también, allá en un rincón de Gracia ó de Hostafranchs, un techo, una familia, un círculo de afectos, de odios, de goces y amarguras? Nuestra confusión era grande. Nuestro juguete estaba animado, nuestra carroza tenía un alma y aquella alma elevaba su protesta bajo el centelleo de la garrucha y sobre el vertiginoso giro del electro-motor.

En medio del movimiento raudo, entre la agitación de las gentes que suben y bajan, se repelen y chocan, aquel hombre, tenaz en su quietismo, se agitaba también pensando en el malestar, acaso en la miseria de los suyos. Rodeado de sedas y de céfiros, de encajes y joyas, bañado en el

perfume de las aristocráticas viajeras, aspiraba aquel servidor de todos el vaho de un cuarto nauseabundo, sin luz y sin oxígeno. Y aquel hombre se revelaba por fin. Y á su voz, el progreso paraba su marcha y el dios pueblo quedaba sin carroza y el rayo permanecía encerrado en su inmóvil carreta metálica, como Luzbel en el Pandemonio.

Han vuelto á circular los tranvías, y hemos sentido la alegría que experimentamos al volver á ver á nuestros antiguos servidores. Sí, ese monstruo que devora el espacio, que destruye cuanto á él se opone, que tiene en sus entrañas la energía eléctrica y en su voz la vibración del metal, esa carroza lujosa cual ninguna, amasada con oro, que, como el genio, lleva en sí misma la luz que le alumbrá, es servidora nuestra.

Podemos detenerla, hacer que nos conduzca dócilmente, que modere su paso y nos deje, por fin, allí donde nos llama la familia, el trabajo, el ocio ó al amor. Si acaso nos aplasta, será, como el oso de Lafontaine, por querer sernos útil. Bendigamos su reparación. ¡Feliz quien puede reclinarsé en sus barnizados asientos, ser por ella arrastrado, sin sentir las sacudidas de la marcha, contemplar con los ojos medio enloñados el paisaje que se difuma, ó la lluvia que azota los vidrios, ó el sol que pres-

ta tonos vigorosos á un mundo fantástico que pasa á nuestra vista rápido, variado, deslumbrador como un mundo ideal!

Y, al subir á la plataforma, miremos con cariño á ese rígido servidor que permanece inflexible, apoyado en su manivela. Tal vez cuando nosotros pasemos á su lado indiferentes, pensando en la fortuna que nos sonríe, la gloria que nos espera, el amor que nos abre sus puertas de nácar, aquel hombre recuerde el hogar extinto, la mujer ausente ó la caricia febril del niño enfermo.

LOS HUMILDES

Se ha inaugurado la Exposición monográfica del tubérculo la patata.

Seguro es que, al leer tal noticia, más de una bella lectora ha contraído sus labios de color de cereza y ha dejado mariposear en ellos una sonrisa. Y ¿no es ya bastante hacer sonreír?

No sé si ha sido Ruskín quien ha afirmado que hacer sonreír es un privilegio que los dioses disciernen. Provocar la risa estridente, homérica, puede conseguirlo cualquier persona, y aun cualquier objeto, con tal que le sea dado presentar el contraste entre el accidente y las leyes de la razón, que es el gran secreto de lo cómico. Hacer llorar es más fácil aún; cualquier mano poco piadosa tiene en su poder la clave de las lágrimas. Pero hacer fulgir en el iris ese destello que denota el contento, conseguir que la boca se contraiga dulcemente, que la pu-

pila se dilate como ante un alegre panorama, provocar la explosión del bienestar sin fruncimiento ni sacudidas, eso no puede conseguirlo sino lo que es fuente de placeres humildes, lo que lleva en su interior impreso el sello del bien. El niño que prorrumpe en risotadas ante lo deforme, chillón y grotesco, sonríe á los pájaros, á las flores, al cielo tachonado de estrellas. Aristófañes, pintando en sus tramoyas á la Filosofía cabalgando en un tronco de fresno, provocaba las carcajadas de los libertos; solamente Menandro, mostrando las humanas flaquezas, sin encono ni grosería, evocaba la plácida sonrisa en los rostros de los ciudadanos de la libre Atenas.

—¿Y todo esto—diréis—sugiere á un cronista la patata? ¡Oh imaginación, y cuán pronto remontas el vuelo!—Esperad, que lo humilde tiene sus fueros y regalías. Y, sobre todo, sonreíd. ¡Dichoso quien sonríe, y más dichoso quien puede consolar y alegrar á sus semejantes!

La patata, con sus hojas herbáceas y sus pequeñas flores blancas ó violadas, que sostienen pedúnculos tenues, no es, ¿por qué no decirlo? una planta de salón ó de estufa. Ni sus flores perfuman el ambiente en esbeltos búcaros, ni su fruto aparece en los festines en sustentáculos de bronce y talla-

do cristal. Su papel es modesto. No pudiendo ser bella, ha resuelto ser útil. Como la Dorotea de Gœthe, ó, más bien, como *La mariposa* de Cano, donde no puede llevar el asombro, lleva el consuelo.

Ha pasado la estación estival encerrada en sus pequeños montículos de tierra esponjosa. Agradecida á la callosa mano que ha quitado en derredor suyo las hierbas parásitas, que ha mullido su lecho de doncella pobre, que ha humedecido con el riego sus tallos en las noches serenas de la canícula, muestra, por fin, sus florecillas minúsculas y perfumadas, que toda la familia quiere contemplar. Poco á poco se doblan las florecillas nítidas y encogen sus agostados pétalos. Pero en el interior de los montecillos de tierra ha surgido el tesoro. Y allí marchan los hombres, las mujeres, los pequeñuelos, á desenterrarle con sus azadillas y enseres. ¡Qué alegría encontrar esas solanáceas, doradas, redondas, henchidas de gluten y nitrógeno, con sus lindos hoyuelos de adolescente, frescas y orondas, dentro de su lisa y tangente piel! En aquel momento se olvidan los trabajos del año, las noches robadas al descanso para refrescar las raíces y desangrar la acequia, los temores de sequía ó devastadora tormenta. El tesoro está allí, como un don de Ceres,

y las manos jamás se sacian de rebuscar entre los movedizos terrones aquel fruto redondo y amarillo que habrán de saborear después desamparados y poderosos con deleite.

Con deleite, sí; porque esas humildes campesinas han de brillar después en los más deslumbradores banquetes, al lado de los más suculentos y olorosos manjares; huecas, como esas señoras linajudas del siglo xvi, ó rizadas, como las delicadas semi-mundanas del xx. Y los dedos más afilados y ebúrneos no se desdeñarán de sentir su grato y penetrante calor, y los dientes más pulimentados y blancos no se negarán á cortar su blando y perfumado cuerpo.

Pero mirad, que aquello es más hermoso. El abuelo ha apagado su pipa; el padre y el hijo mayor han colgado los aperos y han enjugado la sudorosa frente. Allí, junto al hogar, está puesta la mesa, á que los niños se acercan con jovial charloteo, como pudieran hacerlo á las ánforas de Trymalción; la mujer ha tendido el mantel y encendido la hogaza. Ha llegado el momento solemne; el anciano señala en el aire una cruz invisible y la abuela se acerca radiante, con su humeante y azafranado cuenco, á depositar aquel fruto del trabajo de todos, aquel manjar sabroso y bien oliente de la

pobreza, mientras chisporrotean en el fuego las ramas de brezo y castaño y estallan en el aire las risas y palmoteos de los niños.

—Pero ¡una Exposición!—me diréis.—

¡Ah! Ciertamente sería más vistosa, más deslumbradora, más sorprendente, una Exposición de armas y trofeos. Desde el hacha de sílex, bajo cuyo cortante filo sucumbió el paria, hasta el fusil que ha lanzado de sus entrañas el proyectil candente sobre el soldado arrancado á su hogar; desde la espada corta de Alejandro al corvo alfange de Saladino; desde el escudo de Xerjes hasta la armadura incrustada del Gran Capitán; desde el casco rotundo de Alarico al sombrero puntiagudo y flexible de Bonaparte. Todo esto sería más fantástico, más deslumbrador, más soberbio.

Sino que sería también más sangriento y no podrían contemplarlo las madres, sobre todo esas madres que han cubierto tantas veces sus ojos con el delantal esperando á sus hijos muertos; sobre todo esas macilentas ancianas, uncidas al carro de los conquistadores, que no verían á través de las vitrinas diáfanas sino negros espectros, ni aspirarían sino vahos de sangre en aquella pinacoteca del despotismo, en aquel Partenón elevado á la guerra, eterno azote de la humanidad.

Entrad sin temor en esa Exposición de plantas humildes. Allí no veréis sino el esfuerzo por mejorar los frutos de la tierra, por utilizar los dones de Dios. El hombre ha procurado dignificar al hombre. Cincinnati ha empuñado el arado en bien de los humildes, para los cuales también mueve el aire las ramas y humedecen las aguas los surcos. En aquellas florecillas modestas germina en el silencio el polen de la fraternidad humana. Parmentier no es Dantón, pero colabora con él en la gigantesca empresa de emancipar á los que sufren. Tal vez no mira al cielo, pero mira á la tierra de donde ha de brotar la planta de la paz y de la cultura, la flor eterna entre cuyos estambres está oculta, porque le ha dado vida, y de ella la reclama, la ley universal del amor.

¿SEPARATISMO?

Ha llegado mi amigo Williams. Es un bello ejemplar de la raza sajona, fría, calculadora, reflexiva y tenaz. Le he enseñado los muelles, las fábricas, las avenidas, los parques, los monumentos; y su entusiasmo ha sido indecible.—¡Oh qué gran población!—ha dicho. Y yo, orgulloso, contento, le he llevado de aquí para allá, haciéndole ver, observar, analizar las innumerables bellezas, las infinitas grandiosidades de Barcelona.

Hemos sentido por fin lo que Mosso llama *extinción del impulso matriz*, y hemos regresado á nuestro albergue. Allí nos hemos recostado en sendos sillones de cuero, hemos encendido un cigarro y nos hemos quedado frente á frente, observándonos con atención, silenciosos, como si nada mejor tuviéramos que hacer que ver arrojarse el humo en espirales azuladas.

—¿Y bien?—he preguntado como buscando una frase que condensara todo cuanto pensaba mi amigo.—Querido huésped—ha contestado Williams:—Barcelona es una ciudad industriosa, activa, admirable, en suma; pero no tienen sus monumentos una sola piedra que no represente contradicción y lucha, ni hay en ella una sola vía que no haya sido regada por sangre, ni una inscripción que no haya sido esculpida para conmemorar una violencia. El órgano es perfecto; la función no es normal. Hay una patología de los pueblos, y, créame usted, Barcelona es *un caso*.

Mi indignación no ha tenido límites. Me he alzado de mi asiento para retirarme. Pero Williams me ha detenido con un gesto.—Calma—me ha dicho.—En la calle se escuchan gritos y disparos. Prudente es no arriesgarse á salir. He obedecido maquinalmente.—La lucha es ley de vida—he querido balbucear.—¡Ah, sí!—ha interrumpido mi interlocutor;—pero no la lucha brusca y desigual, no la sacudida constante y febril, no la *revuelta*, que diría Ferri, en que todo el mundo se mata, sin duda por algo grande y generoso, pero, en fin, se mata.

—¿Oye usted esas voces?—ha continuado.—Son gentes que gritan: *visca Catalu-*

nya! El grito es generoso, elevado, digno y, sin embargo, se sofoca como una blasfemia. ¿Qué contestan en otro grupo? ¡*Viva España!* Y ese vitor tan conmovedor, tan grandioso, es acogido do quiera con imprecações y denuestos. Pues ¿cómo esos dos vivas pueden hacerse aquí incompatibles si no es por ese exclusivismo de raza, por esa intransigencia ingénita que hace al pueblo fanático, intolerante y esclavo de sus propias pasiones?

—Esa oposición es circunstancial y obra del entusiasmo... —He querido alegar.—No.—Ha insistido el censor,—sino del fanatismo. Cuando se grita: ¡*Viva España!* por los fanáticos, se quiere aniquilar completamente la vida regional; se pretende destruir hasta el último germen de esa vigorosa y pródiga planta que se llama autonomía de Cataluña. Se pretende borrar del escudo de Wifredo las cuatro sangrientas barras; se quiere apagar las fulgentes antorchas encendidas por Roger de Flor y conservadas con tanto sacrificio por los héroes del Principado. Se sueña con extinguir los ecos de una lengua varonil, robusta y sonora, en la cual se engarzaron las joyas de una literatura espléndida, ennoblecida por los *mestres de gay saber* y santificada por el heroísmo. Y á la violencia se

responde con la violencia, al odio con el odio, á la espada de César con el puñal de Bruto. Y al gritar: ¡*Visca Catalunya!* se anhela quebrantar para siempre el eslabón que une á pueblos hermanos, asesinar villanamente á la madre común, rasgar una enseña gloriosa, bajo la cual castellanos y catalanes pelearon unidos, y acabar de una vez para siempre con esa España dolorida y augusta en la cual nos movemos, vivimos y somos.

¡*Viva el orden!* Y ¿qué es lo que se oculta en ese grito sino el deseo de perpetuar la injusticia, de hacer irremediable el dolor, de tornar perdurable la explotación de unos hombres por otros? ¡*Viva el trabajo!* se contesta. Y ¿qué es lo que tras esa seductora aclamación se esconde, sino el odio á la humanidad, el culto de la fuerza ciega y destructora, el ansia inconsciente de una subversión criminal, la enemiga de clases, el atormentador deseo de una venganza cruel en aras de la envidia, la codicia y todas las más viles pasiones?

No: no es el patriotismo, ni el desinterés, ni el amor á lo justo y verdadero quien grita; es el egoísmo, la intransigencia, el fanatismo y la ignorancia. La evolución se ha roto, y la vida tiene que interrumpirse. Cataluña se muere y, en su horrenda caída

al vacío, arrastra á España entera, que caerá también para sepultarse por siempre entre sombras.

He sentido, al oír todo aquello, una profunda, indecible amargura; luego una ardiente indignación.—Su juicio de usted—he dicho á Williams,—es el de Europa entera; pero Europa entera se equivoca, y donde ve trastorno, descomposición y aniquilamiento, no hay sino un estado de transformación y un renacimiento total. Al contemplar los derruidos sillares de nuestros viejos templos, ha visto usted en ellos la autoridad inquisitorial de reyes y pontífices, no el genio reformador del artista; al descifrar nuestras inscripciones, ha desentrañado usted el despótico emblema del caudillo, no el signo redentor del pueblo que vive y se emancipa. Al mirar los ensangrentados trofeos que simbolizan nuestras glorias, ha adivinado usted las huellas del choque de parcialidad contra parcialidad, de tiranía contra tiranía, no el movimiento procreador en busca de una síntesis superior humana, el golpe del pedernal contra el hierro de que brota la luz. Ha observado usted lo superficial, lo externo, lo aparente; de ninguna manera lo esencial, lo vivificador, lo íntimo.

Ha querido interrumpirme el sajón; pero

yo no podía contener á mi corazón que se desbordaba.

—Esas voces—he proseguido—que tanto á usted alarman, serán acaso las de los exaltados, las de quienes no ven sino lo parcial y exclusivo. Mas, sobre ellas, está la de la conciencia universal que las reprueba. Ni el trabajo es enemigo del orden, ni Cataluña de su doliente madre. ¡Cataluña! Ella será libre, porque el himno de la libertad está escrito en su escudo, y se cierne en la cumbre de sus montañas, y se refleja en las ondas de sus costas, y está de él impregnado el ambiente vivificador de sus valles. Ella recobrará su autonomía y con ella su secular grandeza, porque eso es lo que sueñan sus félibres y esculpen sus artífices y está grabado en las claves y ménsulas de sus pórticos y es lo que enseñan á los niños balbucientes las madres al borde de la cuna. Ella volverá á cantar en su lengua las dulces melodías del hogar, las tiernas endechas del amor, el jubiloso arrebató de un pueblo que ha sabido quebrantar sus grillos sobre las frentes de sus opresores. Pero Cataluña será siempre española, porque ¡España! van diciendo sus ríos y ¡España! va susurrando su ambiente, y bajo aquella tierra que el Llobregat manso fertiliza se estremecen los restos de los

mártires de la independencia y de la unidad nacional.

Agítase Cataluña, como se agita Europa, como se agita el mundo, acaso por la proximidad del gran alumbramiento que reclama el problema social, del cual son ahora todos los demás super-estructuras, entretanto el fantástico grita, el sectario aturde; pero sobre su voz, se eleva, serena y elocuente, desde el seno de los *Fochs Florals*, la incomparable voz del *primer catalán* diciendo:—«Hay una patria para todos los hombres: la tierra. Hay una patria que nos han hecho siglos de comunes venturas y desventuras: la nación. Hay una patria que forma la común lengua, las comunes leyes y los comunes usos y costumbres: la región, la región en que nacimos, nos educamos y tenemos los sepulcros de nuestros padres. Seamos catalanes, españoles, humanos.»

Sí; repetirlo, Williams, decílo á los cuatro vientos, proclamadlo ante Europa: no morimos; nacemos á la luz; no buscamos la sombra del pasado, sino la aurora del porvenir. Porque ese movimiento formidable, cuyas primeras sacudidas os sobrecojen, no trae consigo la victoria de Cataluña, ni siquiera la de España, sino la segura, permanente y decisiva de la fraternidad entre los hombres: el triunfo glorioso de la humanidad.

EXAMENES

—¡Las notas! ¡Son las notas!

Al oír ese grito, la sangre se paraliza en las venas, se siente el ahogo de la eclampsia, algo así como un aura letal, nublarse las pupilas y el ánimo desfallece. Aparece el bedel con las papeletas. La sentencia está allí; todo el mundo corre á extender su mano con invencible crispadura, y, por fin, nos abrasa la mano el contacto de aquel trozo de satinado papel. Al cabo nos decidimos á mirarle con la suprema angustia de Macbeth ante el espectro. *¡Sobresaliente!* Si; no hay duda: allí lo dice en letras que parecen arrancadas á la inscripción de un ático romano. *¡Sobresaliente!* El tránsito del terror á la alegría loca, desenfrenada, nos ahoga de nuevo, y, por fin, estallamos en risas y sollozos.

Corremos ciegos, arrugando en las manos aquel tesoro. ¿A dónde vamos? Quisié-

mártires de la independencia y de la unidad nacional.

Agítase Cataluña, como se agita Europa, como se agita el mundo, acaso por la proximidad del gran alumbramiento que reclama el problema social, del cual son ahora todos los demás super-estructuras, entretanto el fantástico grita, el sectario aturde; pero sobre su voz, se eleva, serena y elocuente, desde el seno de los *Fochs Florals*, la incomparable voz del *primer catalán* diciendo:—«Hay una patria para todos los hombres: la tierra. Hay una patria que nos han hecho siglos de comunes venturas y desventuras: la nación. Hay una patria que forma la común lengua, las comunes leyes y los comunes usos y costumbres: la región, la región en que nacimos, nos educamos y tenemos los sepulcros de nuestros padres. Seamos catalanes, españoles, humanos.»

Sí; repetirlo, Williams, decílo á los cuatro vientos, proclamadlo ante Europa: no morimos; nacemos á la luz; no buscamos la sombra del pasado, sino la aurora del porvenir. Porque ese movimiento formidable, cuyas primeras sacudidas os sobrecojen, no trae consigo la victoria de Cataluña, ni siquiera la de España, sino la segura, permanente y decisiva de la fraternidad entre los hombres: el triunfo glorioso de la humanidad.

EXAMENES

—¡Las notas! ¡Son las notas!

Al oír ese grito, la sangre se paraliza en las venas, se siente el ahogo de la eclampsia, algo así como un aura letal, nublarse las pupilas y el ánimo desfallece. Aparece el bedel con las papeletas. La sentencia está allí; todo el mundo corre á extender su mano con invencible crispadura, y, por fin, nos abrasa la mano el contacto de aquel trozo de satinado papel. Al cabo nos decidimos á mirarle con la suprema angustia de Macbeth ante el espectro. *¡Sobresaliente!* Si; no hay duda: allí lo dice en letras que parecen arrancadas á la inscripción de un ático romano. *¡Sobresaliente!* El tránsito del terror á la alegría loca, desenfrenada, nos ahoga de nuevo, y, por fin, estallamos en risas y sollozos.

Corremos ciegos, arrugando en las manos aquel tesoro. ¿A dónde vamos? Quisié-

ramos enseñar á todos el testimonio de nuestra victoria; pero la gente pasa á nuestro lado sin ver nuestra sonrisa de triunfo, sin dispensarnos nuestra admiración, y eso nos produce cierto despecho. Pero en otro lugar nos esperan, contando los minutos, escuchando los más pequeños ruidos, para buscar en ellos los ecos de nuestros pasos; y corremos desalentados, sin mirar á las gentes, sin oír siquiera á nuestro compañero de banco, que nos tiende su mano nerviosa para decirnos con acento jovial:— ¡Choca; lo has fet molt bé!

Y seguimos corriendo, atropellando á todos. Cubre nuestra frente el sudor, y seguimos como si nadie nos contemplara. ¡Qué hermoso es todo, qué grande la ciudad, qué verdes las hojas de los árboles, el sol, qué riente! Llegamos: en el balcón hay alguien que nos espera, y, con el frío de la emoción que contrae nuestro rostro y empaña nuestros ojos con lágrimas, gritamos agitando la papeleta:— ¡Madre, aquí está!

No; no hay instante en la vida como ese instante, ni alegría como esa alegría. Ni el triunfo conseguido después en el foro ó el parlamento, ni el sí sonoro y tardo de la mujer amada, ni la fortuna inesperada y súbita, nos harán tan felices. Somos en aquella hora árbitros de nuestros propios

destinos; el trabajo nos ha dignificado. Parece como que devolvemos á nuestra prometida la dicha que hemos devorado en sus ojos, á nuestros padres, parte de la vida que les debemos, á Dios algo de ese poder creador, sin el cual los mundos tornaríanse polvo y el sol apagaría su lumbre.

Pero ¡ay! esto no siempre ocurre. Otras veces el presentimiento nos dice con sus sobresaltos que aquel papel encierra nuestra condenación. ¡Suspenseo! Lo leemos de nuevo; no creemos á los sentidos; sin duda hay algún error infame en aquella dura sentencia. Permanecemos mudos y cabizbajos viendo pasar á nuestro lado la alegre turba y, al fin, quedamos solos en la ancha galería. ¡Qué frío es aquello y qué solitario! Nos sentamos desfallecidos en un banco y comenzamos á recordar: no hay duda en que estuvimos torpes y balbucientes; luego, aquellas preguntas tan secas y nebulosas, aquellos profesores tan rígidos... y, ¿por que no confesarlo? nuestra incuria, han contribuido al terrible fracaso. Sentimos algo amargo que sube á nuestras fauces. ¿Qué hacemos allí? Hay que volver al teatro de nuestras holganzas, á acibarar la existencia de aquellos pobres viejos que mirarán sus sacrificios estériles. ¡Ay! ¡Eso sí que es penoso! Entonces lloramos; somos infames,

desnaturalizados, indignos. Nos sentimos pequeños ante tanta grandeza. Y salimos con marcha pausada, indecisa, á dar vueltas por la ciudad, á mirar á todos aquellos transeúntes impasibles, por los cuales nos cambiaríamos. Envidiamos al mozo de carga, abrumado bajo el peso de un enorme fardo, al desarrapado aprendiz que devora con ansia su almuerzo frugal. Todos ellos han aprovechado su tiempo, todos son merecedores del pan que consumen. El sol va caminando, y su luz nos parece más pálida y amarillenta. Cuando las sombras comienzan á extenderse, entramos silenciosos y mustios en nuestro albergue. No se cruza una frase, no se modula una sílaba. El padre se ha retirado con las cejas fruncidas. Pero la madre tiende sobre la mesa el blanco mantelillo, llorosa, pero firme, y colocando ante nuestra faz cubierta de rubor un caliente manjar, nos dice compasiva:—Come, hijo mío, come.

Luego pasan los años: el título, el codiciado título es alcanzado y orna la sala principal, encuadrado en su dorado marco de madera tallada. Se es abogado, ó médico, ó profesor de Ciencias ó Letras. ¡Ay, entonces es cuando llega casi siempre el desengaño cruel á echar por tierra todos los alcázares de la fantasía! De cien veces,

noventa, el abogado no tiene clientes, ni el médico enfermos, ni el profesor discípulos. Los padres han muerto; se ha constituido una nueva familia y esa familia sufre las consecuencias de nuestro irremediable error. Todas las puertas están cerradas; el triunfo no ha sido para los mejores, sino para los más adaptados á un medio perturbador y nocivo. Algunos sacrifican para llegar lo que hay en ellos de más noble; pero si doloroso es soportar una cruz, es muy triste arrastrar una toga. ¡Qué ridículos nos parecen entonces aquellos señores tan enfatuados y tiesos que, desde lo alto de su trípode, procuraban incrustar en nuestros juveniles cerebros la ciencia oficial! Ahora resulta que ni aquello era ciencia, ni su práctica era posible jamás en la vida. Todos nuestros amigos que no frecuentaron las aulas, viven ancha y cómodamente. El uno es comandante, el otro empleado con pingüe sueldo. Esotro es comerciante y está haciendo una bonita fortuna en su famosa tienda del *carrer* de la Boquería ó del *Pi*. Y no falta jamás un amigo industrial que, con lógica superior á la nuestra, sin *sorites* ni soligismos en *Bárbara* y *Barralipon*, nos demuestre por A más B que sobran abogados y faltan industriales, que la base de la cultura no está en los idiomas

muertos, ni en el relato de las hazañas de reyes imaginarios, ni en la gimnasia estéril de los sofismas, ni en el casuismo de los leguleyos, ni en las fórmulas magistrales de los médicos molierescos. Entonces os invade profunda tristeza. ¡Cómo envidiáis aquellas noches pasadas en vela, dedicadas á la sobrecarga intelectual, aquellos sobresaltos del examen, prueba irregular y mezquina de una ciencia más mezquina aún!

¡Ah, sí! Sépanlo los padres de esos jóvenes entusiastas que frecuentan los *duros pero honrados bancos*. No diremos que las carreras universitarias deben perder su importancia. Pero el hecho es que la han perdido, y con los hechos no se discute. Es una enseñanza que cuesta muchas lágrimas y muchos arrepentimientos tardíos. El título universitario, como el título de propiedad, es sólo una ficción; pero ésta aún durará mucho tiempo. Aquella, la de los sabios con diploma, la de quienes pueden hacer de las leyes lo blanco negro, y de la salud lo claro turbio, la de quienes pueden dogmatizar á su antojo contra la ley natural que se cumple, la de los pordioseros de muceta, que se quejan porque nada útil ni provechoso saben hacer, esa... desaparece. Ciego estará quien no lo vea; y de ello le pedirá la posteridad estrecha cuenta.

Entretanto, saludemos á la juventud estudiosa, oficial ó no. Para los unos es un recuerdo, para los demás una noble esperanza. Ella puede, como Pígalión, convertir los sillares del claustro en seres vivos. Ella conseguirá, de seguro, hacer penetrar en las lóbregas aulas del pasado, el aura vivificadora del porvenir.

SEAMOS FUERTES

Todas las mañanas hago mis abluciones en agua fría (lo digo por si alguien me recetara duchas), enjugo mi cabeza con la toalla y después me pregunto invariablemente: ¿Nos hace falta una marina de guerra?

Y todas las mañanas me devano la masa cerebral, dándole vueltas al tema consabido. Como falta, sí debe de hacernos mucha falta. Y si no, á ver: ¿No somos una península?, ó, por lo menos, ¿no hemos convenido en que España, descontando Portugal y Gibraltar, es una península? Pues todas las penínsulas necesitan marina de guerra, ora para conquistar otras penínsulas, ora para solaz y esparcimiento de los peninsulares. Además tenemos muchos marinos; es así que los marinos no pueden navegar sin barcos, luego nosotros necesitamos bastantes barcos.

Es lo que se llama un silogismo en *Bárbara*, bastante bien hecho, sin alabarme. Y como ese se me ocurren muchos, que no desdeñaría el padre Petavio. Otra razón es que podemos, el día menos pensado, encontrarnos en guerra con Inglaterra (la guerra es en España el azote nuestro de cada día), y ¿qué papel haríamos con menos de cincuenta acorazados y un par de pataches? Nada; quedamos en que nos hace, pero mucha falta, tener marina, y cuanto más numerosa y formidable, mejor.

¡Artillar las costas! Tal es la canción de todos los malos patriotas. Eso estaría muy bien caso de una guerra defensiva; pero ¿y si la guerra fuese ofensiva? Pues ¡qué!, ¿es que se nos quiere privar de meternos con quien queramos? Claro es que si los ingleses venían á España, no habíamos de ser menos que los boers, que tampoco tienen marina de guerra. Pero, ¿y si á nosotros nos diera la gana de ir á Londres, y quien dice á Londres dice á Nueva York? ¿Ibamos á ir por tierra? Pues entonces no hay más remedio que comprar barcos, con mucha artillería y buenos depósitos de carbón y habitación lujosa para el comandante y magníficas bombas para casos de incendio.

Convenidos en que necesitamos marina de guerra, sólo falta saber cómo la tendre-

mos. La contestación es sencilla, como la codorniz de la fábula, y, además, por la gravedad del asunto, cae de su peso: con dinero. En tanto que otra cosa no disponga la Providencia sabia, el único medio de proporcionarse las cosas útiles al propio antojo es comprarlas. En eso de adquirirse aflojando la mosca, pasa lo mismo á las marinas de guerra que á las de Alma Tadema ó Monleón: hay que rascarse el bolsillo. Sin dinero no hacemos nada; ó, como dicen los franceses: *Point d'argent, point de Suisse*. Y como las marinas de guerra andan algo escasejas, no hay para qué decir que necesitamos mucho dinero; porque no íbamos á tener una escuadra compuesta de barcos como el desdichado *Reina Regente*, como el *Osado* y el *Atrevido*. Del *Mogador* y el *Pelayo* abajo, nada. Por supuesto, componiéndoles las calderas.

Otra cosa que nos hace falta es ejército. A nadie se le puede ocurrir que, siendo poderosos en la mar, debemos ser débiles en tierra firme: tropas de desembarco, muchas tropas de desembarco, con armas de último sistema, municiones, víveres y quinina para combatir á las pícaras fiebres. Eso también cuesta mucho dinero. Sin contar con que habría que hacer cuarteles y hospitales muy grandes, y habría que pa-

gar escuadras de gastadores y músicas, para que tocan algo que entusiasmara á la gente, como la jota de *La Dolores* ó la marcha de *Cádiz*. En cambio, podríamos hacer frente á cualquiera nación enemiga en su propia casa y no nos quedaríamos, como ahora, sin poder enviar á China una mala docena de batallones para vengar las ofensas de los tños aquellos.

¿Para qué trabajamos hasta reventarnos los españoles y para qué andan todas las mujeres de cabeza estirando las miserables pesetejas del sueldo ó el jornal, sino para que España sea grande, poderosa y respetada? ¿Para qué suda tinta el labrador y pez el industrial y el obrero plomo derretido, sino para que la nación quede como es menester y nadie se nos venga con pullas? ¿Estaría bueno que, después de sufrir tantas fatigas, saliéramos con la pitada de que no teníamos ejército, ni marina, ni barcos, ni cañones, y con que todo el mundo se reía bonitamente de nosotros! Eso no. A gastar lo que haga falta de una vez: el último hombre y la última peseta.

¿Y fortificaciones? ¿Hasta cuándo va á durar la vergüenza de que estemos aquí sin una mala trocha? En este país se mete cualquiera en Cartagena, ó en Cádiz, ó en Pamplona, sin más que tomar billete en la esta-

ción. Es verdad que hemos llevado desengaños tremendos y que se nos han roto en las manos muchas cosas por correr aventuras; pero cuantos más pedazos se hace un espejo, más veces se ve retratada la propia grandeza. Si no nos fortificamos, estaremos siempre á merced del primer ocupante. Hay que hacerse fuertes, sobre todo fuertes. En eso las naciones se parecen á la cerveza, que si no son fuertes, maldito si valen lo que ha costado el fermentarlas.

A mí que no me vengan con esas tonterías de Spencer y menos de Sergi, ni con transformaciones del Estado guerrero en industrial. Estoy harto de oír eso de que nos pierde el latinismo, y que el ejército sufre una *involución*, y que el militarismo, con su afán de resucitar pretendidas grandezas pasadas, es causa de la decadencia de las naciones latinas. Desde que el mundo es mundo, la razón se ha ventilado siempre á linternazos. Contra la debilidad, leña; contra la anemia, ¡pum! ¿Puedes pegar? Eres el amo y no hay quien te tosa. ¿Te pegan? Pues te has fastidiado de medio á medio. ¿Que los que pegan son los maestros de escuela? Tonterías. El sable es el que corta; el cañón es el que dispara. Las disciplinas son buenas para el asilo ó para la bóveda de San Ginés.

Eso ha pasado siempre y pasará. Abel era muy decente y Caín era muy malo. Bueno: pues vino Caín, agarró una quijada de cacique y reventó á Abel. Los cristianos éramos todos unos caballeros y los moros unos indecentes. Conformes: mas, de pronto, pasaron el Estrecho y nos pusieron verdes de leña; pero leña que nos duró siete siglos. ¡No; si no andaos con sociologías cuando vienen pegando! El mejor argumento es la estaca; sino que, como ahora la estaca *no se lleva*, donde dice estaca hay que leer fusiles de alcance y balas *Dumdum*.

A eso ya sabemos de coro lo que se contesta: que no tenemos por qué correr aventuras, que, dentro de casa, podremos defendernos mejor si tenemos dinero y la gente está satisfecha; que si nos hemos gastado cuanto teníamos en armamentos inservibles y maniobras fantásticas, después de aburrir y desesperar á los ciudadanos pacíficos hasta el punto de pedir socorro al primero que se presente; que las naciones más poderosas no son hoy las que sostienen grandes ejércitos, sino grandes industrias y centros de cultura; y, por último, que hoy nadie piensa en venir á conquistarnos, lo cual, después de todo, tendría sus lances. Todos esos son argumentos de pacotilla. A los armamentos me atengo. ¿Que cuestan

dinero? Algún sacrificio hay que hacer.

Además, hay que seguir en todo la opinión de la mayoría, y la mayoría no quiere maestros, sino soldados. Tres millones de hombres, y me quedo corto, han vestido en España el uniforme, y son muchos menos los que saben leer. Yo no he visto en mi vida que, al pasar por la calle los maestros de escuela, se asome la gente á los balcones á admirar su porte marcial, ni mucho menos á arrojarles coronas. Gracias si no les arrojan algo peor. En cambio, cuando pasa la tropa, todo el mundo sale entusiasmado, y hasta los chiquillos van delante de la charanga llevando el compás, y se descubren los hombres, y las mujeres ponen cara de Pascua. Una máquina de arar será muy bonita y todo lo que se quiera; mas nadie se para á mirarla, ni á nadie le da frío ni calor que tenga fuerza de siete caballos y medio. Pero que pase una batería: allí verán ustedes á todo el mundo conmovido. Aquello es la verdad. Lo demás son cosas de comerciantes, maestrillos y gente menuda. ¡Una batería! A cualquiera se le encoge el corazón, aunque luego, por deficiencias de fabricación, no dispare.

Se anuncia una fiesta escolar: allí todo se vuelve discursos insípidos y coritos de niños, como en las zarzuelas del género chi-

co, y pedacitos de papel con orla que se entrega á los más aplicados, y pare usted de contar; muchas mamás que lagrimotean y muchos mozalbetes que les besan la mano, como en las aleluyas del hombre bueno. Pero hay una revista: allí es el agolparse la gente, y el fulgir las armas al sol y el alegrarse el viento con el sonido de los clarines. Pasa la infantería, y se nos antoja movida por un resorte; va detrás la artillería con retemblor de trueno, y, por fin, la caballería, que parece que nos va á atropellar. Todo eso es muy hermoso, y si no lo es, por lo menos todo el mundo lo dice.

Así es que no conviene estar en minoría. Nos hace falta mucha marina, mucho ejército y mucha música. ¿Que eso pide dinero? Pues á gastarlo. Lo malo es que á los contribuyentes se les concluye.

FEMINISMO

«Los problemas que se refieren á la mujer—leo en una revista extranjera—serán siempre de actualidad, y, para estudiarlos, nada puede aportar datos tan provechosos y ciertos como el estudio de la realidad viva.»

—A ver, que venga Juana.

Juana es una antigua sirvienta, casada con el hortelano de la finca en que tengo accidentalmente mi hospedaje, y madre de cuatro robustos zagalones.

—¿Qué manda el señor?

—Sécate las manos y siéntate.

—¿Aquí, señor?

—Aquí. Y ahora, contesta: ¿qué opinas tú en eso del feminismo?

Juana ha quedado como debió quedar el héroe mitológico al mirar cerradas las puertas de Daza. Pero la mujer es un Hércules

que, cuando buenamente no se abren, sabe arrancar todas las puertas.

—Hábleme en castellano, señor.

Es verdad: eso de *feminismo* no es castellano. Confesemos que Juana tiene penetración.

—Muy bien; contéstame á otra cosa: ¿Tú crees que la mujer es igual al hombre?

—No, señor. ¡Qué ocurrencia!

¡Con qué firmeza, con qué seguridad lo ha dicho! Vergüenza me da haber preguntado semejante tontería. He quedado mirando á aquella mujer alta, algo avejentada, pero con cierta severidad de matrona, reflejando serenidad y energía en sus anchurosos y verdes ojos de ofidio.

—Vamos á ver si nos entendemos. Ante todo, ¿te parece que la mujer puede trabajar como el hombre?

—¡Qué cosas me pregunta el señor! En casa todos hemos trabajado mucho y desde muy pequeños. A los ocho años salí de la escuela para ir á trabajar al campo, cuando apenas sabía leer, escribir y contar.

—¿Erais muchos hermanos?

—Siete: seis varones y yo.

—¿Y todos aprendisteis á leer y escribir.

—Yo sola.

—¿Irían los demás menos tiempo á la escuela?

—No, señor, el mismo; pero los chicos se distraen con sus juegos y por eso parecen más *tardos*. Eso lo saben todos los padres que tienen chicos y chicas.

—¿Y no lo sabía yo! ¿En qué diablos habré estado pensando?

—Perfectamente, Juana. Eres una mujer discreta.

—Gracias. Soy como las demás.

Cada palabra era una enseñanza. Como las demás, sí; discreta como todas. La indiscreción es palabra que no se encuentra en el vocabulario de la mujer.

—Y ¿en qué trabajabas?

—En todo: sallaba, escardaba, removía la tierra, segaba...

—¿Segabas también?

—¿Cómo no? Y, á más de hacer lo que todos, me levantaba antes que nadie á preparar la comida y me acostaba la última, para coser y planchar. Además llevaba la cuenta de los gañanes y cuidaba el ganado.

—Eras una esclava.

—Peor vida llevan otras pobres del pueblo, que pasan la vida en el fondo de una mina, cargando como acémilas cestos de mineral.

Cerré los ojos y me representé aquel suplicio dantesco; diez mil mujeres le sufren sin quejarse en España.

—¿Y luego viniste á servir?—pregunté.

—Vine, sí, señor; y he tenido muy buenas amas y muy listas.

—¿Más que sus maridos?

—Más que sus maridos.

—¿A ver, á ver? ¿Qué eran ellos?

—Unos, empleados, y emborronaban no sé qué papeles; otros visitaban enfermos, que curaban ó no; otros defendían pleitos que se ganaban ó se perdían. Pero siempre se explicaban mejor las señoras. Ya ve usted. ¡Y sin estudios! A lo mejor, oía yo á los conocidos: «Tu amo es un majadero.» ¿Ha oído el señor decir eso de las mujeres nunca?

—La verdad es que no. He oído de las mujeres que son tontas ó necias; pero refiriéndose siempre á sus defectos morales y jamás á su incapacidad.

—Una prueba: ningún hombre se casa creyendo que su novia no es lista. De modo que, ó no hay mujeres tontas, ó hay, por lo menos, imbéciles otros tantos hombres, que son los que las han escogido.

—No se explicaría mejor sor Juana Inés de la Cruz. Pero ¿tú no has oído decir que el cerebro de la mujer es más pequeño que el del hombre?

—No, señor.

—Pues es mucho más chico.

Aquí creí haber confundido á Juana. Pero ¡quién! Filósofos, fisiólogos, moralistas, hablad con una mujer sin prevenciones, presentadles datos para juzgar y veréis lo que tienen dentro esos cerebros chiquirritines.

—Sí—repetí con aire de triunfo y levantándome del asiento.—Las mujeres tienen mucho más pequeño el cerebro.

Juana contestó con la mayor naturalidad:

—¡Claro! ¡Si no lo ejercitan! También el señor tiene el brazo más delgado que mi marido, siendo, con mucho, más fuerte que él.

Aquella aldeana no confundía el medio con la causa, el órgano con la potencialidad de la función; sabía que es la energía el alma máter de la Naturaleza; que la materia organizada estable no produce la actividad, sino que ésta determina la concreción y la transforma. Hubiera podido derrotar á Büchner con su flamante idealismo dinámico.

—Sin estudiar, ¿cómo va á aprender? Sin acostumbrar la cabeza, ¿cómo va á servirse de ella como los hombres?

Yo estaba desconcertado. Había descubierto el flanco, y ella revolvía el puñal en la herida, como Ulises el palo en el ojo del cíclope.

—Y aun así—continuó—sobresalen; porque la generalidad de las cosas que los hombres estudian son disparates y mentiras. Crea usted, señor, que la mayor parte de las cosas que los hombres hacen, las harían las mujeres mejor con la cabeza despejada de patochadas. Por todas partes se ven atrocidades. ¿Es que las hacen todas las mujeres?

He querido batirme en retirada y arrojar la flecha del soldado partho.

—La mujer no puede estudiar, he dicho, porque perdería el pudor.

—¿El pudor? Entonces, ¿qué saber es ese que hace á la gente mala?

—Es que la ciencia...

—La ciencia, si es verdadera, no hace malo á nadie. La ciencia hace mejor.

—Oye, oye, he dicho sorprendido: ¿tú de qué sabes eso?

—¿Yo? De cierta idea...

—¡De cierta idea! Lo inconsciente, acaso; pero lo inconsciente sublime. *De cierta idea* confesaba que hacía sus divinas imágenes Rafael.

He despedido á Juana, y ha salido á reanudar sus trabajos caseros, á cuidar de los niños, á echar cuentas para dar buen empleo al jornal, á cuidar de las flores, sus hermanas...

Me asomé á la ventana para verla salir. Traspuso el umbral serena y un tanto preocupada. Si no una inteligencia, era un maravilloso instinto servido por órganos.

Y junto á la puerta se encontró con Colás. Salía el apreciable hortelano de dormir, sin duda, porque se desperezaba estirando los brazos, como si quisiera alcanzar un planeta. Abrió una boca de león de Numidia, y luego balbuceó con cólera:

—¡Arre allá! Siempre de palique. ¡Me páice qué te voy á tentar las costillas!

Y después, mientras la mujer, cabizbaja, se encaminaba á la humilde vivienda, añadió el marido con aire de superioridad:

—¡Si es lo *mesmo* que digo! ¡Si *túas seis* unas brutas!

UN BOSQUE MENOS

Llegaron los salteadores: ¿quiénes sino malhechores pudieran osarlo? Llegaron cautelosamente, abriéndose paso por entre las bravías y selváticas soledades de la sierra de Cuenca, y á no haber error en los oficiales informes, en solos cuatro días talaron y sustrajeron *setenta y siete mil árboles robustos*. Las decantadas hazañas de Hércules, los trabajos ciclópeos de la Mitología oriental, quedan nublados por ese alarde de presteza y de poderío. Es un bosque entero el que emigra, el que huye, como en las baladas germánicas, precipitando sus fantásticas sombras á la luz de la luna. Hay que figurarse el ejército entero de Oberon manejando sus hachas de mango de nácar perfumadas de áloe; ha de fingir la fantasía los añosos troncos desplomándose á centenares sobre los lechos de las vacantes, mullidos de margaritas silvestres y azules cle-

mátidas; hay que representarse á los faunos huyendo á través de la selva, enredando en los tupidos ramajes sus látigos de mirtos, y percibir los ruidos del incesante y sordo golpeteo y de los troncos seculares que se derrumban, asustando á las aves nocturnas y á las espantadas alimañas, sorprendidas en el reposo de una noche augusta y nupcial.

Y, después, hay que imaginar más. Hay que reconstruir la fuga de los musculosos titanes, en carrera febril, soportando en sus hombros la prodigiosa carga; reproducir su jadeante resoplido, el ruido de sus pasos veloces sobre el césped, quebrantando las minúsculas ramas secas y hundiéndose entre la amarillenta hojarasca; hay que pedir á la retina, que nos copie el ejército de colosales sombras, precipitándose en huída fantasmagórica; y todo ello acompañado de raudos aleteos y crujientes chasquidos de ramas truncadas en sus yemas, y de insectos que zumban y reptiles que se deslizan, y de hojas arrolladas por el torbellino del viento, hasta dejar las extensas planicies yermas, sobre las cuales, algunos solitarios supervivientes de aquella profanada flora, proyectan á la luz de los astros su negra y áspera silueta.

No: no han sido los hombres quienes

han realizado ese portento de destrucción. Han sido genios y semidioses; han sido los ejércitos de Titania, las huestes aquilónicas, las potentes legiones que se cernieron sobre el vendaval. Cuatro días son pocos para hacer desaparecer bosques enteros sin que nadie, ni ingenieros, ni guardas, ni paisanos, hayan podido ver arrancar siquiera un miserable abeto, ni trasladar un naciente arbusto. No: los hombres no han sido. Ellos sentirán pesar verdadero al mirar cercenados los troncos, arrancadas de cuajo las raíces, despobladas las apacibles florestas, convertidas en yermos vertientes y cañadas. Ellos, de seguro, no han sido, como no fueron hombres los que despedazaron el Coloseo, ni arrancaron los frisos del Partenón, ni mutilaron á la Venus clásica. Si no fueron titanes, fueron fieras.

Hay mucho doloroso en esa destrucción vandálica. Todo árbol cercenado es una acusación; porque todos llevamos en nosotros algo de ese instinto inconsciente que hizo consagrar el pino á Cibeles y á Júpiter la encina. Todos sentimos algo grande é inexplicable al hallarnos perdidos en la imponente soledad del bosque; parece que, sobre nuestras cabezas, eleva la Naturaleza fecunda sus brazos extendidos al cielo tachonado de centelleos; todos, en fin, lleva-

mos en la memoria la silueta de un árbol grabada con indelebles líneas de fuego. Árboles fueron los primeros templos y lo serán los últimos. Porque en ninguna parte como en el bosque nos sentimos á solas con lo absoluto, y sólo en sus impenetrables umbrías sentimos palpar en torno nuestro la fecundidad de la Naturaleza madre y escuchamos el rumor misterioso de la renovación universal.

No; no ha sido el hombre: ha sido Oberon. El hombre se consterna ante el espectáculo de su patria asolada, estéril, barrida por los huracanes y las tormentas, arrasada por los torrentes, arrojando á sus costas abruptas el inagotable tesoro de sus manantiales polvorientos. Se estremece al mirar las calvas planicies, en donde se estanca el aire envenenado, sin que pueda purificarse en el pulmón anchuroso de la selva; se aflige ante las lluvias torrenciales y los cierzos sin valladar, y se conmueve ante la miseria de las aldeas con sus negros hogares sin lumbre y sus reses famélicas sin nutritivo y refrigerante pasto. El hombre no se complace en malbaratar la herencia de las generaciones que fueron para legar como único peculio la miseria y el infortunio á las generaciones que han de venir.

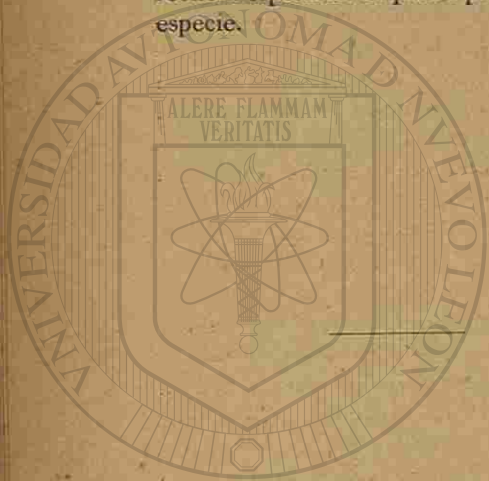
Y si, por acaso han sido los hombres, esos

hombres no son campesinos. Porque el campesino se ha mecido á la sombra del roble en las temblorosas rodillas del abuelo, que echó su semilla y podó sus ramas, y ha buscado en los días de disanto la vecindad del nogal ó la encina para solazarse junto á la fuenteica, despertando en su corazón los secretos impulsos de la pasión primera; y ha grabado en alguna corteza rugosa el nombre de una mujer ó la fecha de un día; y ha soñado con envejecer bajo las ramas del mismo castaño que fué testigo de sus primeros lloros, y lo será de sus últimos baluceos.

En las asoladas anfractuosidades de la sierra conquense, volverán á surgir nuevos tallos; crecerán vigorosos troncos, sonará el estallido de las yemas y los ramajes; cruzándose otra vez, formarán las secretas umbrías y las bóvedas anchurosas de matizado verdor. El bosque habrá brotado de sus propias cenizas; Dodona verá reconstruidos sus alcázares tapizados de musgo, y por entre las hiedras, se regocijarán nuevamente silenos y driadas.

El rumor de la vida mezclará una vez más sus conciertos al murmullo del agua al saltar en los pedregosos cauces. Por entre los ramajes tenderá sus regueros de luz el astro nocturno. Pero los titanes no vuelven.

rán. No tornarán los genios de Oberon á levantar sus hachas de mango de nácar perfumadas de áloe. Debemos creerlo; hay derecho á esperarlo. Siquiera por honor de la especie.



LA MÚSICA DEL ASILO

¿Cómo fué? Vaya usted á saberlo. Ello es que el tablado no tenía bien equilibrados los soportes, que se torció y vino á dar en la madre tierra con ruidoso y espantable fracaso. Y fué de ver aquel derrumbamiento de maderos, tablas, instrumentos de música y seres vivos cayendo en confuso desorden, ni más ni menos que los réprobos de la puerta del infierno de la catedral leonesa. Era aquello un desplome fantástico como un intercolumnio de Giacomelli, grotesco como un friso románico; los vecinos de Chamberí tuvieron ocasión de presenciar un número no incluido en el programa de los festejos verbenescos; una caída miltoniana, aderezada con ayes lastimeros y estruendosas roturas de parche.

Y, por fin, no hubo que lamentar sino varias torceduras de figle y abolladuras de fagot. La sangre no mostró sus encendidos

coágulos. Todo quedó en un susto, un susto colosal, eso sí, lo que se llama *á toda orquesta*. Poco después, los organillos de manubrio repetían su duro y vibrante martilleo, y en los enarenados rectángulos, cercados de deslucida hojarasca, proseguía la juventud trasnochadora su acompasado y rítmico balanceo.

Los infelices músicos asilados quedaron satisfechos de verse salvos á tan poca costa. Saben sufrir y resignarse. Ellos, cuando el sol cae á plomo sobre la calcinada meseta del toril, saben recibirle en sus tiernas espaldas como una clámide de fuego, y mientras la muchedumbre aplaude al matador que se gallardea con aire de triunfo, ellos hinchan sus encendidos carrillos y soplan con furor para arrancar al ingrato instrumento notas que recuerden heroísmos y glorias, majezas y arrestos escultóricos. Ellos, en las noches de invierno, cuando el Guadarrama envía á las callejuelas desiertas su aliento fatal y homicida, salen á resistirlo á pie firme para festejar con acordes patrióticos al flamante tendero de comestibles ó al rudo montañés que inaugura su tasca. El cierzo penetra en sus costados como un afilado estilete; mas la cadencia sigue, la armonía no se turba un instante. Por fin han acabado y sonrñen: como los

héroes de las Termópilas, han cumplido con su deber.

Otras veces caminan en medio de la procesión cívica ó la bulliciosa Minerva. El cielo ha destrenzado sus torrentes, y el agua cae sobre sus cabecitas rapadas y cala sus andrajos botoneados de oro. Por ello, no detiene el clarinete sus primorosos y aflautados arpeggios, ni el saxofón sus graves y metálicos acordes. La marcha fúnebre sigue reposada y solemne y convida á piadoso recogimiento, fraseando acaso la melancólica salmodia que anuncia la cercana muerte de alguna de aquellas víctimas del regocijo ajeno.

Pero la gente se divierte, eso sí, y jamás pregunta quién es aquel chicuelo anémico que estrecha el cornetín ó el fiscorno como se estrecha contra el torax anhelante á un compañero de desventuras é infortunios. Él no ha tenido padres ni protectores. Acaso en noches interminables de desvelo ha soñado con una señora muy bella, muy cariñosa y muy triste que venía á sellar su frente febril con un maternal beso. Era sólo una sombra; el claustro permanecía solitario como de costumbre; el dormitorio silencioso, alumbrado por la claridad mortecina y llameante de una luz que se extinguía en chisporroteos. A través de los vi-

drios, adivinaba el patio enlosado, solitario también, con sus uniformes arcadas, sus amarillentos arbustos, su reloj sin agujas y su fuente sin surtidor. El niño se enjugaba los párpados y hundía su frente otra vez en la almohada. Sí, era solo una sombra: la madre no vendría jamás.

Después, ya de día, llegaba la penosa lección, estudiando las mismas fermatas, ejecutando iguales mordentes. Preparábase, por fin, el conjunto, y, en medio de aquel círculo de huérfanos cariacontecidos, destinados á solazar á seres dichosos, el profesor explicaba el asunto del *adagio* ó la motivación del *andante*, á ejemplo de Meugi, cuando quiere explicar todos los compases de Mozart ó Mendelssohn. Era un mancebo gentil y gallardo que, cabalgando en un nítido cisne, se deslizaba sobre el cristal del lago, á la cándida luz de la luna, en busca de un alcázar de jaspe y venturina, en donde le esperaba una radiante y seductora princesa, ó bien un arrogante y poderoso monarca, que reposaba en sus umbrías florestas, cercado de gorjeos y anestesiado por sensuales perfumes. Entonces era cuando el niño aspiraba á pleno pulmón la idealidad que brotaba de aquellos ensueños, entornaba los párpados y prestaba un seductor matiz á aquellas notas desgranadas al viento como

sarta de perlas. Parecían sonarle primero allí adentro, muy adentro, en su corazón de adolescente y volvían después á sus oídos como ecos de otro mundo lejano, en que jamás hubo vivido y en que nunca podría vivir.

Y todos miramos á ese niño con indiferencia, contemplamos con frialdad á ese organismo fuerte que ha sabido triunfar de la herencia del vicio, de la miseria fisiológica, del medio hostil, de la maldad é incuria de los hombres. Le vemos impasibles tostarse al sol de la canícula, ó congelarse al huracán de la sierra, ó sepultarse bajo el inseguro tablado.

Ese niño es la espuma de nuestras depravaciones, el fruto miserable de nuestra crápula. Le condenamos al abandono, á la soledad, á la tristeza perdurable. Ahora, que nos divierta.

Y si muere, el jefe de la orquesta dice sencillamente al director del asilo: «Necesito otro cornetín.»

Y aparece otro cornetín, á sufrir solanas, escarchas y cierzos, á soñar con el caballero del cisne, á sollozar, en el dormitorio medroso y frío, al intermitente reflejo de la luz que chisporrotea...

TRAGICOMEDIA

Anselmo.—¡Otro niño martirizado! ¡A ver, venga una pluma!

Fabricio.—¡Qué! ¿Ya tornas á tus andanzas de hidalgo aventurero?

Anselmo.—Torno á lo que debo tornar. ¡He pedido una pluma!

Fabricio.—En verdad que martirizar á los niños es cosa de salvajes. Pero, ¿qué hacerle? La vida ni se produce ni se termina con actos de cultura, ni aquí ni en la costa de Marfil ó de la Patagonia.

Anselmo.—¡Miserables! ¡Canallas indignos!

Fabricio.—¡Por Dios! Procura descalzar el cóturno. No *se lleva* hace tiempo.

Anselmo.—¿Qué calzar, pues? ¿El zueco, cuando los niños sufren, cuando el hombre niega la especie, cuando la mujer abomina de su primer instinto y se desoye la voz de Dios?

Fabricio.—¡Siempre la indignación cólerica; perpetuamente el ansia de lo eterno!

Anselmo.—La indignación: ella es el sello de lo divino cuando se aplica al mal. El ansia de lo eterno. Si hay un nuevo diluvio, ella sería la flor de loto en que sobrenadarán los palpitantes gérmenes del porvenir.

Fabricio.—Mas para protestar de las atrocidades de los hombres no hay que subirse al trípode, ni menos al trípode literario. Bien que te lamentos del mal ajeno; pero sin sacar á la colada las cuevas trogloditas y los antros de los hipogeos, las dudas de la Academia y el orgullo del Pórtico, los haces de los lictores y la espada del Centurión. Donde quiera va siendo la retórica enemiga de la sinceridad.

Anselmo.—Hay que conmovér, llamar con guantelete de hierro en las conciencias, abofetear si es preciso el sentimiento público.

Fabricio.—Y de paso lucir el tropo, retorcer el léxico, estirar hasta lo imposible la paradoja. Hablar del añil del espacio y de la pradera extendida como un inmenso liquen, de las cresterías de la lejana sierra y las alicatadas bóvedas de hojarasca; de los ojos del saurio y la piel del ofidio. ¿No es eso?

Anselmo.—No, no es eso... ó, mejor dicho, sí. Se martiriza á los niños, se mata á

criaturas indefensas. ¡Quién tuviera la palabra que esculpe, la frase que subyuga, la imagen que arrebató, la parábola que enciende en los antros de la ignorancia la espléndida antorcha de la idealidad!

Fabrizio.—Has de percartarte, además, de que el crimen es cosa harto corriente. La mayor parte de las madres corrompen á sus hijas.

Anselmo.—¡Qué enormidad!

Fabrizio.—Lo hacen de una manera ú otra. La turba multa de viudos sexagenarios contrae nuevas nupcias. Da madrastra á sus hijos, los despoja ó los martiriza. Nunca faltan mujeres que se presten á ese indigno papel, ni amigos ó servidores que hagan de *Galeotos* en ese contubernio de la concupiscencia senil y la femenina codicia, á reserva de sacar su parte. La inmensa mayoría de los seres humanos llevan dentro una fiera.

Anselmo.—Pues ¡guerra sin descanso á las fieras! ¡Alcemos de una vez el somatén!

Fabrizio.—Cálmate y no lo dudes; hay unas cuantas personas buenas, muy pocas; hay otras muchas malas. Pero la generalidad no es buena ni mala; es... lo que le trae cuenta.

Anselmo.—Entonces, ¿qué sociedad, qué organización son éstas, qué medio asfixiante

es éste en que vivimos, en que trae cuenta arrojar á un recién nacido al sumidero, arrancar del asilo á un niño sin padres, á título de corredor de nodrizas, y, por unas miserables pesetas, dejarle morir de hambre y extenuación? ¿Qué kábilas son éstas, en que puede ser á alguien provechoso arrojar á una adolescente en el cieno del lupanar y pisotear por su misma madre los azahares y anémonas que circundan su frente? ¿En qué cavernas ó cubiles vivimos, donde puede ser cosa corriente aherrojar á los niños, despedazarlos, obligarles á huir desparvoridos por cornisas é impostas, y escuchar sin remordimiento su tierno balbuceo doliente y el estertor de sus agonías gemebundas, sin que los legisladores mediten, los jueces sancionen y los hombres honrados levanten cruzada?

Fabrizio.—Cruzadas... no hace falta tanto. Un poco menos de miseria, un mucho más de cultura *et calum terrumque movebo*.

Anselmo.—Sí; cielos y tierra hay que mover. Hay que llamar al corazón de todos, en nombre del progreso, de los sabios, de los sociólogos, de los jurisconsultos, de los políticos.

Fabrizio.—¡Los políticos! Sólo comen caminando hacia atrás, como los bueyes lotófagos de Herodoto.

Anselmo.—Si los hombres son lo que quiere el medio, transformemos el medio: hagamos leyes que castiguen su culpa, tribunales que cumplan con su deber, magistrados que no prevariquen, maestros que enseñen, gobiernos que no exploten. Hagámoslo todo; pero no dejemos martirizar y prostituir á los niños. Si hay fieras, á enjaularlas; si todos somos fieras, basta de libertades, y pidamos que venga un domador.

Fabricio.—Te exaltas. Esos hechos que te horripilan son los mismos de siempre. Examina cuidadosamente á aquellos que te parecen impecables, y sorprenderás en alguna ocasión en sus pupilas un destello de odiosa maldad. Registra en el corazón de los mejores, y hallarás un germen de codicia, de corrupción, de crueldad homicida. No son los hombres, son las circunstancias las que tienen la culpa. Hay que borrar del Código la eximente de fuerza irresistible. Todos delinquimos por fuerza irresistible, porque no existe el libre albedrío. La vida es una lucha. ¡Ay de los vencidos! Así lo afirma la ciencia.

Anselmo.—¡Qué ciencia tan triste!

Fabricio.—Tú mismo llevas en tu corazón la ley homicida. Eres hombre.

Anselmo.—No; yo siento que puedo hacer el bien; sacrificarme, si es necesario, por

esos niños mártires, luchar hasta la muerte por esas criaturas sin protección.

Fabricio.—No eres tú; es tu organismo, tu temperamento, tu estado de salud; es la herencia, el medio, el hábito, las cosas que te rodean quienes hablan. Es la Naturaleza quien grita.

Anselmo.—Pues hagamos naturaleza. Y en nombre de esas fuerzas ciegas, en rendimiento á esas leyes crueles, destruyamos; pero destruyamos el mal.

Fabricio.—Vuelves á caer en la declamación. El romanticismo te pierde.

Anselmo.—Seamos, pues, prácticos. Respetemos á esos padres que proceden como sátiros, á esas tigresas que disfrazan las desnudeces de la hetaira con los armiños de la maternidad, á esos viles libertos que ayudan á martirizar á los niños. Pero destruyámoslos con respeto, alegremente, si así lo quieres, al ruido de música y cascabelería. Aplastémosles, porque sí, porque debemos ser los más fuertes, por esa fuerza irresistible que no sirve de salvaguardia al hombre puro y exculpa al criminal.

Fabricio.—Acabaste, por fin, en lo trágico.

Anselmo.—Tragedia ó entremés ¿qué importa? Lo bello: ese es el asunto del arte. Lo bueno: ese es el fundamento de la virtud.

PUDIBUNDECES

Había terminado la lectura de la prensa del día y no podía dominar una profunda sensación de disgusto. Según unos diarios, el liberalismo nos había sumido en la barbarie, la indignación héchonos indignos de aspirar al dictado de seres humanos; según otros, el misonéismo, el odio al progreso era lo que nos mantenía en las lindes del salvajismo. Pero lo indudable era que aquí no había civilización, ni virtud ni cosa que lo valiere. En esto, como consignan los libros de texto, estaban conformes todos los autores.

Era una conclusión apropiada para descorazonar al propio Ricardo I de Plantagenet; ganas entraban de romper todas aquellas hojas que hubieran parecido tanto más amenas con los rezos de los agonizantes. De pronto sonó el timbre de la puerta y, á poco, entró triste y cariacontecido Gustavo.

—¡Tú aquí!—le dije.—¿Cuándo has venido de Bolonia?

—Anteayer, y mañana regreso.

—¿Tan pronto?

—Sí, hijo, sí. No es que esto me desagrade, al contrario; pero en tan breve tiempo me he convencido de que no puedo vivir aquí tranquilo. El medio me es contrario. Apenas he permanecido dos días y no he hecho sino disgustar á todo el mundo.

—¿Y cómo así? Tan afable, tan ilustrado, tan...

—No llares á mi vanidad. Oye y sabrás lo que ha ocurrido.

—Habla.

—He venido á parar á casa de los tíos de Pepe. Creía yo no haber faltado en lo más mínimo ni á principios ni á conveniencias, cuando anoche me llamó Pepe aparte y me dijo:—Chico, siento decírtelo, pero, si sigues el camino que llevas, vas á conseguir hacerte nada menos que odioso.—Pues ¿qué? le contesté, ¿he pecado en algo?—¡Friolera! Comenzaste por quedarte en la cama hasta medio día siendo domingo.—Venía fatigado del viaje.—Sí; pero no presenciaste el divino sacrificio, cosa que, naturalmente, disgustó á todos. Después, cuando saliste con mi tío, desfiló ante vosotros un regimiento, pasó la bandera y

¡nada! seguiste con el sombrero encasquetado como si tal cosa.—No me fijé.—Debiste fijarte. Aquí la patria es lo primero, y la bandera ya sabes que es el símbolo de la patria.

Quedé como avergonzado; pero Pepe siguió más severo que nunca.—Después te permitiste decir que había aquí demasiados templos. Sí que hay muchos.—Pero eso, acompañado de una sonrisa, trasciende á volterianismo. Te quedaste parado viendo pasar á un fraile y no sé qué murmuraste de baño y ropa interior, lo cual es una impertinencia de gusto pésimo; y, por último, con no sé qué motivo, te declaraste partidario del matrimonio civil y de las propagandas *societarias*, ó como sea, de las agrupaciones obreras, con lo cual pusiste digno remate á la serie de tonterías que habías dicho y hecho.

—Perdón, hombre, perdón, le he dicho á Pepe. Ya conoces mi carácter impresionable; yo te ofrezco...—Hay más, ha seguido el sobrino de su tío.—¿Más aún?

—¡Ya lo creo! Por la noche tuvimos reunión y allí sí que llegaste al colmo de la imprevisión y de la impertinencia. Chico, no te enfades, pero estuviste atroz.

Me quedé como quien mira dibujos modernistas.—¿Qué ocurrió? pregunté con

cierto sobresalto.—Una porción de cosas. Dijiste á todo el mundo que adorabas á tu mujer y que eras incapaz de faltarla.—¿También en eso hay culpa?—No es que la haya en el fondo; pero en la forma... figúrate que aquel señor grueso que dormitaba junto á la chimenea está separado de su mujer, y aquel otro flaco y larguirucho que ojeaba el portfolio mata á la suya á palos: no puedes figurarte el gesto que pusieron. Todos aquellos chicos son hombres de mundo y se rieron de tu imbecilidad, sobre que nadie creyó semejante majadería.—Pero, hombre, ¡si es cierto!—Es mentira y ya lo fallaron hace siglos las *Cortes de Amor*.—¡Vaya por las Cortes de Amor!—Rechazaste un cigarro y esto pareció á todos una censura (había incluso dos señoras que fumaban).—Pero ¡si es que yo no tengo esa costumbre!—Pues se pone un pretexto cualquiera, sin hacer aspavientos de continencia.—Y ¿qué más ocurrió?—Hablaste de empleados negligentes, de funcionarios poco escrupulosos, de jueces venales.—Hay muchos.—Por lo mismo que hay muchos, no faltaban allí algunos y esos ¡claro es! se dieron todos por aludidos.

—Veo que no se puede decir lo que se siente.

—Sí, pero sin ofender á los demás. Un

ejemplo: te preguntaron en qué te ocupabas y dijiste que tenías dos borlas por premio extraordinario.

—Buen trabajo me ha costado ganarlas.

—Sí, ¡pero fué ostentación necia y vanagloria cursi! Y á aquellos señores, muchos de los cuales no han pisado las aulas, sin faltar alguno que no sabe leer de corrido, les paseaste por la cara dos borlas, cosa que parecería inusitada al mismo barbero.

—¿He de arrepentirme de haber estudiado?

—Cuando lo exigen las circunstancias, sí. Y, si no, que lo diga el señor Sandiéguez, al cual increpaste con dureza.

—Porque dijo que quien no robaba era porque no podía.

—Lo dijo porque eso es muy humano.

—Es que yo no robo.

—Pues calla y no ofendas á los demás que tengan la humorada de hacerlo. Finalmente, te despediste diciendo que tenías que madrugar para bañarte, y así en cuanto saliste, no faltó quien dijera: «Ese trastuelo se figura que los demás no vamos una vez al año á remojar la piel de la familia.»

La ira me ahogaba y desbordaba en mi corazón.—¿Sabes lo que te digo? he increpado á Pepe.—¿Qué?—Que sois adoradores del símbolo, fariseos de la forma huera,

de la rutina y de la falsedad; que no toleráis el menor desacato á las vanas fórmulas y rituales, en cuya eficacia tal vez ninguno creáis; pero, en cambio, despreciáis la virtud, la verdad, la belleza eterna. ¡Desdichado el país aquel en que no es lícito poner en duda el menor de los convencionalismos groseros, y en cambio no se puede decir, sin ser objeto de mofa, que no se frecuenta las mancebías!

Mi amigo Pepe es implacable.—Hijo mío, me ha dicho: en la sociedad de los hombres todo es convencional. En público hay que decir y hacer una cosa y en privado otra muy distinta. Y, sobre todo, hay que *llevar la corriente*. En un círculo donde todo el mundo blasfema, la continencia en las palabras es un insulto. En un grupo de hombres que frecuentan garitos y burdeles, es una insensatez recordar el hogar y la mujer propia. El respeto...—¡La hipocresía dirás, he gritado lleno de furor; la hipocresía del mal, la adulación al vicio, el servilismo de la mentira!

Y ahora mismo me marchó. Me marchó á donde no tenga que transigir con mentiras convencionales, con respetos á cosas que no me inspiran sino desdén; donde pueda no descubrirme ante símbolos que usurpan su representación á las ideas y me

sea dado decir en alta voz que quiero á mi mujer y á mis hijos, que tengo dos borlas de doctor, que no robo ni engaño, ni frecuento los lupanares. ¿Qué te parece?

—¿Qué me ha de parecer? he dicho. ¡Anda con Dios, hijo; anda con Dios. Tienes razón que te sobra!

DOS HOMBRES

Hay que suponer que el hecho no es cierto; que la prensa ha sido mal informada; que ha habido error en la narración de lo ocurrido. Sería demasiado vergonzoso para la especie, saber que hay una mujer en la cárcel, atacada de vómitos de sangre, moribunda, á la cual se ha traído desde Málaga á pie, negándosele el pase al hospital, todo por el solo delito de haber pedido auxilio á las autoridades para que la sacaran del lupanar á que la llevó su desgracia y en que la retenía su miseria.

¿Cómo cayó? Ni aun lo sabe ella misma. Nacida en un medio de pobreza y de supina ignorancia, se vió abandonada á sus propios instintos. Jamás una voz educadora llegó á sus oídos; nunca una mano amiga la contuvo en la senda en que la precipitaba su suerte. No tenía una madre que al alisar sus trenzas, calentara aquella cabeza

con sus besos y sus máximas de virtud; no tenía una amiga que le diera el ejemplo, ni un libro que le suministrara la enseñanza. En estas condiciones la sorprendió aquel hombre, arrogante, decidor, con la mirada que fascina y la decisión que subyuga. Curtido en la maldad, refinado en la hipocresía, supo observar en las vacilaciones, aprovechar las horas en que la voz del futuro que llama en los umbrales del presente, repercute en las concavidades de aquel cerebro virgen y palpitaba en las venas henchidas de aquel organismo vigoroso. El Ángel de la Guarda dormía con la frente escondida en su túnica. Y la infeliz siguió á su ciego instinto. Cuando quiso reflexionar, de sus ojos rodaba una lágrima, y en los labios del miserable se dibujaba el rictus de Satán.

Y aquel Don Juan sin gallardía, aquel Montemar sin grandeza, despedazado por sus vicios como Acteón por sus perros, sintió en seguida el desabrimiento del hastío, el enojo de la brutalidad satisfecha. ¿Qué sabía él de los infinitos tesoros, siempre inagotables y siempre nuevos, que toda mujer, aun la más indiscreta y deforme, guarda para quien sabe buscarlos en lo más escondido de su corazón? ¿Cómo podía él levantar esos pliegues, tras los cuales mues-

tra la mujer siempre un aspecto nuevo como una realidad cambiante y eterna, como un prisma de infinitas aristas que no pide sino un rayo de luz para descomponerla en matizados y luminosos destellos?

La abandonó. Para su pasión de irracional era bastante un momentáneo espasmo. Y la dejó perdida, sin recursos, afrentada, hundida en el cieno, vendida acaso y arrojada con asco como carne de lupanar.

Allí comenzó la miseria, la explotación vil y sin entrañas; la lucha con la fuerza brutal que sepulta en el fango, y el pudor que protesta indignado. La necesidad de vivir, de entregar el estipendio sin el cual se es martirizada, y de rechazar al mismo tiempo con asco las caricias impuras del ebrio, del enfermo ó del advenecido. Y ante todo, el ansia, el deseo febril de encontrar á aquel hombre que pasará su fácil y efímero triunfo con el contoneo de la impudicia, y escupirle en la frente, bajo la cual debiera arder la inteligencia, y se consume sólo la imbecil inconsciencia de la corrupción.

Un día, cuando aquella asfixiante atmósfera la ahoga, cuando desea acabar ya de cualquier manera con aquella existencia infame, la infeliz huye y se acoge á la protección de un representante de la ley. La

ley debe ser justa. Ella no la conoce, pero sabe que es la voz de un Dios en la zarza en que serpea el fuego; el eco de la verdad en un Sinaí sobre cuya cumbre deslumbra el rayo; el lamento dolorido de un Dios hombre que llama á su lado á la arrepentida pecadora y sonríe á los humildes suspendido en la cruz. Y se acoge á la ley. Fuera de aquel medroso y obscuro antro en que ella ha vivido hay una sociedad que legisla y una fuerza puesta al servicio de los desvalidos. Allí está; de rodillas, invocando la ley, pidiendo una dracma de misericordia, elevando sus brazos descarnados al cielo en demanda de un último refugio en que respirar sin bochorno y morir con esperanza de redención.

El representante de la ley es otro hombre gallardo, altivo, deslumbrador, bajo su uniforme de paño irreprochable galoneado de oro. Su cabello, rizado con esmero, deja penetrar blandamente á sus dedos blancos y llenos de sortijas. No mira, no escucha, hace un gesto de desdén y se retira. Pero hay que hacer un ejemplar escarmiento para que otras mujeres *no se escapen de donde están recluidas*, y aquel día sale de Málaga la desdichada hacia la capital del reino, custodiada y por *tránsitos* de la guardia civil.

Unida á otras dos miserables, cuya historia es la misma, comienza su calvario de *veintiún* días. Las parejas van relevándose y las jornadas se hacen interminables. Suponiendo piadosos á todos los guardias, acostumbrados á conducir asesinos, la vergüenza de aquella odisea, el cansancio de aquella marcha, el dolor de aquella inmensa caída, la hacen arrojar para morir en el polvo de la carretera, de donde la levanta su conductor implacable, tal vez á culatazos. Y llega, al fin, cubierta de andrajos, de sudor y de sangre, muerta de dolor y de fatiga, al tablado de la reclusión, pidiendo en vano un lecho en que morir, un cobertor para cubrir sus carnes demacradas y un crucifijo que llevar á sus lívidos labios.

No debe, no, ser cierta tanta infamia; y si lo es, ¿qué hace á estas horas el burlador primero lleno de vanagloria y de audacia? ¿En qué piensa el otro causante de tal desdicha bajo su uniforme de paño galoneado de oro? ¿Es que ya no se escucha la voz de Dios? ¿Es que ya se ha borrado del todo el sentimiento de la justicia?

Dos hombres llenos de juventud, de fuerza, de belleza, de vanagloria, han aplastado á esa débil mujer, lo mismo que á sus dos compañeras. El primero, el que la atrajo con el señuelo de un amor fingido, el que

la precipitó en la prostitución, el que la abandonó en la desesperación y en la miseria, no es un hombre digno.

Pero el otro, el que dispuso ese tormento infinito, el que desoyó la voz de la Naturaleza para arrastrar por los caminos á esas mujeres hambrientas y desfallecidas, acaso martirizadas á golpes y denostadas á injurias, no es un caballero.

Hay que decirlo aquí, en el hogar apacible y tranquilo, contemplando á la maga que sabe idealizarlo; palpando con afán las cabecitas rubias de esos niños que no destrozarán el corazón de ninguna mujer, ni menos la arrastrarán por el polvo.

¿Verdad que no, hijos míos? ¿Verdad que no?

LAS CASAS VIEJAS

Madrid está lleno de escombros. Por todas partes halla el transeunte vallas, andamios, tejados á medio desarmar, huecos sin hojas ni vidriería, á través de los cuales se vislumbran los maderos de piso carcomidos y negros, los tabiques desvencijados, ornados con su última vestidura de papel polícromo lleno de desgarrones. Desde la calle se ven los ahumados techos, por entre cuyas grietas penetra descarada la luz. Ha caído el murallón medianero y aparecen á la vergüenza las habitaciones sombrías, como temerosas de mostrar sus reconditeces. Aquello fué la sala, todavía ceremoniosa y austera, mostrando en sus lienzos grandes rectángulos que señalan el sitio en que fueron colgados los cuadros de familia; más allá el gabinete, azul ó rosa, que parece una jaula vacía y que fué un tiempo caja sonora de tiernas risas y charloteos. En aque-

la precipitó en la prostitución, el que la abandonó en la desesperación y en la miseria, no es un hombre digno.

Pero el otro, el que dispuso ese tormento infinito, el que desoyó la voz de la Naturaleza para arrastrar por los caminos á esas mujeres hambrientas y desfallecidas, acaso martirizadas á golpes y denostadas á injurias, no es un caballero.

Hay que decirlo aquí, en el hogar apacible y tranquilo, contemplando á la maga que sabe idealizarlo; palpando con afán las cabecitas rubias de esos niños que no destrozarán el corazón de ninguna mujer, ni menos la arrastrarán por el polvo.

¿Verdad que no, hijos míos? ¿Verdad que no?

LAS CASAS VIEJAS

Madrid está lleno de escombros. Por todas partes halla el transeunte vallas, andamios, tejados á medio desarmar, huecos sin hojas ni vidriería, á través de los cuales se vislumbran los maderos de piso carcomidos y negros, los tabiques desvencijados, ornados con su última vestidura de papel polícromo lleno de desgarrones. Desde la calle se ven los ahumados techos, por entre cuyas grietas penetra descarada la luz. Ha caído el murallón medianero y aparecen á la vergüenza las habitaciones sombrías, como temerosas de mostrar sus reconditeces. Aquello fué la sala, todavía ceremoniosa y austera, mostrando en sus lienzos grandes rectángulos que señalan el sitio en que fueron colgados los cuadros de familia; más allá el gabinete, azul ó rosa, que parece una jaula vacía y que fué un tiempo caja sonora de tiernas risas y charloteos. En aque-

llas alcobas de estucos amarillentos, la vida comenzó y se ha extinguido, mientras la luz, velada por una mano cariñosa, ha hecho oscilar y agigantarse en el techo las sombras como fantasmas mudos.

Todo ello se derrumba entre nubes de polvo con estrépito formidable. Tal vez sobre aquel informe pedazo de yeso hemos colgado la imagen de la mujer amada ó del hijo ausente; es posible que de aquellas astillas pendiera la lucerna que alumbró nuestras glorias; sobre aquel desenuadernado dintel tuvimos que apoyarnos al mirar estirarse los miembros rígidos del muerto inolvidable, con esa sacudida brutal que nunca olvidaremos y que nos recuerda que la vida, aun al despedirse, es dolor y sacudimiento. Todo cae, se quiebra, se deshace en polvo. Allí fué nuestra Itálica; dentro de poco será calle, plaza ó jardín. Del caserón informe que guardó en sus entrañas tanto misterio, de la negra edificación que un tiempo nos pareció incommovible, y en cuyo seno tanto gozamos y sufrimos, no queda sino un recuerdo vago.

Es triste, pero es necesario. La transformación es la vida. Y todos queremos transformar nuestra gran ciudad, embellecerla, ensancharla, hacerla digna de nuestro tiempo. Todos, alguna vez, hemos marcado con

el dedo sobre el plano, lleno de líneas quebradas y sutiles, las vías ideales que haríamos pasar por su centro, las imaginarias avenidas que quisiéramos trazar en sus suburbios. Aquí habría un mercado, allí un parque, más allá una glorieta rodeada de plátanos y esmaltada de cedros. En aquel laberinto confuso de callejones sin luz, abríamos una soberbia rambla de ochenta metros; en esotro enredijo de pasadizos y encrucijadas, postigos y costanillas, colocaríamos un pulmón gigantesco, una plaza asombrosa, cercada de palacios y coliseos, de catedrales y de pinacotecas. Después doblamos aquel plano y lanzamos un interminable suspiro. Es la sed del espacio la que nos ahoga: una forma del ansia de lo infinito, que sólo puede desenvolverse en otra de sus formas, en el curso del tiempo.

Y el tiempo y el espacio ¿serán, en fin de cuentas, algo más que convencionalismos, ideaciones, fantasmas, producidos por la representación subjetiva? Para saber que el tiempo transcurre es preciso mirar cómo pasan las cosas, cómo se desvanecen, allá lejos en la penumbra de lo que fué; para concretar el espacio, hay que colocar en él, como piedras miliarias, seres que mueren, árboles que se secan, rocas que se desploman y edificios que se deshacen en polvo. Y

después, cuando regresamos al mismo sitio, y queremos interrogar al espacio y al tiempo, conocemos solamente su marcha por las canas que blanquean sobre nuestra frente y los recuerdos que palpitan en nuestro corazón.

Puede el hidalgo campesino abandonar la casa solariega y el labrador su cobertizo de tablas y raíces; cuando pasen los años y vuelva, allí le encontrará, más avejentado, más cubierto de polvo, más surcado de grietas y socavado de hendiduras. Pero allí permanece impasible, evocando dichas y despertando añoranzas. Aún se puede leer en el blasón de piedra la heroica impetuosidad del chozno y la resistencia gloriosa del sexto abuelo. Aún conserva la choza su puerta desquiciada de goznes, y, junto á la campana de la chimenea, el escaño renegrido. Los manzanos ó robles bajo los cuales se acurruca el hórreo ó la panera como viejo gañán bajo las frondas, tienen en su corteza las arrugas de quince lustros; pero, bajo las capas leñosas, aún circula la savia, y en su ya medio despoblada copa anida el pardal nuevo. Contemplando el paisaje en que nada ha cambiado, ni los nevados picos del fondo, ni los grupos informes del caserío, ni la roja espadaña de la ermita, ni el arroyo bordeado de chopos y álamos, ni la

alfombra de mieses, praderas y barbechos, ni el banco en que sesteaba el abuelo con la pipa en los dientes: todo parece confortar el ánimo decaído, y en aquellas auroras que dora el mismo sol, y en aquellos ocasos teñidos de iguales reflejos, todo parece murmurar: *¡Aquí fué!*

Pero en la ciudad todo se ha transformado. El hijo pródigo, al volver, interroga en vano á las edificaciones flamantes, á las anchas vías que anima un nuevo estrépito y que hormiguea nueva muchedumbre. Donde estuvo el refugio que busca, sólo ve espacio libre; al suelo cubierto de baldosa, ha sucedido el asfalto surcado de rieles; al techo ahumado, el insondable azul. ¿En qué punto de aquel espacio abierto, á qué altura en aquella atmósfera sin accidentes, habremos de evocar las antiguas imágenes? Tal vez allí, donde rueda con su fragor de trueno el automóvil, estaba el cajoncito de nuestros juguetes. Es posible que arriba, donde se cruza el alambraje eléctrico, diéramos el primer beso á la mujer amada. Acaso en el punto mismo en que centellea el arco voltáico, el corazón de nuestra madre cesó de latir.

Todo pasó. ¿Qué importa? La vida es eso: evolución, renovación, lucha, progreso, venturas que alborean y dolores que pasan.

Sigamos señalando con el dedo en el plano las nuevas vías, los frondosos jardines, las colosales pinacotecas; no tenemos dejar una huella de lágrimas. La humanidad no mira al pasado, sino al futuro, y la felicidad, como se prueba en la *Moral á Endimion*, no es para quienes pretenden evocar vanas sombras, sino para quien sabe vivir en el presente y bastarse á sí mismo.

DEGENERADOS

Un periódico de Bilbao, *La Cruz*, desatóse, hace unos cuantos días, en improprios contra Madrid y los madrileños. Aun honrándome con serlo, no he de encomiar á mis ofendidos paisanos. Toda persona sensata sabe que no tiene Madrid el privilegio de los monomaniacos impulsivos, que insultan groseramente, á reserva de no sostener después lo que dicen pluma á pluma ni cara á cara.

Pero sí creo que es conveniente aprovechar la ocasión para averiguar á qué obedece ese afán inmoderado de ensalzar á un pueblo y menoscabar la fama de otro, á ciegas y sin equidad alguna; ese delirio, que lleva á algunas gentes á encerrar en el círculo de una región todos sus afectos y devociones; delirio que pudiera llamarse (puesto que el uso ha confundido ya el pa-

triotismo con el amor patrio) *patrioteria* regional.

Ama el hombre á cuanto le rodea, porque el amor es el primero de sus estímulos y el desinterés la característica de sus afecciones. Se ama á sí mismo, á su familia, al pueblo en que nació, á su región, á su patria, á la humanidad, á lo absoluto. Todos estos afectos son legítimos, siempre que no se excluyan y conserven el orden de su importancia, porque en el ser que piensa se acentúa siempre, sobre el subjetivismo presuntuoso, lo genérico y universal.

Entonces el amor propio es noble acicate, deseo legítimo de perfeccionamiento, emulación gloriosa; el amor á la tierra en que se nace se traduce en bondad melancólica, en ansia invencible de contemplar de nuevo la sombra de aquel árbol que de niño nos dió sus frutos, ó aquel remanso en que parecieron flotar los ecos de los cantos de nuestra niñez; entonces el amor á la región es firme propósito de ennoblecerla, y á su impulso, Clavé disciplina sus coros, Iparraguirre esculpe sus tiernas estrofas, y la trova mudéjar se transforma en el dulce y apasionado canto andaluz. Entonces, el amor á la patria forma los caudillos y los guerrilleros, y graba en la historia sus ins-

cripciones de oro entre guirnaldas de laurel y amaranto; el amor á la raza nos lleva á cincelar su lengua y pulir sus costumbres, á crear nuevos y fraternales vínculos, á buscar por doquiera la selección; el amor á la humanidad, á multiplicar las maravillas científicas, las verdades sublimes, las concepciones grandiosas de los genios, que ya no tienen patria, porque no la tiene el espíritu. Por último, el amor inefable á lo eterno, inmortal y absoluto, repite en el transcurso de los siglos el psalmo de Isafas y las estrofas del Rhamayana, y cambiando sus símbolos, sus altares y ritos, perpetúa, á través del tiempo y del espacio, el sacrosanto culto de la Divinidad.

Y, sin embargo, todos esos afectos, todos esos amores, pueden sofisticarse, desviarse, caer en la más absurda aberración. Y es cuando se anteponen á todo sentimiento é idea, cuando no se conciertan ni guardan jerarquía, teniendo siempre en cuenta el predominio que alcanzar debe lo general sobre lo particular. El noble amor de sí, transfórmase entonces en *egotismo*, origen de toda codicia y fundamento de toda maldad. El amor á la aldea en que nacimos, se trueca en *vanidad de campanario*, causa de las contiendascaciquiles y luchas locales, que rebajan y desdoran. El amor á la región

conviértese en *regionalismo*, cuando no en *separatismo*, que enciende las guerras civiles y escinde la patria. El amor á ésta acaba en ruidosa patriotería, precursora siempre de los grandes desastres. El amor á la raza tórnase *imperialismo* vergonzoso. Y el mismo amor á lo Absoluto, perdiendo su carácter tolerante y altruista, se trueca en fanatismo que, ensangrentando la Historia, lleva los mártires al estadio, al potro y al *in pace* inquisitorial; y en el nombre de un Dios clemente siembra el odio, la venganza y el crimen, para derrumbarse, por fin, como el atleta hebreo, envuelto entre los escombros del templo que quiso sostener.

Es, pues, la *patriotería* regional una forma del egoísmo en cuanto forma subjetiva en odio á conceptos más genéricos; una desviación del amor, una aberración del espíritu y, no en pocos de sus apóstoles, una enfermedad cerebral.

Implicando la evolución una desintegración constante de fuerzas, seguida de una integración más perfecta y genérica, tiende cada vez más á destruir lo parcial y exclusivo y á hacer incesantemente efectiva la preponderancia sobre el individuo de la especie. En Filosofía, en Sociología, en todas

las ciencias preponderantemente humanas, se observa esta serie de fenómenos, que comienza en el desarrollo del embrión y termina en el concepto cada vez más comprensivo y total del universo. Por eso la vida tiende, como la ciencia, á socializarse; por eso la razón sustituye en toda relación la inmanencia á la trascendencia. Todo cuanto, por el contrario, como grado más ó menos genérico del egoísmo, procura el aislamiento, la paralización, ó aun el retroceso y la involución, es sencillamente un caso de atavismo, y el atavismo en los individuos en que el egoísmo se muestra, acompaña siempre á la imbecilidad ó á la epilepsia.

El egoísmo regional, el misonerismo atávico, el fanatismo religioso, la acometividad impulsiva. Tal es el cuadro sintomatológico de *La Cruz*. Con él, Ferri dictaría su fallo.

«Los atávicos, dice Mr. Biondelli, hablan como salvajes, porque son como salvajes en medio de la civilización; personifican todas las cosas abstractas (entre ellas la patria local). Su lenguaje es el de los hombres primitivos.» «Amantes de Dios por sus palabras, escribe Fischer, llevan el puñal oculto sobre el corazón.» «Cuando cometen un

crimen, dice un moderno alienista, creen escuchar la voz interior de Dios ó de la Virgen que les manda matar.» «Si una lesión del cerebro, escribe sabiamente Lombroso, quita la propiedad de reconocer los colores, el primero que se borra es precisamente el último que ha aparecido en la evolución del cerebro; el sentido moral último es el primero en desvanecerse en la enfermedad.» Por eso dice Jovers que el atavismo es más constante en los epilépticos, como la inversión de lo general y lo particular en los epilépticos que en todos los demás enfermos de la masa encefálica.

Después de esto, ¿para qué discutir con quien, al sembrar discordias y exclusivismos, no hace sino seguir un impulso invencible? La tarea cae ya bajo el dominio de la terapéutica. Una constitución neuropática, un estado hereditario y una hiperestenia funcional de los órganos encefálicos, cae, para su diagnóstico, bajo el dominio de un Cajal ó un Giné y Partagás. Para su tratamiento pide un Luys ó un Charcot.

Dejemos á los locos y amemos á la región; propaguemos su lengua, reverenciamos sus ideales, conservemos en la memoria sus cantos y sus leyendas; pero sepamos que sobre ese amor generoso y noble está el amor á la patria grande, en la cual nos

movemos, vivimos y somos, y que, sobre el amor á esa patria, tan necesitada de la cultura, de la transigencia y de la abnegación de sus hijos, está el sentimiento de la fraternidad entre los hombres y el amor desinteresado á la humanidad.

MUJER Y MADRE

El tren corría, corría devorando el espacio negro como un monstruo más negro aún; su ojo encendido rasgaba las tinieblas, y, sacudiendo sus férreos anillos como un reptil gigante, se precipitaba con horrisono tableteo por cañadas y terraplenes, vertientes y trincheras.

Era una marcha vertiginosa, casi una caída sobre el abismo. Sin el fragor de ruedas y enganches, ¿quién hubiera podido adivinar al cíclope de acero en las nebruras de la noche? ¿Quién hubiera visto su penacho de humo en aquella atmósfera saturada de la acritud de la lluvia reciente y sobre aquellos desgajados nubarrones semejantes á colosales siluetas apocalípticas?

La luna asomaba de vez en cuando su amarillo segmento para hacer las sombras más siniestras. Pero después se ocultaba tras

densos cúmulos y el agua descendía á torrentes.

Allá, en la solitaria hondonada, se alzaba la caseta del paso á nivel. El agua, despeñándose en cataratas, todo lo arrollaba en torno suyo. Terraplenes, traviesas, rieles, árboles; todo era arrastrado por aquella inundación poderosa. El genio de la destrucción parecía flotar sobre aquella embravecida corriente sin cauce.

Dentro de la caseta, el espectáculo rayaba en lo trágico. El agua, elevándose, amenazaba devorarlo todo. Tres niños tendían á todas partes sus bracitos desnudos, gimiendo con ese desgarrador lamento que no es sino el grito del instinto ante la proximidad de la muerte. Colgado de una escarpia el farol rojo y verde de la guardesa, alumbraba los restos del miserable ajuar, flotando en la cenagosa superficie de las aguas.

Y en medio, con el agua hasta la cintura, desgrenada, loca de desesperación, estaba la madre, es decir, la fiera dispuesta á luchar con el torrente, con la tempestad y con el cielo mismo. A su cuello aferrábase uno de los niños con instintivo frenesí; con sus brazos desnudos y vigorosos sostenía á los otros dos por cima del nivel de las

aguas. Había que encontrar la salida, desafiarse la corriente, llegar á la ladera y ganar la escarpa. Pero se sentía con vigor: era madre; tenía vista de lince, dientes de loba y garras de tigresa. Salvaría á los hijos; sentía en su interior algo que le gritaba: *¡No, no pueden morir!*

De pronto, su oído, educado en la soledad de los montes, entre la formidable descarga del trueno y el fragor de la inundación, percibió un sordo estrépito lejano, algo así como un gran chasquido seguido de un colosal desplome. Era el puente de Fuentes que se hundía. Se hundía, y en aquellos momentos se acercaba sin duda á sus tramos el tren de Zaragoza con su marcha de expreso y su tableteo de tempestad. Un espasmo sacudió sus miembros. El tren iba á despeñarse en la cortadura; otras madres como ella, otros niños como aquellos niños estaban condenados sin misericordia; en medio de aquel teatro sublime, preñado de sombras y de horrores, centenares de seres humanos iban á sucumbir.

Entonces ocurrió algo inaudito, uno de esos hechos que esculpen los anales en oro y nácar. En las entrañas de la fiera latió el ser humano; sobre el instinto de la madre se alzó el de la mujer. Rápida, decidida, colocó sobre dos tabloncillos á los pedazos de su

corazón, dejó al más pequeño sujeto por la escarpia, dió á todos un beso prolongado, supremo, ¡acaso el último!, y luego, empuñando la argolla del farol, salió á luchar con aquel vendaval que la envolvía, con aquellas aguas que la arrastraban, hasta llegar á la empinada escarpa, á que hubo de trepar como un simio, arrastrando su cuerpo desfallecido, ensangrentando sus desgarradas carnes.

Una vez en la altura corrió como un espectro, iluminado por la cárdena luz de los relámpagos; corrió como un ser mitológico que llevara una antorcha en su frente; corrió con su luz salvando abrupteces y cortaduras; corrió sobre el cortante borde de las rocas, hasta llegar á las negras fauces del abismo.

Y allí extendió su brazo musculoso y levantó el farol, que debió iluminar su rostro lívido, socrático, desfigurado, por el martirio. Era la piedad alumbrando á los hombres; era sobre la roca el dolor redimiendo á la humanidad.

Se oyó cercano el ruido del convoy, después el silbido de alarma y el chirrido del freno automático. Apareció, por fin, al otro lado de la terrible cortadura, el ojo sangriento del tren detenido; se escuchó su resoplido jadeante al arrojar el vapor por sus costados de hierro.

Los viajeros se habían salvado.

Pero entonces la fiera lanzó su rugido; la madre despertóse de nuevo y el fantasma tornó á precipitarse, en carrera satánica, temeraria, salvaje, sobre el borde de los abismos.

Las sombras parecieron aminorarse ante la negrura de aquel corazón; la tormenta aplacó sus rugidos ante aquellos lamentos de pantera herida.

Y llegó, atravesando el torrente, salvando mil obstáculos, desafiando á la Naturaleza irritada.

Llegó, sin duda, porque á poco apareció trepando otra vez la pendiente escueta, llevando un niño risueño en cada brazo y al tercero sujeto de los dientes como una leona.

Ha ocurrido, es exacto; no he aumentado al relato una sola grandeza.

La historia no puede olvidar tales hechos y la sociedad no puede dejarlos sin galardón.

En nombre de la humanidad, de la razón, de la justicia, pido para la guardesa de Pina una pensión y la cruz de Beneficencia.

¡PÍCARAS!

Acababa de leer una hermosa crónica, firmada por autor ilustre. Allí se demostraba, por A más B, que sobran hembras y escaseaban mujeres; que la falta de toda instrucción, de toda enseñanza, las hacía incapaces de compartir con el hombre un hogar tranquilo. El varón había progresado, pero la mujer habíase quedado en las lindes de la barbarie. La civilización pasaba á su lado sin rozarla con sus alas de oro. En ese embrutecimiento de la mujer, en ese su atraso inexplicable, en esa distanciaci3n entre el hombre culto y la mujer ineducada, entre el var3n instruido y la hembra ignorante, entre el ciudadano sabio y la sierva imb3cil, radicaba la mayor parte de nuestras desventuras.

Leí después las declaraciones de no me acuerdo qué personaje político, y me dormí.

Me encontré en otro mundo. ¡Y qué mundo! Era algo así como un planeta de San Balandrán. El eterno femenino le había creado deforme, inclinado sobre su eje, achatado por sus extremos, expuesto á los cambios bruscos de temperatura, asolado por las tormentas, sometido á las sacudidas más terribles. En su atmósfera flotaban los gérmenes de las enfermedades todas y la semilla del dolor.

La mujer al punto desplegó su fuerza, inauguró su dominación por un fratricidio y sometió á los débiles. Asesinatos colectivos, matanzas bárbaras, todo fué por ella empleado para dividir á la humanidad en castas. Los hombres fueron vendidos en el mercado, después llevados al gineceo. Durante muchos siglos la Historia fué el relato de los crímenes de algunas mujeres ambiciosas: Cira, Daría, Alejandra, Dionisia, Pompeya, Cesárea, Octavia, Claudia y Tiberia. Aparecida una religión nueva, las emperatrices promovieron contra sus adeptos las más furiosas persecuciones, después de crucificar á su fundadora, quien, para mayor claridad, hablaba siempre en parábolas.

Sobrevinieron las Bárbaras y, por cien milésima vez, se empapó en sangre la madre tierra. El saqueo, el incendio, la violación fueron la calamidad de cada día. Era

incesante la lucha entre los pueblos; el homicidio daba y quitaba el cetro y la tiara. Al cabo de los siglos dominó la Iglesia; pero la intolerancia de las papisas llenó el mundo de superstición y de sombra. Hubo escritoras que elevaron la fuerza á ley, como la fundadora de la filosofía peripatética había elevado á principio la esclavitud.

Durante el feudalismo, las nobles señoras de horca y cuchillo fueron terror de sus infelices súbditos, llegando á ejercer sobre ellos el abominable derecho de pernada. Por un exceso de superstición, monjas y reinas emprendieron interminables y estériles cruzadas, que costaron millones de vidas. Las africanas, en esto, por una villanía de doña Rodríguez y una traición de doña Opas, entraron en España, y, á fuerza de violencias, costó lanzarlas de allí siete siglos.

Ya no se arrojaba á las fieras á los mártires, pero sí al fuego á los herejes. Sobrevino entonces una caterva de soberanas sanguinarias é hipócritas: Fernanda I, Felipa II, Bonifacia VIII, Luisa XI, Inocencia VIII, Alejandra VI, Luisa XIV y la imbécil Carolina II. Más tarde, una dinastía degenerada. Por fin, la Revolución, en la cual las agitadoras jacobinas sembraron el terror decapitando á cien mil inocentes, entre los

cuales había ancianos y niños. Cesó aquello gracias á una pantera sedienta de sangre que asoló el mundo: á Napoleona Buona parte.

Durante cuarenta siglos no hubo injusticia que no se cometiese, descubridor que no fuese perseguido, infamia ó despojo que no se consumase.

Por fin, había llegado el siglo xx. Un millón de mujeres opulentas derrochaban el oro á costa de mil quinientos millones de párias muertos de hambre. La superstición era mayor que nunca. La tiranía y el despojo eran sancionados por hembras como Bismarcka, Crispa, Chamberlaina, *etcétera*.

España había llegado á la humillación y á la miseria, gracias á estadistas tan preclaras como doña Antonia Cánovas, doña Práxedes Matea y doña Valeriana Weyler. En materia científica se había quedado en que sólo se podía conocer hechos; y los hechos revelaban lucha brutal. En las costumbres habíase llegado á lo indecible. Todos los días las amantes mataban á traición á sus novios; las mujeres ebrias apaleaban á sus maridos ó los vendían en los lupanares. Las valientes hembras de *pelo en pecho* se apunaleaban en las puertas de las tabernas. Se acordó que la escuela era inútil, y que las maestras debían vivir sin comer. Supersti-

ción, barbarie, injusticia, ignorancia, maldad; todo era obra suya.

Y, entonces, se les ocurrió una idea soberana, magnífica, sin precedentes.

Echar la culpa de todo, por su ignorancia, á los hombres.

¡A los hombres, que en nada habían intervenido, que no habían corrompido su cerebro con una falsa ciencia, ni su corazón en la lucha por el trozo de pan!

¡Los hombres eran ignorantes; no podían ponerse al lado de aquellas filósofas, legisladoras, guerreras, políticas, que habían resuelto el problema de hacer la estancia en el mundo imposible!

Y entonces desperté.

Desperté y leí la prensa con ansia.

Sus columnas estaban repletas de relatos de crímenes cometidos por hombres; el obscurantismo era defendido por hombres; la barbarie era practicada por hombres.

Chamberlain predicaba el despojo; Kropotkine, la anarquía; Constans, el reparto de un pueblo débil.

Las pobres señoras de Chamberlain, de Kropotkine y de Constans, no tenían la menor culpa de todo aquello.

LAS COVACHAS

Si por acaso, amable lectora, te retiras tarde, de seguro te habrá sorprendido más de una vez ver á un hombre ó á un niño dormido sobre el batiente de una puerta. Arrojado allí como un bulto informe, habrá aparecido á tus ojos como la imagen del sueño desafiando la lluvia, el granizo, el cierzo y la escarcha. Tal espectáculo te habrá producido lástima. ¡Infeliz!, habrás dicho. Y aun si el durmiente era un rapaz de frente despejada, ó una niña de rubias gudejas, no habrás podido menos de murmurar: ¡Pobre golfito!

No es mi propósito hacer con este motivo una disertación sentimental, ni menos un cuadro romántico del género mínimo, con música de Quimito Valverde. Nada: son *golfos*, dropes, que decían en tiempo de Bretón. No hay que pedirles desplantes en quintillas, ni lagrimoteos en tono menor.

¿Ellos qué saben de lirismos cursis, ni de actitudes cómico-gallardas? Ni siquiera han visto *Los dos pilletes*. No les idealicemos. Son sucios, ineducados, rateros si se terciá. Lo que ocurre es que no se les ha enseñado á ser mejores.

Pues bien; esos *golfos* son objeto desde hace mucho tiempo, de una verdadera batida. El sereno, el guardia, el vigilante se acerca, y la escena es siempre la misma.—¡Arza! ¡Arre allá! ¡A levantarse!—¡No me pegue usted!—gimotea el hombre, el muchacho ó la anciana. (¡También hay ancianas!)—¡Largo de aquí, granuja! Dos ó tres empujones, y el guardia vase satisfecho. Como los héroes de las Termópilas, ha cumplido con su deber.

Desperézase el drope, y, mostrando sus pies descalzos, corre como un cervato hasta el próximo jar linillo. Allí se tiende sobre un banco á gozar, contemplando el cielo, el placer de Ruskin. Al cabo de media hora, he aquí que sobreviene el guarda, empleando, como es consiguiente, las mejores formas.—¡Ladrón! ¿Quiéres *ahuecar*?—Y vuelta á gruñir, á desperezarse y á correr en busca de otro refugio.—Pero ¿qué es esto?—preguntará más de un filántropo.—¿No tiene casa ese infeliz?—No, señor; no la tiene.—¿Es que no hay asilos?—¡Ya lo creo!

Como que en otras partes hay quien vive de eso: de fundar y sostener asilos. Sino que los pobres unas veces no pueden y otras no quieren entrar. ¡Qué malos son los pobres! Caridad sí que sobra. Lo que falta es justicia.—¿Y por qué no trabajan?—Eso pregunto yo: ¿Por qué no trabajan los niños de seis años y las ancianas de setenta?

En fin, que las puertas están perdidas y que no le dejan á uno dormir. Pues ¡ea!, ¡á los desmontes! Y allí van dos mil criaturas: á los desmontes. Hay allí covachas relativamente confortables y, apretándose un poco, no se pasa del todo mal. La mayor parte de estos alcázares radican en puntos conocidos: la montaña del Príncipe Pío, el viejo cerrillo de San Blas, las trincheras de Méndez Alvaro, los altos de San Isidro, las cortaduras á pico, fronteras á la Cárcel Modelo. Allí descansa el hampa; allí arrostra el horror de la sombra; allí cambia, por un poco de sueño, la virtud, el pudor y la salud misma.

Las autoridades han comprendido que eso no puede seguir así, y no pudiendo facilitar camas á toda esa gente, han resuelto destruir las covachas. Ahora veremos lo que hacen las tribus. Es de suponer que de esos *golfos*, unos morirán de hambre ó de sueño, ó á palos ó á patadas; serán los

más felices. Otros serán conducidos por *tránsitos* á su pueblo. ¡Una bicoca! Noventa leguas por carretera, animados por la piadosa guardia civil. Otros, en fin, pararán en la cárcel. ¿No es ese su destino?

No sé por qué viene á mi memoria la historia de Pachí. Es decir, yo no sé si se llamaba Pachí. Los periódicos lo han contado con escultural laconismo. Yo ni quito ni pongo, ni siquiera pienso solicitar privilegio, ni escribir al pie de esta *Crónica*, como cuando tenía quince años y algunas ilusiones más. *Prohibida la reproducción.*

Pachí contaba ocho Diciembres; para él nunca hubo Abries. Familia... su familia era aquella: la del desmonte. Después de un día entero de mendigar, de subir maletones de la estación, de recoger colillas para vendérselas al tío Gorete y de recibir coscorrones de los representantes del orden se recogía en los desmontes de la Cárcel Modelo. Allí se guarecía bien ó mal entre el húmedo regazo de la tierra, no sin recibir unos cuantos golpes cariñosos de sus compañeros de mina y de aquellas mujeres que no eran precisamente las de Mallarmé. Llorar... ¿para qué? Si hubiera tenido una madre... entonces, sí hubiera llorado y escondido su enmarañada cabeza, azotada de la lluvia y abrasada del sol, entre los tibios

pliegues de su falda amorosa. Pero no la tenía; estaba solo; podía volar libre como la alondra y el pardillo. Por la noche, después de abrir algunas portezuelas á la puerta de la *Comedia*, corría á comprar un panecillo caliente y emprendía corriendo la caminata devorando con ansia aquel blando y curruscante trozo de pan. Y, después, á dormir frente á aquel edificio tan grande y tan hermoso que, á lo mejor, lanzaba melancólico sonido de cornetas. ¡Qué bien se debía estar allí adentro!

Pero un día, por nada, porque sí, se encontró con que un guardia le detuvo. Se trataba de un hurto, y en la duda le hicieron pasar por el rastrillo. ¡Qué grande era aquello! Le dieron desde aquel día rancho caliente; se sentaba en la escuela con otros *micos* (así les llamaban), y un señor cariñoso le enseñaba las letras, que él aprendía con codicia. Sí; quería leer para ser algo más que un *golfo*, para no dormir en aquellas inmundas covachas de enfrente, para escribir un día á su madre, si averiguaba su paradero. Luego tenía un hermoso taller, y allí creyó encontrarse más grande y más bueno cuando aprendió á manejar la garlopa. Después jugaba con otros de su edad, y, por la noche, dormía él solo en una especie de cama blanda que le hacía olvidar

las duras piedras de las covachas de la dropería.

Y un día, cuando más satisfecho se hallaba, le echaron á la calle. ¿Por qué? Se rebeló su instinto. El no quería irse. Lloró, pateó, mordió. Se agarraba á los bancos, á las mesas de su querida escuela, á los barrotes de las rejas de su amado taller. Hubo que arrancarle de allí como á un avaro de su tesoro. Y allí quedó, á la puerta, mirando aquella casa hospitalaria donde había comido y dormido y despertado su cerebro á la luz. Veinte noches volvió á dormirar al pie de aquellos muros. Después, nadie ha vuelto á saber de Pachí.

¿Volvio á los desmontes? ¿Emigró? ¿Murió? Nadie pudo saberlo.

¡Pobre Pachí! Su historia es verdadera. Tal vez hubiera sido un buen ciudadano; de seguro un ser inteligente y feliz.

Ahora, cuando desaparezcan las covachas, veremos á donde se dirigen todos esos hambrientos, todos esos niños, todas esas ancianas, espuma de una organización corrompida y de una sociedad que lleva ocultó en su dolorido seno el miserable germen que le ha de matar.

LA TRAVESURA DEL DIABLO

Ayer por la tarde estuvo en casa un lego franciscano. Como el acontecimiento era inusitado, todos nos disputamos el honor de obsequiarle. Sobre la mesa, cubierta por blanco mantel, apareció *ancha bandeja con tazón chinesco, rebosante de hirviente chocolate*, que diría el viejo Moratín, y al lado del tazón, no ya *agua que serenó barro de Andújar*, sino blanca y azucarada leche, que pudiera dar quince y raya en gusto y nitidez á la del mismo Melibeo. Apuraba el reverendo señor el contenido de la taza, y al par, fijaba los ojos beatíficos en un diario que á su lado y sobre la mesa estaba, cuando dió de pronto un respingo, atragantóse y, tras no pocas congojas y sustos, prorrumpió en esta exclamación que justificaba su profunda sorpresa:

—¡Qué atrocidad, así Dios me perdone!
¡Los cambios á cuarenta y tres!

Quedamos todos silenciosos respetando la indignación del caduco lego, cuando un querubín de cinco años, galardón con que la Naturaleza próvida hace más llevadero nuestro laicismo, y que, á la sazón, andaba á ojeo de las soletas sobrantes, exclamó con el más angelical candor del mundo:

—¿Y eso qué es, señor cura?

—¡Plugiuese á Dios—dijo el interpelado con la boca llena—que órdenes hubiese recibido! Es—añadió—que se acaban los metales preciosos; es que ya no queda sino papel, bronce y aleación de baja plata; es que el diablo quiere deshacer su travesura y no puede.

—¿Qué travesura?—preguntó el chiquillo?

—¿Quieres saberlo? Pues oye y estate quietecito.

Arrellanóse el buen religioso, tosimos todos ligeramente, lo mismo que cuando un buen tenor comienza el *¡O paradisso!* y escuchamos el siguiente relato:

—Ya sabes que Dios hizo el mundo...

—Sí, señor; en seis días. El primero...

—Bien, bien. Celebro tus adelantos; pero no interrumpas.

Como decía, Dios creó el mundo y le hizo unos cimientos, no así como se quiera, sino de oro y de plata. En sus entrañas,

perdidos sus maravillosos reflejos en las sombras de las cavidades subterráneas, en donde se levantan los monstruos de piedra como gigantes megalíticos, donde los hombres no podían lanzar sus codiciosas miradas, porque el suelo es la colosal bóveda de la Estigia, allí se extendía el oro y la plata en filones de incalculable longitud. Era como una red preciosa entretejida al corazón del planeta; era un tesoro inapreciable, sepultado allí, donde no podía llegar á buscarle el martillo pesado de Tubalcaín. Figúrate ríos de oro petrificado, edificios de plata y jaspes capaces de albergar en su seno á naciones enteras, reflejos apagados que, al recibir el ósculo del rey de los astros, hubieran eclipsado las magnificencias de los alcázares de Aladino.

—¡Qué bonito!—interrumpió el chiquitín.

—Todo aquello estaba escondido—siguió el franciscano sin escucharle.—Dios no había querido corromper á los hombres con aquellos tesoros más tentadores que la fruta del bien y del mal. Pero he aquí que una noche Satán escaló la montaña, socavó con sus garras, perforó con sus dientes, hendió con sus cuernos, y, al alumbrar el sol del nuevo día, el oro apareció á la vista del hombre con sus filones apretados y rubios

como trenzas de ondina. Desde entonces el hombre fué malo, sintió en su corazón la feroz mordedura del odio. Caín volvió á salir de su gruta, y sobre aquellos codiciosos torrentes de oro cayó el encendido sudor del minero, y sobre aquellas cascadas de plata se derramó la sangre de los vencidos.

Dios envió el Diluvio; pero Satán inventó la moneda. La moneda áurea con sus genios é hipógrifos alados y sus vigorosos exergos; la moneda, con la cual realizóse la primer venta de la primera traición. Por ella, las madres dejaron á sus hijos y los hermanos abrieron á sus hermanos las doientes entrañas; por ella, la mujer olvidó su pureza y el hombre su dignidad, y la humanidad endiosada renegó del Eterno. Por doquiera estallaron las guerras y en todas ellas se jugaron aquellos brillantes y tentadores discos con dados de hierro.

—¿Y Dios, qué hizo?—interrumpió de nuevo mi Benjamín.

—Maldijo la serpiente. La maldijo otra vez; pero antes le echó en cara su astucia, su arteria, el descubrimiento de aquellos homicidas metales. Satán, entonces, protestó y se propuso demostrar que no eran las riquezas, sino los hombres, los execrables. Tomó un cuerpo, el de Law, y presentóse

en un pueblo: en Francia. Entonces fué cuando conocieron los hombres el papel moneda.

—¿Los billetes de Banco?

—Los billetes, que representan un valor que no existe; el crédito, representante de una realidad que no es. El dinero fué despreciado; se pasó la medida normal; se *emitiéron* millones y millones de aquellos papelillos azules, y la miseria se apoderó de Francia. Fué precisa una revolución como no presenciaron los siglos para lavar aquel error.

—¿Y Francia, quedó pobre?

—No quedó pobre, porque volvió á no hacer más billetes que los que, desde luego, podía pagar. Dios encargó á Satán que hiciera conservar esta medida deshaciendo así su travesura, y Satán consiguió que en todas partes el oro y la plata estuvieran en relación con la riqueza pública. Porque no es el oro, sino la codicia, lo que acarrea la desdicha en el mundo; porque sin la riqueza la vida es imposible, y cuando los hombres no tienen oro y sienten la sed de la codicia, se despedazan por trozos de papel.

Pero cuando el diablo quiso deshacer su mala obra, se encontró con una nación en donde los metales preciosos habían desaparecido; una nación, cada vez más pobre,

cada vez más atormentada, cada vez más triste, pero donde no hubo medio de deshacer el error, porque había alguien en ella mucho más poderoso que el diablo: el Banco de España.

—¿De modo que la travesura no tiene aquí remedio?—preguntó el niño.

—No tanto—siguió el lego.—Porque Satán no pasará de nuevo la Estigia hasta haberla enmendado. Por eso, todas las noches sube al Prado de Trajineros, y, cuando se apaga la luz de los últimos focos eléctricos, araña, araña sin cesar los cimientos del Banco para ver si con su trabajo se derrumba.

—Y, diga usted, ¿se saldrá con la suya?—interrumpió el chiquitín impaciente.

Entonces, echándose atrás el reverendo, cruzó sobre el abdomen las manos regordetas, y dijo elevando la mirada inefable:

—Todo pudiera ser... con la ayuda de Dios.

RAFAGAS DE OTOÑO

En toda capital populosa hay un misterioso jardín, cerrado siempre á piedra y lodo; un verjel de gusto borbónico, que recuerda á Versalles por sus recortados abetos, y á Aranjuez por sus gigantescos álamos. En él se levanta un palacio por cuyos ventanales jamás entra la luz, cuyas persianas nunca se descorren. Por las junturas de sus puertas de enmohecidos goznes, pretenden escudriñar en vano las miradas de los curiosos. El transeunte contempla aquellas verjas sobre cuyas doradas lanzas rebosa un exuberante bosque, mira, á lo sumo, aquellas desiertas umbrías, pasea su mirada por aquellas impostas llenas de polvo y aquellas balaustradas cubiertas de enigmas, y exclama:—¡Qué dichoso debe ser el dueño de esta finca! Como hubiera dicho Alejandro:—¡Quién pudiera dominarte, oh, Tiro!
¿No ha llegado la maga, ó es que ha pa-

sado ya sin tocar con su vara de nácar y cedro aquella vegetación lujuriosa y aquellos esculpidos sillares? ¿No ha venido aún, ó es que no ha pisado con sus blancas sandalias aquellos perfumados paseos, en cuyos bordes florece el jazmín y la clemátida, y en cuyas cercanías entreabre su rayado cáliz el dondiego? Ese musgo, en que centellean las primeras escarchas y que hacen reverdecir las lloviznas de otoño, ¿espera servir de alfombra á un idilio ó llora una elegía trágica? Ese palacio de majestades de alcázar y severidades de monasterio, ¿ha sido edificado para el amor ó para el sacrificio? ¿Es la esperanza ó el recuerdo lo que se alberga dentro de sus muros? Nadie lo sabe.

El misterio parece un acicate. Allí adentro hay quizá escaleras de mármol con pasamanos de ágata, anchas y frías como las que abandonan los reyes y buscan los monjes; hay bustos que sonrien con su mueca de piedra ó miran con sus ojos abiertos sin pupilas á los artesonados, en donde las arañas tejen sus redes, y góticas farolas que nunca han de encenderse, y relojes de esfera de jaspe que han parado su aguja de oro, como indicando la eternidad.

Arriba, traspuesta la arcada, cerca del patio de columnas, hay, sin duda, solitarios salones que muestran en los techos amplí-

simos frescos de Jordán ó de Van der Meulen; lámparas gigantescas de cristal de roca; tapices flamencos, donde bailan las ninfas y las pastoras al són del caramillo ó la flauta melodiosa del fauno. Sobre las puertas blancas, de áureas molduras, se pliegan los cortinajes bordados ó las sederías amarillentas de borlones regios. Más lejos están las galerías de luz cenital, con su doble fila de grupos clásicos y torsos corintios ó con espaciosas vitrinas con dagas de Milán y arcabuces y partesanas de Florencia. Allí parecen las armaduras, los petos incrustados de Saladino ó los cascos rotundos de Bouillon. Y allí adentro, la medrosa capilla, con su ancha y solitaria nave, su tabernáculo velado por lienzos, su tríptico del Tiépolo y su cripta, en que acaso descansa un cuerpo de mármol sobre otro de polvo. Sobre la figura yacente que cruza sus manos afiladas encima de los mal plegados ropajes, cae un rayo de luz, descompuesto en cambiantes al pasar por la ojiva y filtrarse por los vidrios policromos, donde azota la lluvia con monotonía de rumor de sauces ó el viento en quejumbres de cítaras lejanas de una sola cuerda.

En el jardín, en el ancho tazón de la fuente seca, junto al basamento cercado de plantas silvestres, en que parece haber in-

terrumpido súbitamente su grotesca danza el silvano, ha venido á parar sus giros fantásticos la primera hoja agostada, desde lo alto de la acacia piramidal. Todo se ha estremecido al soplo primero del otoño: las adelfas se han columpiado y vertido su polen, los plátanos han agitado sus ramas, los eucaliptus han doblado sus copas enhiestas. Ha sido un segundo de vida en aquel edén muerto. Después, todo ha vuelto á su quietud solemne. El silvano ha seguido inmóvil, como si esperase un mandato supremo; el manantial ha permanecido mudo; el estanque ha seguido ocultando su limo bajo la capa de algas y briznas; el ambiente ha continuado impregnado de vahos de tierra húmeda; los nardos han mostrado sus pétalos de cera, y los geráneos sus flores bermejas, sin que un solo insecto haya venido á posarse en ellos para agitar sus transparentes alas sobre el metálico coselete.

La melancolía nos impone su yugo; una tristeza dulce y resignada, como en la oda á Quinto Delio, nos domina. Todos tenemos dentro un alcázar, con escaleras claustales que esperan la pisada del héroe, con imperiales cámaras desiertas que atienden á que venga una mano piadosa á encender sus hogares extintos y sus apagadas lámparas de bronce. Todos conservamos un jardín en

que las estatuas están empolvadas y en que los manantiales permanecen secos. Una ráfaga de viento perfumado sacúdele á las veces agitando sus ramas y haciendo estallar en ellas suaves acordes. Después, todo queda en silencio, inmóvil, como la aguja de oro que señala la eternidad.

La maga no ha venido ó no ha agitado su vara de nácar y cedro; no ha aparecido ó no ha calzado sus blancas sandalias. Vano será el esfuerzo de los curiosos para asomarse á esos jardines, para visitar esos palacios, para escudriñar esas reconditeces del alma humana. En ellas sólo puede ya entrar el viento del otoño con sus frialdades y sus vahos de tierra húmeda. ¡Respeto á lo que ha sido, y paz perdurable y augusta á lo que nunca habrá de ser!

PRINCIPIO DE CURSO

No puedo remediarlo: me encantan los niños. Lo primero... porque no son hombres. Me embelesan cuando, envueltos en batistas y encajes, ó en groseros lienzos, se aferran al pecho de su nurriz, con la tenacidad y el ansia del pajarillo hambriento; deléitanme cuando saltan y palmotean ó lloran y gritan con la inconsciencia y la sinceridad que, poco á poco, habrán de ir perdiendo hasta desembarazarse de su crisálida, hasta aprender á cubrirse con una máscara inflexible; me subyugan cuando esbozan sus primeros pasos, como revuelo de jilguero que aún se recubre con el sedoso plumón del nido, ó cuando se les adereza su primer pantaloncillo corto y charlotean enajenados, mirándose las calzas:—*¡Ya soy hombre!* como luego, de adultos, dirán más de una vez con melancolía:—*¡Yo también fui niño!*

que las estatuas están empolvadas y en que los manantiales permanecen secos. Una ráfaga de viento perfumado sacúdele á las veces agitando sus ramas y haciendo estallar en ellas suaves acordes. Después, todo queda en silencio, inmóvil, como la aguja de oro que señala la eternidad.

La maga no ha venido ó no ha agitado su vara de nácar y cedro; no ha aparecido ó no ha calzado sus blancas sandalias. Vano será el esfuerzo de los curiosos para asomarse á esos jardines, para visitar esos palacios, para escudriñar esas reconditeces del alma humana. En ellas sólo puede ya entrar el viento del otoño con sus frialdades y sus vahos de tierra húmeda. ¡Respeto á lo que ha sido, y paz perdurable y augusta á lo que nunca habrá de ser!

PRINCIPIO DE CURSO

No puedo remediarlo: me encantan los niños. Lo primero... porque no son hombres. Me embelesan cuando, envueltos en batistas y encajes, ó en groseros lienzos, se aferran al pecho de su nurriz, con la tenacidad y el ansia del pajarillo hambriento; deléitanme cuando saltan y palmotean ó lloran y gritan con la inconsciencia y la sinceridad que, poco á poco, habrán de ir perdiendo hasta desembarazarse de su crisálida, hasta aprender á cubrirse con una máscara inflexible; me subyugan cuando esbozan sus primeros pasos, como revuelo de jilguero que aún se recubre con el sedoso plumón del nido, ó cuando se les adereza su primer pantaloncillo corto y charlotean enajenados, mirándose las calzas:—*¡Ya soy hombre!* como luego, de adultos, dirán más de una vez con melancolía:—*¡Yo también fui niño!*

Para no pocos de ellos, Septiembre ha traído, con sus cierzos húmedos y sus vahos de tierra mojada, la preocupación del mañana, que no tenían. En el cuerpecillo del niño ha sentido el escalofrío primero la madre. Al punto ha rebuscado en el armario las prendas de abrigo ó ha recorrido los bazares requiriendo las diminutas chaquetitas de punto. Después ha acariciado al chiquitín y le ha dicho, frase más ó menos:— Mira monín: vamos á ver si estudias. Serás bueno y aplicado ¿verdad? Hazte hombre, hijo mío, y ya verás cuánto te queremos todos. La filípica ha terminado como las de todas las madrazas: en besos y lagrimones como puños. Eso sí: el chiquillo ha ofrecido estudiar y aún ha tomado un aire grave y reflexivo. Eso de ser hombre le agrada; pero luego ha oído preludear un guitarró ó pregonar una nueva mercancía y el futuro doctor ha corrido *á ver cosas nuevas*, forma acaso la más completa de enseñanza cíclica y la más descuidada por padres y pedagogos.

La matrícula en los Institutos y Colegios nos recuerda los días azules en que soñábamos con un porvenir de gloria y de fortuna. Entrábamos por primera vez en los claustros y los encontrábamos harto grandes y fríos, como los extranjeros del Lácio

encontraban el foro. A nuestro pesar, experimentábamos cierto ligero espasmo que no era sino la resistencia al nuevo medio, algo como una inmersión en agua helada, y el miedo secreto á no hallarnos capacitados para desempeñar nuestro modesto papel de racionista en tan gran teatro. Los bedeles nos parecían altos funcionarios con sus levitas de áureos botones y sus gorras galoneadas. El bullicio de los estudiantes veteranos nos aturdía, y se nos antojaba una profanación en aquellas espaciosas galerías con tantas puertas, sobre cuyas cornisas leíamos palabras para nosotros ignoradas, y por entre cuyos resquicios veíamos largas hiladas de bancos vacíos, espaciosas vitrinas con pedruscos informes, aves zancudas y longirrostras, de patas y picos descomunales, cráneos de horribles cuencas y frascos de leyendas enigmáticas. En otras había máquinas y utensilios que nos inspiraban terror, como instrumento de tortura, y, en todas, el sillón y la mesa del profesor encima de un tablado, el sublime trípode, la picota de la ciencia oficial, sobre la cual habría de repetir sus lecturas manidas un señor que nos figurábamos siempre viejo y huraño, limpiando los cristales ahumados de sus gafas y ahuecando su voz campanuda.

No: no era aquel el regazo caliente de nuestra madre, ni siquiera el seno de nuestras afecciones. Veamos escribir nuestros nombres á los empleados de la secretaría y cobrar los derechos como un tributo. ¡Cuántos legajos! ¡Qué serio y enfadoso era todo aquello! Por último, saltamos con nuestro padre ó nuestro encargado á la plaza bañada en sol; pero el frío del aula quedaba en nuestros huesos. Habíamos despertado á la vida del ser intelectual y, desde luego, nos parecía sombría y triste.

Luego, ha podido más nuestra infancia, nuestra alegría, que la tiesura de nuestros preceptores y la austera severidad de sus mamotretos. Alguna vez hemos impreso con nuestras travesuras sobre su fisonomía de Catón el gesto de Demócrito. Los claustros se han poblado de gorjeos, los húmedos patios de juegos y risas; sobre los pisos de las aulas ha caído la saetería de nuestro ingenio. Pero, cuando al cabo de muchos años volvemos á entrar en aquellos recintos, recordamos la primera impresión de frío y de tristeza. Todo aquello nos parece más estrecho y oscuro: nos falta la juventud que poblaba aquellas escaleras claustrales de bacantes y aquellos desnudos muros de ninfas. Ya no están allí nuestros viejos maestros: los empleados mismos son otros

y no nos reconocen. No, parecen más graves y ceñudos los nuevos escolares. Y entonces decimos con el viejo Horacio: «Aquí viví. ¿Quién podrá hacer que lo pasado sea?»

Ya que es preciso, cometamos el crimen de convertir á los niños en hombres. Culpa es que nos ha sido impuesta: perpetuemos la fábula de Saturno. Pero, por esa infancia triste, por esos tiernos corazones sobrecogidos, hagamos el aula menos fría, rasguemos los ventanales de esos claustros, sustituyamos esos indigestos *in folios* por la enseñanza viva y palpitante de la naturaleza. Sólo así podrá entrar con los niños el aire y la luz. Sólo así, cuando vuelvan al cabo de los años á recorrer aquellas galerías, sentirán el orgullo de haber vivido; y el recuerdo de sus días azules, en que el ambiente era más puro y el sol más fulgente, podrá palpar nuevamente en su corazón.

LA GLORIOSA

Nuestra quinta estaba situada á unos cuantos kilómetros de Madrid, y se extendía en un gran cercado, como de unas tres y media hanegadas; en gran parte de este terreno, convertido en huerta, había un jardín frondoso, á que Daniel, el hortelano, llamaba pomposamente el *Parque*. Delante de éste había una gran explanada, desde la cual se veía á lo lejos Madrid, con sus cúpulas elevadas y sus reflejos de cristalería. Limitábase la explanada al saliente por un verdadero bosque de chopos y plátanos, á cuya sombra leía yo á los ocho años *La redención del esclavo*, *Las ruinas de Palmira* y *La moral universal*, por el barón d'Olbach.

A Norte y Sur se alzaban dos grandes edificios: uno era la vivienda; en otro estaba el gimnasio, las cocheras y otras dependencias de la finca. Delante de ambos

se extendían dos filas de copudas acacias y lustrosos evonimus. Al Poniente estaba la verja y puerta de ingreso. Una ligera capa de arena rojiza cubría la explanada. Aquel era mi picadero.

Todas las mañanas montaba una jaca alazana de no mala presencia y daba mis paseos por el *parque*, en donde me saturaba de aromas y saciaba de trinos. Luego volvía á la explanada y allí obligaba al manso animal á agitar su remo fino y nervioso, como si contara, á alzarse para dar la vuelta de tornillo y á arrodillarse resoplando, ni más ni menos que los caballos de los circos ecuestres.

Un día de Septiembre del año 68 recibimos orden de trasladarnos á Madrid. Aquello no me agradó poco ni mucho; en Madrid no tenía jardín, ni gimnasio, ni jaca, ni moral de Olbach. Además, en mi imaginación de nueve años, la corte se me representaba como la ciudad de la angustia y del sobresalto. Recordaba con desabrimiento y terror las primeras impresiones allí recibidas: el cólera del 65, que sobrecogió á las gentes hasta el punto de dejar las calles desiertas; la noche tenebrosa de San Daniel, en que salimos á oír la serenata y hubimos de guarecernos en un rincón del viejo convento de la Trinidad para no

ser atropellados por los caballos de la *Veterana*. Por fin, la revolución del 22 de Junio, día en que hubo que sacar los colchones á los huecos de la fachada para librarnos de las descargas de fusilería. De todo aquello una sola cosa sacaba yo en limpio: que estábamos en poder de frailes y monjas, que había mucho tuno y que Prim nos iba á salvar á todos, ayudado por otros señores muy buenos, entre los cuales estaba (asómbrense ustedes) ¡Sagasta!

No habíamos hecho sino llegar á Madrid cuando entró en la sala el criado gritando: ¡*Ya corre la gente!* Aquel *ya* valía una Restauración. Nuevos sustos y ahogos; mi padre estaba fuera de casa y temíamos no se le hubiese echado encima algún veterano de los pitados el 10 de Abril. Poco tardó en llegar muy contento (había sido jefe de barricada el 54), diciendo que Serrano había cascado las liendres á Novaliches y Lacy en Alcolea, que la Marina se había *pronunciado* con Prim y Topete y que los Borbones..., en fin, lo que luego escribieron sobre las rejas de la Casa Aduana Ducazcal ó Romero Robledo.

Todos nos alborotamos. Comenzaron á pasar músicas y carros con banderas. Al frente de un grupo iba á caballo un señor que, según me dijeron, era Pucheta. Tomó

unas copas sin apearse en la taberna del 35 (calle de Atocha), y dijo algo que no pude entender. Hoy me figuro lo que sería.

¡Vaya un entusiasmo! ¡Qué vivas! ¡Qué abrazarse los unos á los otros! Pronto me disgustaron dos cosas: la gente comenzó á romper los faroles que tenían coronas y algunos escaparates que ostentaban el escudo de real proveedor. Luego aparecieron muchos hombres con escopetas, y enfrente de Fomento fusilaron varios retratos. Supongo que habrán colocado otros nuevos. Aquella noche había ya batallones improvisados de gentes vestidas de la manera más bizarra. Tres vi pasar, lo menos, desde el café de Zaragoza, precedidos de murgas que entonaban patrióticos himnos. Aquello tal vez sería muy ridículo; á mí me pareció muy hermoso y sublime. Era un pueblo que despertaba, y los acordes de aquellos himnos se me antojaban un canto heroico á los ideales modernos lanzados en los albores de una España nueva.

Madrid, ¿cómo lo diré?, *tenía otro color*. Color de población alegre, candorosa, como niño á quien sacan de su encierro para enseñarle un montón de juguetes. Los balcones se iluminaron, y nosotros fijamos también en las palomillas los faroles de aceite que hoy, empolvados y rotos en el desván

oscuro, yacen esperando en vano un altar. Fueron ocho días de fiesta, de embriaguez, de locura, de encender candelillas á Prim y de hacer chistes á expensas del padre Claret y de sor Patrocinio, de Marfori, y de no sé qué señora Paquita, que debía ser grande amiga de los tales. Ocho días de hablar de soberanía nacional y de las quintas, y de los consumos, y del manifiesto de Cádiz, con aquello de: «Queremos poder decir las causas de las supremas resoluciones á nuestras esposas y á nuestras hijas». ¡Ah, qué infantil y qué hermoso era todo aquello!

Pero, á los ocho días, volví á la quinta. Daniel nos recibió con un enorme fusil Berdan, que había cogido en el Parque, no en el nuestro, sino en el de San Gil. Pretendí montar á la jaca; ¡que si quieres! Ocho días de cautividad no más había necesitado para sublevarse, así como el pueblo español había necesitado diecinueve siglos. Aquello era lo que había que ver; tuvimos que hacer con ella lo que luego se hizo con la Revolución: venderla. Claro es que ya de ella no queda ni polvo. ¡Pobrecilla: murió sin conocer los tiempos de Azcárraga y el padre Montaña, sin ver los frailes y los cupos de ochenta mil hombres, los registros y los cacheos!

OCTUBRE

¿Quién ha dicho que el año comienza en esas alboradas frías, húmedas, desapacibles de Enero? ¿Quién ha asegurado que debemos contar el tiempo á partir de esas tardes nubosas y grises, en que el cierzo nos retiene junto á la lumbre y la lluvia lágrimotea en los cristales de nuestro balcón? No: en Madrid el año comienza ahora, cuando regresa su población, diseminada por playas y termas, montañas y ventisqueros; cuando ilumina sus prodigiosas vitrinas y despliega sus fastuosidades y se ciñe con diademas de luz. Ahora engendramos los nuevos propósitos, y rectificamos nuestra conducta, y nos bañamos en un ambiente de ilusiones nuevas, azules y rosáceas, y volvemos á ver á los seres queridos, y encendemos las luminarias de nuestra fantasía, que el sol del estío habrá de eclipsar.

Es ahora cuando comienza la vida, porque ahora empieza la actividad. Y la vida es eso: lucha, combate, energía que se concreta, sangre que se quema, celdillas que se

destruyen en el laboratorio donde se forjan nuestras ideas y nuestras pasiones. Como es el espacio el orden de las cosas, y el tiempo la sucesión de los hechos, la vida es la gradación de nuestros esfuerzos. A mayor movimiento, más vida. Y así vivimos, como la Atene griega de nuestra propia muerte; porque es el movimiento quien nos ha de matar.

Hemos descansado en el seno de la Naturaleza, y ahora sólo queremos vivir, soñar, pensar; pero todo aprisa, como la niña de la dolora. Madrid nos parece más grande, más luminoso. En sus vías espaciosas, alumbradas por los poderosos focos eléctricos, que nos parecen lunas arrancadas al cielo de la industria, ornadas por sus mil resplandores policromos, animadas por una muchedumbre lujosa que se mueve con agitación de hormiguero; en sus plazas babilónicas, pobladas de mil ruidos, entre los cuales se destacan los golpes metálicos de los coches eléctricos, que parecen campanas de un templo que nos llama al culto de la vida moderna; en sus escaparates, donde deslumbra y sobrecoge el fausto aún más que las bombas de luz, cuyos fulgores fingen arabescos en los brocados, encajes y pasamanerías, se tornasolan en nácares y perlas y se multiplican en haces de destellos en las

radiantes pedrerías; en sus edificios de líneas majestuosas, fantástico ingreso y recamado balconje; en la magnificencia de sus paseos, en donde las hojas preludian la elegía otoñal; en la suntuosidad de sus coliseos, donde nos espera la alegría ó el tedio, la amistad ó el amor, y, aun quizá, la decepción ó la gloria, reconocemos la ciudad madre, aquella que arrulló nuestra infancia ó que nos acogió en su regazo como amante nutriz; aquella en cuyo seno quisiéramos que pasase nuestra existencia, porque, sobre las ruinas de nuestra juventud y nuestras más bellas ilusiones, la hemos alzado un ara elevada sobre cenizas aún calientes, como los altares de los bosques de Olimpia.

Todo ha cambiado, y es ahora cuando ese cambio nos impresiona. Sobre la frente de una mujer hermosa ha aparecido la primera cana. ¿En dónde ocurrió la tremenda catástrofe? Tal vez en aquella tarde de infinita melancolía que pasó viendo atropellarse las olas y rodar sobre la verde superficie ondulada para esparcir sus espumas sobre la musgosa roca solitaria; acaso en aquella noche llena de sombras gigantescas y medrosos silencios en que, haciendo del antepecho reclinatorio, comprendió por primera vez el lenguaje místico de las montañas que se recortan en la sombra, de los astros

que fulgen, de las aves nocturnas que pasan, de las caléndulas que perfuman, del viento que tañe en las briznas su melodioso cánon. Pero ahora es cuando se ha dado de ello cuenta. Acudirá á las fiestas cuyo mejor ornato fué, y allí podrá leer en la sonrisa de sus rivales, en el desabrimiento de sus devotos, que ha transcurrido un año y que su juventud se marchita como esas florecillas silvestres que conserva en las hojas de sus libros de devoción.

Ha transcurrido un año. ¿Cuándo, en qué día, á qué hora, á compás de qué llanto nos abandonaron para siempre esos seres que al volver echamos de menos? Es una procesión interminable de figuras austeras, de frentes venerables ó cándidas, de cabecitas trigueñas ó rubias, de fisonomías plácidas ó amorosas que para siempre se han borrado. Y es ahora cuando echamos de menos su ausencia. ¿Y cuándo todos esos otros arcángeles han tomado vestidura mortal? ¿Cuándo han roto sus adormecidas crisálidas esas adolescentes, que dejamos niñas aún? Al ir á besar sus frentes virgíneas, temblamos y nos apartamos con embarazo, con ese rubor del hombre maduro ante la inocencia, que no es sino el tributo que rinde la experiencia amarga al candor juvenil, Júpiter á Juno, Hércules á Onfalia. ¡Ah, cómo pasa el tiem-

po! Ahora, al reanudar nuestra vida de siempre, es cuando nos enseña la Naturaleza cruel que su labor es destruir, destruir implacablemente, para crear de nuevo.

Ahora comienza el año. Madrid lo sabe y celebra sus nupcias con el otoño, como el campo las celebra con la primavera. Cuando ruedan en el bosque las hojas y vibra en los ramajes el soplo helado á cuyo contacto se esconde la savia, y los pájaros emigrantes dejan sus tibios escondrijos para tender el vuelo á otros climas, siente Madrid arder en sus arterias el fuego de la vida que se renueva. Cuando, allá para Mayo, las madrigueras palpiten, y los nidos se cubran de aleteos, y estallen los brotes y surja en las copas de los chopos el verdor de la nueva hojarasca; cuando la Naturaleza prosiga su interrumpida cadencia y resuene en sus frondas la flauta cristalina de Pan, á que acompañará la alondra con sus trinos, Madrid cesará en su bullicio, y verá dispersarse á sus ninfas y arrojará en el polvo á los vencidos en la lucha del año, como arrojan las flores en otoño sus ya marchitos pétalos.

Porque el hombre moderno huye cada vez más de la Naturaleza, demasiado á las veces; pero conservando en su corazón algo que parece gritarle: «¡Ah, madre augusta, al cabo volveremos á tí!»

AL AMOR DE LA LUMBRE

«Tomaremos té junto al fuego». La invitación, más que tentadora, era irresistible. Pasar la velada junto á una mujer hermosa, que sujeta con sus dedos de nácar una taza de Sévres, llena de aromas tibios; contemplar, reclinado en el aterciopelado sillón, la llama que brilla y lame los troncos con besos destructores; mirar cómo se derrumban los encendidos castilletes de ascuas, deshaciéndose en haces de chispas; agitar aquel fuego, observar sus infinitas variantes y, cuando ya parece extinguirse y torna la sensación de frío, lanzar sobre la lumbre un nuevo tronco y sobre la mujer una mirada más. Todo eso es muy bello. No he podido resistir á la tentación y he acudido á la cita.

He entrado. La alfombra era blanda como un prado de césped; la habitación lujosa, caliente, perfumada por plantas exóticas,

como el invernáculo de un nabab; su dueña esbelta, con majestades de soberana, haciendo crujir sus faldas de seda con esos rumores sensuales que los franceses llaman *froufrouantes*, como ecos de cartulina Bristol que se rasga. El piano abierto, con su dentadura fantástica, alumbrada por bujías eléctricas de globos cristalinos, velados por pequeñas pantallas que imitan tulipanes golcóndeos, de reflejos rosáceos y opalinos. Después el sillón: *mi sillón*, ancho como un sitial románico, pero bajo, coquetón, forrado de terciopelos y brocateles, como refugio de mujer elegante y melancólica. Me he sentido feliz. A mi derecha el velador con los humeantes cacharruelos que muestran en relieve mandarines lujosos y coquetas y sonrientes chinitas. Sobre mi cabeza el artesonado conventual; pero más ligero, más riente, con sus flores y hojarascas de roble y sus cincelados áureos; á mi izquierda el alma de aquella estancia, semejante, en lo fastuosa, á un templo, y en lo grata y apacible, á una cuna. La mujer: el eterno femenino, riendo con su boca perfumada, con su cabello que recuerda el bien oliente casco de Mallarmé, su mirada escrutadora, incisiva, y sus orejas pequeñas y blancas destilando zafros.

El programa estaba cumplido. Pero, de

pronto, he sentido el vacío de algo muy bello y muy amado y he girado la vista, como Dante al no hallar en el cielo á Beatriz. Y el fuego, ¿en dónde estaba? ¿No habría algo que brillase y ardiese, algo que se derrumbase é hiciese cenizas? ¿En aquel microcosmos de juventud, de gracia y de riqueza, ¿no habría, pues, vida? ¿Todo estaría muerto como en el palacio legendario de los encantos?

Mi adorable amiga ha adivinado mi estupor, y sonriendo más, ha señalado con su dedito afilado y ebúrneo, un horrible armatoste cerrado, sin reflejos igneos, sin aureolas encendidas. Solamente un trozo de talco rojizo imitaba la lumbre, como á la estrella el gusano de luz. La electricidad serpeaba allí dentro. El fuego era aquel; pero envuelto en la clámide fría de la ciencia, despojado de su diadema de amapolas y espigas, condensando el alma de un mundo novísimo y helado que, en fuerza de ser sabio, va dejando de ser hermoso.

—¿Qué tal?—ha preguntado la maga.—Parece, señor filósofo, que se ha quedado usted algo yerto. ¿No es grande, no es propio de nuestro siglo esclavizar las fuerzas de la Naturaleza? ¿No es hermoso sujetar el calor y el fuego, regular sus más pequeños efectos, encenderle, graduarle y extin-

guirle, si es preciso, con sólo oprimir un botón de nácar?

Y, diciendo y haciendo, ha tocado un botón medio oculto entre los cortinajes, y el talco ha oscurecido su rojiza mirada. El calor ha cesado. En el centro del aparato la energía ha dejado de circular. Me ha parecido entonces más negro, más muerto que nunca. No he podido disimular mi agitación.

—No—he contestado.—El fuego es bello, como el mar, porque es libre. La llamada, como la ola, es grande porque no obedece á mandato alguno. Es la energía dueña de sí misma; es la vida con sus sorpresas, sus cambios, sus desfallecimientos y sus arrogantes protestas. Pero sujetemos el mar á un ritmo y no tendrá grandeza; busquémosle una tonalidad y perderá su acento de rey. Hemos quitado al fuego su albedrío y miradle: está muerto. Ya no ruge, ya no palpita, ya no destruye; pero ya no nos dice nada; su estrofa ya no vibra, su luz ya no deleita. Ya no nos habla del pasado, ni evoca el porvenir; ya es mudo, taciturno y despreciable, porque es esclavo.

Amigo mío—ha replicado mi interlocutora, oprimiendo de nuevo el botón y encendiendo las entrañas del aparato informe:—todo eso es muy lindo y yo no sé con-

testar á usted. Pero me parece que hay en ello más artificio que verdad. ¿No nos habremos enamorado de lo exterior, de lo vano, de lo formal, de lo consagrado por la rutina? Si estuviera aquí un sabio como Echegaray, él le diría á usted que toda esa transformación y lucha de la naturaleza está ahí dentro. Que la desintegración é integración de las fuerzas se realiza, lo mismo en el dinamo y el alambre que en el trozo de roble encendido ó en el sarmiento que se retuerce bajo la campana del hogar. Lo que hay es que nada de eso apreciamos, porque escapa á nuestra perspicacia, porque el mundo de lo pequeño se nos huye. En el seno de ese, que llama usted armatoste, porque ha roto en él el artista los moldes clásicos, hay poesía y luz y evolución y vida. Sólo que no es la vida de otro tiempo, porque lo pasado no vuelve. ¿Me explico? Y, ahora, tome usted el té, que se enfría.

He bebido la olorosa tisana. Un calor suave, confortador, se ha esparcido por mis venas.

—Es usted una mujer muy discreta— me he atrevido á decir.—Así, voy á conceder á usted que hay belleza en las reconditeces de esa máquina. Pero ¿de qué nos sirve, si no la vemos? ¡Pobre magnificencia

aquella que no puede recrear nuestros ojos! ¡Desdichada belleza la que nunca podremos ver! Friné no hubiera convencido á sus jueces, á haber conservado su túnica. La belleza supone su percepción. Es doble; está en la realidad y en nosotros, en el mundo y en el espíritu. Ni hay matiz para el ciego, ni melodía para quien no sabe ó no puede escucharla. ¡Donoso consuelo, peregrina belleza la de un concierto que no se escucha y una belleza que no se ve!

Mi bella enemiga ha lanzado una carcajada.—¡Pero si la idealidad—ha dicho—es eso! Algo que se presiente, pero que no se ve. Es el empíreo que nunca vimos, el Jehová que jamás se mostró á nosotros; lo que hay más allá de nuestros sentidos, lo que se oculta á nuestras miradas. Lo que nos deleita es el cielo azul, *que no es azul ni es cielo*, es tan sólo el enigma; lo que nos absorbe en el mar es aquella línea tras de la cual el misterio se oculta. La belleza no resiste el análisis. Adore usted una sonrosada mejilla, pero ¡por Dios! no la examine usted al microscopio. Verlo todo. ¡Pero si esa es el ansia de Satán! Belleza analizada es belleza perdida. El arte es el misterio. No rasguemos sus nieblas, si queremos que quede en nuestra copa una gota del bálsa-

mo que hizo á Salomón venturoso é inmortal á la reina de Saba.

Estaba encantadora: sus mejillas tomaban los tintes de la adelfa roja, sus ojos fulgían negros y rasgados; su brazo desnudo descansaba en mí.

La he mirado y sentido una sensación indecible. He visto con ansia deleitosa entreabrirse sus labios bermejos. Mi mano ha oprimido su mano.

El amor, el eterno amor, ley misteriosa de la vida, surgía una vez más sobre todas las oposiciones del pensamiento y todas las veleidades de la materia, como cúpula eterna.

EL COCIDO AMARILLO

Es una bonita leyenda. Y, además, es la leyenda de los corazones sensibles... que no sienten sobre los andamios el espasmo del vértigo. Han llegado las primeras heladas, las mañanas grises en que flotan en el ambiente los jirones de niebla, que son como el armiño del pobre; han llegado las tardes de aquilón y llovizna. El fuego está encendido en la chimenea; la vajilla despide sus reflejos en el aparador tallado; nuestros pies se hunden en las alfombras y nuestras miradas descansan apacibles entre los pliegues de los cortinajes. El pobre, entre tanto, trabaja: en el campo cubierto de escarcha, en el taller destartelado y abierto á las corrientes del cierzo, en el andamiaje que se columpia al soplo del vendaval, en el escurridizo alero presto á doblarse bajo el peso del inexperto aprendiz. No tiene el pobre chimeneas, ni alfombras, ni cortinajes, ni

mo que hizo á Salomón venturoso é inmortal á la reina de Saba.

Estaba encantadora: sus mejillas tomaban los tintes de la adelfa roja, sus ojos fulgían negros y rasgados; su brazo desnudo descansaba en mí.

La he mirado y sentido una sensación indecible. He visto con ansia deleitosa entreabrirse sus labios bermejos. Mi mano ha oprimido su mano.

El amor, el eterno amor, ley misteriosa de la vida, surgía una vez más sobre todas las oposiciones del pensamiento y todas las veleidades de la materia, como cúpula eterna.

EL COCIDO AMARILLO

Es una bonita leyenda. Y, además, es la leyenda de los corazones sensibles... que no sienten sobre los andamios el espasmo del vértigo. Han llegado las primeras heladas, las mañanas grises en que flotan en el ambiente los jirones de niebla, que son como el armiño del pobre; han llegado las tardes de aquilón y llovizna. El fuego está encendido en la chimenea; la vajilla despide sus reflejos en el aparador tallado; nuestros pies se hunden en las alfombras y nuestras miradas descansan apacibles entre los pliegues de los cortinajes. El pobre, entre tanto, trabaja: en el campo cubierto de escarcha, en el taller destartado y abierto á las corrientes del cierzo, en el andamiaje que se columpia al soplo del vendaval, en el escurridizo alero presto á doblarse bajo el peso del inexperto aprendiz. No tiene el pobre chimeneas, ni alfombras, ni cortinajes, ni

porcelanas. En cambio, tiene... su cocido amarillo.

Es un manjar de reflejos áureos, que des- pide en vahos humeantes la perfumada esencia del azafrán. En su seno la patata blanquea, como la perla en el ceñidor; allí está la carne jugosa, como una cortesana entre nardos. El pobre devora aquel manjar con ansia; el rico pasa y suspira: él también se sentaría allí, empuñaría su cuchara de boj y devoraría el manjar bien oliente. ¡Ah, digan lo que quieran los sociólogos, son dichosos los pobres!

Porque en esa leyenda está todo. El concepto que del pobre tiene el burgués, la idea que se forma de su estado y aun la idea transcendentalista de la vida, de la justicia y de la caridad. La verdadera miseria no está para él bajo la desgarrada blusa ni el agujereado mantón; la cubre la vergonzante levita que lleva en sus raídas urdimbres el orgullo de una grandeza que no es, que no ha sido, que tal vez no será, como mostraba el estóico su soberbia bajo los agujeros de su túnica; se halla escondida en el atavío ajado y pretencioso de la señorita sin dote; en el calzado retocado con tinta del empleado de poco sueldo, en la sotana llena de máculas gloriosas del cura de aldea; en el sombrero desfelpado del jurisconsulto

sin clientes; en todo ese montón de trapos deslucidos, recompuestos y emperifollados, bajo los cuales pasea su penuria y escaso fuste la muchedumbre de esas gentes que, en los melodramas del año cuarenta, quiere trabajar de porteadora y no puede con el baúl, pretende bregar en el taller y es arrojada por los sarcasmos del populacho, quiere pedir y no se atreve, ansía morir y le falta valor para desplomarse en la tenebrosidad infinita.

La infeliz pensionista entra en su vivienda oscura, estrecha, desmantelada; pero vivienda, en fin. ¡Pobrecilla!, decimos. ¡Esa, esa es la verdadera miseria! A su puerta queda una mujer recogiendo trapos, vendiendo en una esquina la hoja extraordinaria, helándose hasta la médula, desfalleciendo de hambre, de dolor, de angustia. Pero eso nada nos importa; su agonía no es teatral, no se engalana con falsas retóricas ni vergonzosas hipocresías. Allí viene el cesante, escondiendo bajo la capa deshilachada un panecillo. ¡Pobre señor! ¡Cuánta humillación y cuánta miseria! Enfrente, un niño yace dormido sobre un frío batiente de piedra. La lluvia le azota, el viento le hiere acaso de muerte; pero le contemplamos impasibles, y aun decimos no pocas veces con envidia:

—¡Quién pudiera dormir así!

Es el *cursilismo*, la sensiblería, el lirismo de brocha gorda, elevado á criterio moral. Es la estolidez que nos lleva á compadecer al tramposo, al vividor, al parásito, al majadero que pretende pasar por aristócrata, debiendo empuñar gallardamente un azadón, y menospreciar al ciudadano útil, al laborioso, al humilde, á quien, por injusticias de la sociedad, todo le falta. Es la percepción tosca de la realidad, la falta de exquisita perspicacia, el no ver más allá de nuestras narices, lo que nos induce á compadecer al perezoso, que se avergüenza de trabajar, que tiene buen ó mal albergue, luz, calor, alimento, vida, y vejar al trabajador incansable, que no hace del traje ni de la educación artificiosa y convencional una barrera, á quien todo le falta, porque á nadie explota, porque á expensas de nadie vive, y cuyos hijos mueren á centenares, amontonados como fieras en inmundos cubiles y arrojados en manadas á los presidios y al lupanar.

Vemos á una viuda sofocada por un talego enorme de ropa ó enterrada en el fango junto al río, en las mañanas de hielo y nieve; la vemos rodeada de niños famélicos, llorosa, injuriada por todos, y creemos que aquella mujer no tiene nervios ni sensibili-

dad; la envidiamos acaso porque engulle un cocido coloreado por el pimentón, duro y desagradable, cuando no nauseabundo. Pero esa viuda se llama Eugenia Bonaparte ó Margarita de Saboya; ha visto su retrato de amazona bética en el Louvre, ó ha sido saludada por Carducci como hermana mayor de la virgen que llora y sonríe; esa viuda es una figura interesante y lánguida que pasea sus añoranzas en yate. ¡Oh, pobre viuda! ¡Oh, mujer desgraciada! Lloramos como la *vergineta* y nos sentimos compasivos. Encontramos á una mujer arrojada á puntapiés de su buhardilla por un malvado ébrio: la hallamos pregonando una ruín mercancía con voz que no se sabe si es sollozo ó pregón, perseguida por los representantes del orden como corzo en el matorral; la miramos tal vez en el campo roturando como una bestia de carga, ó en el fondo de una mina cargada como un genio de los antros, y envidiamos el hambre con que devora su pan de munición ó borona, como si el ser hambriento fuera una preeminencia ó como si los pobres no tuviesen jamás dolencias y amarguras. Pero esa mujer desdeñada de su marido es la reina de Servia. ¡Qué grande es entonces el desamparo! Su infortunio es el nuestro, su desgracia la hacemos propia. ¡Pobre reina, condenada á

residir en los grandes hoteles y á recibir los holocaustos de toda la juventud florida que gira en torno suyo y procura perpetuar la leyenda de su hermosura ó su liviandad!

Es el *cursilismo*, la ordinariez de espíritu, la sensiblería. Es hora de quitar la venda á las almas justas, de despertar á las inteligencias, de aliviarlas del pisón informe de la rutina, de la moral de escenario, de la caridad alumbrada por candilejas. Compadezcamos todos los infortunios, pero guardemos nuestra actividad redentora para aquellos que son más verdaderos, más intensos, más irremediables. Olvidemos, si nuestro corazón es tan duro, la miseria de los desheredados; pero, ¡por Dios!, no les envidiemos su cocido amarillo. ¿Tan difícil es echar al puchero cinco céntimos de azafrán?

HACIA ADELANTE

Iracundias que se desbordan, enconos que rompen su envoltura, deseos mal contenidos de venganza y desquite; todo eso aparece en los partidarios de una regresión imposible al señalar el innegable descrédito, la indiscutible decadencia del régimen parlamentario.

No pueden olvidarlo. Ese régimen señaló los albores de la Democracia. Fué desde la tribuna desde donde se definió la soberanía como algo imprescriptible é inalienable; fué en las primeras Cámaras donde se pronunció la palabra pueblo para enaltecerla, donde se negó por primera vez el derecho divino de los reyes, donde se emancipó el pensamiento de la tutela del dogmatismo, donde se asentaron los primeros principios de la emancipación y de la Libertad.

A impulsos de ese régimen se desarrollaron todas las afirmaciones de la colosal

revolución política que representa el siglo XIX. Por su labor, el esclavo sacudió sus cadenas y el siervo se hizo libre; por su esfuerzo, la mujer adquirió dignidad de madre y patria y potestad sobre sus hijos. Las Constituciones surgieron á consagrar la libre indagación, la inviolabilidad del domicilio y de la persona, á permitir la asociación, á enaltecer la dignidad humana, á convertir á la prensa en poder, á la cátedra en luz de vida, al ciudadano en árbitro de sus propios destinos.

Y es ese régimen tan temido, tan odiado, objeto de tanta abominación y tanto furor, el que se derrumba. Es ese régimen el que se desploma en medio del sarcasmo de sus mismos adeptos. Todo con él acaba: á la inmanencia de la soberanía sucederá de nuevo la transcendencia del poder; á la Democracia, el derecho divino; á la Libertad, la servidumbre. La Cámara volverá á ser trinquete, y sobre la columna de Julio se reedificará la Bastilla para hacer olvidar hasta el recuerdo mismo de una obra de redención que no ha sido y de una centuria que no ha pasado.

Es un error que supone al tiempo ineficaz, á la Naturaleza estéril, al progreso imposible. Mueren los hombres y las cosas, pero su obra queda. Muere Grecia, pero el Oriente no

resurge; pasa Roma, mas no vuelve el derecho patriarcal; se extingue la Edad Media, mas no retorna el paganismo. Porque la semilla de toda evolución germina y el tiempo sabe escribir el *nom omnis moriar* sobre las ruinas de toda civilización y los informes restos de todo movimiento social.

El régimen parlamentario se transforma, perece acaso; pero como obra suya queda la Democracia. El concepto kantiano del Derecho y de la Libertad que le dió vida, pasa, se modifica, desaparece acaso; pero como fruto preciado de la investigación idealista queda la afirmación de la inmanencia en todas las esferas del pensamiento y del vivir.

El régimen parlamentario, al menos en su forma actual, desaparecerá. ¿Qué importa? No es un mal desaparecer cuando se han realizado gloriosos destinos. Pero desaparecerá para dejar su lugar á una forma nueva de progreso, caerá para que sobre sus cimientos, aún firmes, se asiente el nuevo alcázar de la representación social. Nunca para restaurar el pasado, jamás para volver á ideales muertos, fórmulas vacías, afirmaciones imposibles, porque no pueden coexistir con las que ha consagrado la labor de la reflexión y el imperativo de la conciencia.

Cuando se despierta en medio de un crepúsculo, parece imposible distinguir si es el día el que rasga las nieblas ó es la sombra la que se extiende. Pero la ilusión dura breves instantes. La coloración va siendo gradual; la luz va ascendiendo y acaba por romper en destellos radiosos; los objetos toman relieve y los seres vivos se estremecen al contacto de un beso de fuego. Ha llegado el día.

No se alegren, no, los amigos de lo que fué. No es la Democracia quien muere; no es el Progreso quien agoniza. Es una forma vana, un convencionalismo sin realidad, un molde que se rompe, como la cáscara del fruto en sazón. Ni se alzan los sudarios ni se abren los sepulcros. En medio de la ruina aparente de tanto esplendor y de tanta grandeza, la evolución avanza, el Progreso se realiza, la Humanidad sigue su camino.

HEDONISMO

«Somos más cultos, más artistas, más fuertes que nuestros antepasados; pero somos peores.» Tal es el grito de los amantes de lo que fué. En su sentir, el utilitarismo nos mata. Ya no conmueven al hombre los estímulos de la creencia; no se lucha por dioses, sino por discos de metal; ya no conmueve á las muchedumbres la belleza clásica, ni el civismo gentilico, ni el honor medioeval. La aspiración moderna no se llama ni Budha, ni Jesús, ni Libertad, ni Patria, ni siquiera César ó Napoleón. Se llama *pan*, como el dios de la tierra.

Satisfacer las necesidades del organismo, producir, cambiar, consumir. Pasar la vida en inacabables festines sardanapalescos, saciar el ansia de una imaginación ávida de sensaciones ignoradas. Comer, beber, gozar, dormir; tal es la moderna obsesión. Pero, cuando todos los hombres se hayan

revolcado en su lecho de puerco ahíto, ¿qué quedará de esos grandes conceptos, de esas generosas y nobles ideas, sin las cuales el mundo es cloaca, la naturaleza infame triclino, y la vida grosero espasmo, que destruye y agota las causas mismas del vivir?

Es cierto: se lucha por la felicidad, por el pan y el vino, por el amor que aniquila y el opio que embriaga. Mas, ¿por qué se ha luchado siempre? So pretexto de Civilización, de Fé, de Democracia, de Derecho divino, se ha defendido siempre el interés humano. Tiene razón el autor de *Las mentiras convencionales*. El heroísmo de un Genserico, de un Atila, de un Gengis Khan, de un Guillermo de Normandía, tuvo su origen en el estómago, y en los campos de batalla más sangrientos y gloriosos que los poetas cantan y en que la Historia se deleita, se ha jugado siempre el pan y la carne con dados de hierro.

Troya no es Aquiles, ni siquiera Helena: es el vientre de Menelao. Farsalia es el apetito de César, como Austerlitz la sed de Bonaparte. Lo que ocurre es que antes había que deslumbrar á las muchedumbres para conquistar el manjar de unos pocos.

Hoy lo que se pide es el alimento de todos, que por algo se llama pan.

*
*
*

¡La felicidad! ¿Por qué ha de ser opuesta al bien? Si alguna misión trae á la vida este siglo es la de acabar con todos los dualismos: espíritu y materia, idea y realidad, pensamiento y vida, Dios y mundo, cielo y tierra, orden y libertad, capital y trabajo, felicidad y bien. Si el siglo xvi es un cilicio, el xx es una copa de oro en cuyo fondo la sabiduría debe estar desleída como las perlas de Trymalción.

¡La felicidad! Es por ella por lo que se agita el asceta en su celda, y en su claustro la virgen, y en su tienda el soldado, y el marinero sobre las aguas salobres. Es por ella por quien pensamos, nos movemos y sentimos. Religión, Arte, Ciencia, Industria, son medios de alcanzarla. ¿Que la dicha es un ensueño imposible? Dejarnos esa ansia de lo absoluto, que es el resorte de la vida; permitidnos que alcemos la mirada á la felicidad, como la alza el minero al jirón del cielo, lleno de luminarias y esmaltes, desde el fondo subterráneo. Si vivir es dormir, hagamos lo que Hamlet y Segismun-

do: entornemos los párpados y ¡soñemos, alma, soñemos!



No; no es todo codicia en esta sociedad desgarrada; no es sólo su sed y su hambre de vino y de pan. No ha sustituido, como el avaro, la felicidad por la riqueza estéril. Tiene somnolencias de algo justo y grande, siente nostalgias de un mundo mejor, sabe que el amor á la dicha es una escalera cuyo primer peldaño se llama egoísmo y el último amor á cuanto siente y vive. No es vergüenza pedir el pan cuando se pide para todos, no hay desdoro en reclamar el manto de Lais para preservar del frío á Cornelia. No hay prosaismo en alzarse contra los impuestos sobre el vino y la leche, cuando se quiere llevar el fuego de las vides á las flácidas venas del octogenario y la frescura de las ubres á los pálidos labios del niño enfermo.

Los poderosos, los monopolizadores de la dicha ajena, los que todos lo quieren para sí, son á veces poetas, como lo fué el hijo de Agripina, y acusan al pueblo de egoísmo.

—Lucháis por la riqueza, braman airados, y la riqueza es prosa.

Pero ellos, como el ricacho de Molière, quieren seguir viviendo en prosa... sin saberlo.

La nobleza francesa tuvo su 4 de Agosto y supo al fin morir con gallardía.

Es hora de que los enemigos del bienestar vayan aprendiendo, como los luchadores circenses, á caer con decoro.

UN VENCIDO

—«¡Bonifé!»

Es una voz dulce, melancólica, que todas las mañanas oigo entre sueños. Ha llegado la hora de clase y mi vecina llama al chiquitín; un niño pálido, tristoncillo, que duerme en su regazo como el lebratillo en la madriguera, como el pajarillo sobre el plumón, como duerme el polluelo del cisne, al calor de su madre vigilante que le cubre bajo sus alas.

—«¡Bonifé!»

El niño se despereza y sonrío. La madre le viste, le lava, le prepara el tazón de azucarada leche. La mañana es fría y ¡el Instituto está tan lejos! Le ciñe el abrigo que ha confeccionado ella misma.—«¡Bonifé, que te tapés el cuello!» «¡Bonifé, que no sudés y te pongas á la corriente!» El niño se llama Bonifacio, pero á la madre le parece la contracción más tierna. Suena la

puerta; el niño se marcha y, entre sueños, me parece escuchar un suspiro.

Es un sacrificio, más que penoso, heroico, el que se impone esa desdichada mujer para que su hijo coma y vista y estudie. Tiene de pensión una peseta; pero cose y asiste y hace faldas y arregla sombreros. ¡Qué vida más triste! Pero, no; el niño tiene mucho talento; todo el mundo lo dice y hay que hacer algún sacrificio. Cuando vuelve, pálido, como siempre, con esa seriedad precoz que en él no es sino el sentimiento de la miseria y de la orfandad, mi vecina sonrío, lo olvida todo. De aquella criatura enfermita, débil, desamparada, ella hará un hombre.

¿Habéis visto á los niños entrar en las aulas? Todo aquello les parece muy grande, muy frío. El edificio, con sus grandes ventanas y sus puertas de enormes clavazones; el ingreso, con sus batientes de piedra, desgastados por otras generaciones que duermen ya el sueño de la eternidad; los patios enlosados, solitarios y cubiertos de yerbas como los de esos viejos alcázares que, por ser ya de todos, no tienen dueño. Aquellos empleados rígidos con sus gorras galoneadas, las aulas frías y espaciosas con sus bancos en hileras simétricas y sus vitrinas llenas de pedruscos, enormes zancudas y aparatos de uso ignorado. Sienten los flaman-

tes escolares algo así como frío y temor al sentarse al pie de la cátedra y sentir por primera vez la necesidad de la lucha.

El profesor aparece: es un señor estirado y de voz gutural, que va pasando lista y aún se permite á veces sus chanzonetas con algún alumno alicortado. Luego recomienda su libro: un mamotreto de trescientas páginas en cuarto mayor á la holandesa, con temas y ejercicios, atiborrado de ciencia é investigación cachazuda. Doce pesetas: ni una más, ni una menos; pero como los niños tienen seis clases, han de gastar los padres una cantidad nada mezquina en esos mentores de la niñez. Bonifacio los tiene todos: los he visto. ¡Qué libros, santo Dios! Allí se mata en germen la espontaneidad, la inteligencia y el buen sentido. Mas la infancia triunfa de todo. En aquel caserón informe, en aquella necrópolis de ideas donde se frustra el porvenir, en aquel antro negro donde se eleva el tripode de la indigesta ciencia oficial, ¿no lo escucháis?, los niños ríen.

Mi vecina no sosiega ni da paz á los nervios hasta que su hijo vuelve. A lo mejor, aparece el niño: viene desencajado y lloroso; el profesor no ha hallado de su gusto la *conferencia*. Esto, á la primera lección. No ha sabido explicar claramente la composi-

ción de la tierra, ó el origen del lenguaje, ó el Misterio de la Santísima Trinidad. La madre registra los libros, aquellos libros que ella no entiende y quisiera entender, á costa de su sangre, cuyos hinchados párrafos querría incrustar en aquel cerebro infantil. Todo es muy oscuro, muy extenso, muy gárrulo, contradictorio y desagradable. Lo peor es que el pequeñuelo tiene amor propio, y allá se encierra, á estudiar la lección, con los ojos desencajados y lacrimosos y la frente hecha un hervidero y el pulso febril, á leerlo todo, á desentrañar aquel dédalo de principios abstractos y dogmatismos abstrusos y definiciones rimbombantes, en que el autor ha quintaesenciado, por doce pesetas, sus lecturas manidas y sus lucubraciones de opositor á cátedras.

Hace pocos días mi vecinito ha caído enfermo. He sentido á las altas horas los pasos de la madre, cautelosos, blandos, como los del plantígrado; he oído el timbre de la cucharilla metálica agitándose en las tisanas bien olientes. Hay luz toda la noche, y con los gemidos apagados del pequeño paciente han alternado llantos y cuchicheos. Al despertarme, tarde ya, me he asomado al balcón; caía una fría y espesa llovizna. En aquel momento los niños estarían en clase, alzando sus cabecitas rapadas, reci-

tando de coro todos los verbos irregulares ó rememorando el número exacto de habitantes de todos los cantones suizos.

Hay que saber. Es la fiebre que nos aqueja; hay que saberlo todo, con pelos y señales, sobrecargar la inteligencia para que no nos adelanten los demás. Apenas si hay puesto para unos pocos y nos precisa conquistar uno de esos puestos en la falange de los triunfadores. Además, la selección no se hace atendiendo á la reflexión, sino á la memoria; á la virtud, sino á la actividad. Y á ese estadio, donde tantos son vencidos, donde apenas si hay grano de arena sin huellas de lágrimas, arrojamos á nuestros hijos para que se agiten, luchen y vengán, ó se desplomen humillados y jadeantes; pero mostrando en su vencimiento algún decoro.

Observad á los niños al comenzar el curso: todos tienen la mejilla encendida, como fruta en sazón; todos muestran labios bermejos, que se plegan á la sonrisa, como pétalos de geráneo al contacto de la libélula; todos llevan fulgor en los ojos abiertos, con la curiosidad que, perdiendo á Eva, santificó el mundo por el trabajo. Pero cuando llegan los días de reclusión y las noches en vela, cuando la proximidad del examen acelera su pulso y hace palpar en su pe-

cho la inquietud y el terror, todos muestran las cejas fruncidas y las mejillas incoloras, y en su fisonomía, prematuramente tenebrosa, impreso el doliente gesto de Epicteto, que, sabiéndolo todo, es esclavo.

Esta mañana he visto los cristales empañados por la primera escarcha. He abierto la ventana, y un viento penetrante se ha deslizado por todos mis músculos. Entonces he pensado en los niños: en los niños quietos y atentos en el aula, empapados acaso en la niebla, pero con la frente caldeada por el esfuerzo, dolorida por la fatiga cerebral.

Entonces he sabido que mi vecinito moriría. ¿De qué? De todo y de nada. De dolor y cansancio, de exaltación y debilidad, de terror y de angustia.

He sentido la voz sollozante de la madre.

—«¡Bonifé!»

Pero nada le ha respondido. El niño ha doblado su cuello de cisne; el ángel ha tendido sus alas á la región donde todo se sabe, ó donde, para bienestar de las almas ingenuas, todo se ignora.

... PERDERE CAUSAS

Discutiábase la gestión del Gobierno y de sus relaciones con la Santa Sede, y hubo de invocar en mal hora el Sr. Sagasta sus ideales.

—Cuáles—preguntó el Sr. Alvarez con una habilidad que bastaría á acreditarle de polemista.

—Ideales... ideales...—contestó el viejo miliciano—mi ideal es *vivir*.

¡Vivir! Pero vivir no es un ideal, no es un tipo de perfección, no puede ser norma de conducta. El ideal es siempre algo dinámico que se traduce en realidades; pero no es sólo la realidad: condición de la vida, no puede ser la vida misma. Decir que vivir es el propio ideal, equivale á reconocer que se carece de ideal alguno.

Hubiera sido capaz el Sr. Sagasta de permanecer fiel á sus principios, y la contestación le habría sido fácil:

—Mi ideal—hubiera podido decir—es el ideal de todo el siglo XIX: es la democracia, que ha dignificado al hombre y secularizado la vida, que nos ha traído á estos escaños, no para defender las aspiraciones de la curia romana, sino para recabar la independencia del poder civil. Al fin de una carrera política llena de defecciones y arrepentimientos, tal declaración hubiera sido un rayo de luz que habría iluminado todo un crepúsculo.

Más desengañado, más dominado por la nostalgia de lo que fué, su respuesta hubiera podido también tener su grandeza:—Mi ideal—habría dicho concretamente—es el ideal cristiano, sin mistificaciones ni componendas. El Estado debe someterse á la Iglesia. No hay contrato allí donde una sola de las dos partes es soberana. Debemos someternos á la voluntad del Sumo Pontífice, porque es el representante del verdadero poder, de aquél por el cual los reyes reinan y los pueblos cumplen su misión y el mundo vive.

Pero, no; el ideal del Sr. Sagasta es vivir. ¿Cómo? He aquí su secreto, ó mejor, he aquí el insondable vacío de su doctrina. Porque se puede vivir bien ó mal; consagrado, como Séneca, á la virtud, ó á la sensualidad, como Epicuro; destinado á los

dioses, como Crisipo, ó á los hombres, como Verulamio. Lo que no se puede es elevar el hecho de vivir á norma de la vida, prescindir de toda anticipación de lo real y rendir culto al mismo tiempo al pasado y al porvenir, á la verdad y al error, á la luz y á la sombra, á San Miguel y al diablo.

Toda una política y aun, si se ahonda lo bastante, todo un estado social, está retratado en la contestación del Sr. Sagasta. Se vive por vivir, como se busca el arte por el arte. Se camina á ciegas, llevado de la determinación del momento, del impulso eventual, del propio antojo. Pero no hay ideales. Hay que luchar con el adversario, vencerle, arrebatárle gloria y fortuna, calmar el ardor de la carne que nos grita, del odio que nos ciega, de la concupiscencia que nos ahoga. Y esto á toda costa, pisando deberes, hollando preceptos, saltando por cima de ideas y máximas. Lo primero es la vida. Y se vive de cualquier modo, como la alondra ó como el gusano, como el jaguar ó el pólipo, pero se vive, en suma, olvidando que por esa vida sin causa ni objeto, sin idealidades ni goces, vamos poco á poco perdiendo las causas mismas de vivir.

El ideal es siempre algo dinámico, y nosotros no queremos movernos, sino ser movidos, allí donde la suerte ó el capricho nos

lleve. Pensar es obrar, es una anticipación de la realidad, es el *acto puro*, y nosotros ansiamos encontrarnos entes pasivos, ser sorprendidos cada hora por un nuevo horizonte, como el viajero que bordea en balandro las costas de Italia. Antes que pensar el universo de todos, preferimos, como el perezoso del estóico, vivir siempre la sepultura propia.

¡Vivir! Pero ¿es que se puede vivir sin ideal? Se arrastra el penitente en el yermo. Cada vez que lacera sus carnes, se revuelve la bestia contra el hombre; cada vez que renuncia al pensamiento, se rebela el hombre contra Dios. Su horizonte es la tierra estéril, su libro el descarnado cráneo, su recreación el cilicio, su reposo la peña viva. Pero allá, en su interior, como compensación riente de tanto sacrificio y tanta amargura, está la visión luminosa de la Jerusalén celeste, sobre cuyos altares podrá depositar un día la flor mística recogida en el yermo, que como la oxiacanta, hiere y perfuma. Envejecc el sabio sobre los códices ó busca en las entrañas de los matraces el resultado de la combinación de los agentes químicos, registra el anatómico, en el cadáver, las causas de la muerte, como el filósofo escudriña en el laboratorio ó el silogismo las de la vida; unos y otros sucumben quizás al

continuado esfuerzo, á la vigilia ó la persecución. Pero al desplomarse jadeantes sobre una arena á que nunca faltarán luchadores, dirigen su saludo á un porvenir cercano, en que una humanidad mejor y más sabia pondrá en la húmeda tierra que guarde sus restos, sobre el laurel del genio, el amaranto de la inmortalidad.

El ideal encarna, se mueve, palpita, se llama Dantón en la tribuna, Palafox en la brecha, en la hoguera Servet. Alumbrando con sus fulgores el cerebro del héroe ó del genio, le lleva á Ginebra Calvinó, á Roma Galileo, á América Franklin, Bonaparte á Lodi. Nacido en las nebulosidades de un cráneo, acaba por alumbrar á los mundos con fulgor que sólo se extingue cuando los pueblos y las razas oyen ese supremo llamamiento, tras del cual se derrumban en el tiempo, dejando tras de sí el polvo de oro con que la historia cubre los nombres augustos de las civilizaciones que fueron.

¡Vivir! Vivir es eso: surgir al eco de una voz, encarnar una idea, realizar un destino, cumplir un fin; no pasar como sombra funesta sobre un pueblo ó sobre un hogar, sin dejar otra huella que el soplo helado que se cierne sobre los sitios muertos, sobre las aguas estancadas, porque las aguas, como los hombres, como las sociedades, no pue-

den estancarse sin infestar el lugar que habitan.

Oigamos sin indignación, sin rubor, sin protesta, decir á nuestros gobernantes que su ideal consiste en vivir. Pero no preguntemos de qué morimos. Órgano sin función es órgano atrofiado y la función de las naciones es realizar un ideal, de emancipación, de cultura, de ciencia ó de justicia. Morimos de eso: de pasividad, de egoísmo, de anemia moral. No se cae sin morir desde el infinito de las ideas al abismo sin fondo de los intereses mezquinos.

PRECEPTIVA

Luis ha traído un drama. ¡Dios sabe las vigiliás, las zozobras, las inquietudes, los desfallecimientos por que ha tenido que pasar antes de ponerle en mis manos!—Tu drama, le he dicho después de la lectura, revela en tí condiciones excepcionales de autor; pero está escrito en verso. Es un verso fluido, fácil, inspirado, genial á veces, pero verso en fin; y el verso no se tolera en el teatro desde hace una década.

Me ha mirado Luis con asombro y dolor. —¡Cómo!, ha dicho una vez repuesto de su emoción, ¿no se tolera una forma que es la de nuestros clásicos, una manera de decir que es la artística por excelencia?—No, amigo mío, no se tolera, he insistido, porque no es real, porque la gente no habla en endecasílabos, porque en el teatro, como en todas partes, lo que se busca es la verdad.—Pero la belleza... ha replicado el pobre.—La be-

lleza ha de subordinarse á la verdad, y la verdad es que nadie habla en verso, ni siquiera en prosa inspirada.

—Entonces...—Entonces lo que debes procurar es que tus personajes se expresen como todo el mundo.—¡Pero si casi todo el mundo habla mal!—Pues que hablen mal. Lo primero es la sinceridad y el convencer al auditorio.

Luis ha quedado pensativo. Luego me ha preguntado si en su obra encontraba bien dibujados los caracteres.—¡Caracteres!, he prorrumpido iracundo. Lo principal en la moderna dramática no son los caracteres. ¿Es que no lees á Ibsen, á Hauptman y Bjorson, á los autores del teatro de ideas? Los tiempos de Shakespeare, de Calderón, de Molière, han pasado y no vuelven. Los personajes no son hoy símbolos. Lo es la acción. El celoso, el ambicioso, el avaro, el hipócrita, han hecho su labor y han pasado de moda. Además, los hombres no encarnan una sola pasión ni pueden ser caracteres inflexibles. Son arcaas cerradas, prismas de infinitas facetas. En los dramas modernos no hay traidor, ni siquiera protagonista. En cambio, hay ambiente de vida, hay percepción de la realidad, hay verdad, en suma.

—¡Vaya por la verdad!, ha dicho resig-

nado el autor novel. En cambio, no me negarás que hay en mi drama situaciones... —Es cierto: hay situaciones y escenas dramáticas de que á veces has debido huir— ¿También? ¿Es posible?

—Lo importante es no *desentonar*, y no me negarás que esos finales de acto aparatosos no responden á lo que hoy el público pide. El telón debe caer siempre sin gritos ni desplantes, ni escenas violentas. A lo sumo, un beso en silencio ó una sonrisa que exprese toda la psicología de un ser. La acción debe deslizarse como en la vida, plácida, serena, sin notas agudas.—Pero en la vida hay crímenes, suicidios.—Sí; mas el criminal ó el suicida hacen todo eso con corrección. Mira: en cuanto ví que en tu drama rompía uno á llorar, dije: Luis es hombre al agua.—¿Es que ya no llora la gente? —No, hijo, no, de esa manera, no; ni habla sola como tú supones. Nada de monólogos. No los hay sino en Leganés.

Otro tanto digo del diálogo: aparte la forma, que es demasiado culta...—¡Demasiado culta!, ha gritado mi amigo. ¡Pero el autor no debe contribuir á corromper el lenguaje, sino á depurarlo!—Lo que debe hacer el autor, he seguido impasible, es hacer hablar á sus personajes como en la vida real. Aparte ese defecto, está el de ser su

lenguaje unas veces apasionado en extremo, otras discreto en demasía.—Las pasiones...—Todo el mundo las disimula.—La tesis...—No hay tesis que valga. Al teatro no se va á enseñar. Se copia lo que se ve y asunto concluido.

—Pero si el público no quiere tesis, ni asunto, ni caracteres, ni acción, ni argumento, ni forma, ¿qué es lo que quiere?

Al oír esto he prorrumpido en una sonora carcajada.—¡Infeliz!—he dicho al cándido provinciano.—¡Si el secreto de todo es que no hay público! Se acabaron los tontos que iban al teatro á ver la función, los cándidos que abrían la boca al bajar la lucerna, y apostrofaban al traidor y lloraban con el protagonista. Ese público bonachón no tiene dinero. Así, has de escribir para los indiferentes, que van al coliseo de tertulia, para los convidados implacables, para los rivales celosos y para los críticos.

—La belleza..., ha murmurado el pobre escritor.

—¡La belleza!, he dicho con acento de triunfo. Ella es el ideal supremo: lee á D'Annunzio. ¡Lo convencional! Por doquiera se impone: medita á Nordau. En religión, en ciencia, en política, en moral, en todo, la mentira es reina absoluta; la belleza es lo que se desea. Una belleza que des-

lumbre, que engañe, que esclavice. Ella domina en todas partes... menos en el teatro. Aquí, en el templo de la ficción, se busca la verdad. Si no fuera por eso, ¿dónde diablos íbamos á encontrarla?

¡VIVAN LOS SOMBREROS!

Lo he escrito apenas y ya siento que el valor me abandona. ¡Perdón, Urrecha eximio; misericordia, ilustre Saint-Aubin; gracia, queridos y admirados Dicenta y Viergol; remisión de mis culpas, todos vosotros los que pedís que las mujeres desnuden sus hermosas cabezas, en vez de solicitar, que se aumente el desnivel de la sala! Pero lo he dicho y no me arrepiento. Sí: ¡vivan los sombreros! El teatro es un templo en que es pontífice la mujer. No despojeís de sus atributos á la sacerdotisa.

¿Broma? ¿Qué ha de serlo? Yo pudiera escribir un libro, y aun bautizar los primeros capítulos. Ya veréis: 1.º *Las costumbres sociales no son arbitrarias.* 2.º *El sombrero y la democracia.* 3.º *Necesidad de una prenda de ceremonia.* 4.º *Dificultad de sustituir el sombrero de cintas y plumas.* 5.º... ¡Hay tantas cosas que decir! Veremos si me atrevo á decir una.

Fouillé ha dicho... ¿Lo véis? Ya estáis riendo y recordando el Hipócrates de Mo-lière en el capítulo de los sombreros. Pero es que lo ha dicho, sí señores; ha dicho que hay en las sociedades un *espíritu inconsciente*. No hacen las cosas *porque sí*. Muchos años han transcurrido desde que Olózaga emprendió la célebre cruzada del hongo, y nada adelantó, porque era aquel un movimiento prematuro contra la superficie de las cosas. La democracia no estaba en sazón; era inútil combatir el signo y no la cosa misma. Apenas si cabía augurar el porvenir de la felpa *de los tristes destinos*. «Más, mucho más—ha escrito el sabio Giner,—que una Liga para abolir tal ó cual prenda del traje, hará el pensador que intente investigar la naturaleza del mal que quiere corregir y las causas que todavía le mantienen... Nada vive que no halle su raíz en la conciencia de la sociedad.» Y yo añado que los edificios y las costumbres, cuando se sostienen, es porque tienen condiciones de estabilidad, digan lo que quieran los arquitectos y los sociólogos.

Todos los españoles tenemos dentro un dictador; todos nos hallamos tocados de arbitrarismo, y quisiéramos legislar acerca del traje y de las maneras, como *de humanarum atque divinarum rerum*. Pero dejad

que cale mi morrión. Soy liberal. ¿Estamos? Yo no pido cabezas de aristócratas, ni siquiera sombreros, porque en ese movimiento formidable (por el mérito de sus iniciadores), es más simpática Lamballe que Dantón, Antonieta que Fouquier-Tinville.

¡Inocentes! ¿Creéis acaso que las mujeres llevan al teatro sombrero por el gusto de ser molestas? ¿Suponeis que todo en ella es vanidad ridícula? ¿Podéis imaginar siquiera que las costumbres y las modas son puros caprichos femeninos? Hace tiempo dijo eso mismo *Spencer* en la *Revista de Westminster*, y el hombre *se filtró*. Las modas reflejan las costumbres, como éstas la conciencia social. Cuando el conde de Artois representaba á Figaro en Versalles, los trajes asemejaban túnicas, los vasos, las porcelanas, los muebles, los peinados, los abanicos resucitaban el gusto clásico, y aquel neoclasicismo trajo por fin la revolución. Sobre el abanico de la Delfina estaba ya pintado, con sus pilastras y sus molduras, sus frisos y sus áticos, el templo luminoso de la Representación Nacional.

¿Me perdonáis que siga perorando? El sombrero de la mujer, como la levita ó el fraque, no puede hoy proscribirse mientras, elevado el nivel de la cultura, no sea precisa una prenda que obligue á las gen-

tes á presentarse limpias y correctas. Cuéntase que Amadeo I se vió obligado á restablecer el uso del fraque para cuantos acudían á su real audiencia, como saludable freno á la grosería que se mostraba so color de llaneza, y el abandono de lo que un insigne maestro llamaba la *plebe de todas nuestras clases sociales*. Las señoras en el teatro quieren distinguirse (y con razón), no de las personas pobres, sino de las que viven alejadas de toda sociedad y de todo comercio de ideas. Necesitan, allí donde no hablan ni accionan, de una prenda barata, en la que el gusto pueda sustituir á la riqueza, la gracia á la ostentación, la sencillez á la magnificencia. Tal es el sombrero, con sus primores y sus gallardías. Suprimidle, y ya podéis inventar descotes y aderezos. La corredora rica, la Celestina grosera, se confundirán con la mujer modesta, inteligente y culta, que no dispondrá de un solo signo por donde las exquisitices de su cultura y personalidad puedan mostrarse.

¿Cómo que no?, se dirá. Pues, ¿no se puede demostrar buen gusto en el atavío, en el peinado, en las joyas y en la indumentaria? Sí; pero entonces ya podéis despediros del teatro, jóvenes modestas, cuya fortuna no permite rasos ni blondas, pren-

didos y joyeles. El coliseo será para las afortunadas á quienes sea dado pagar á un peluquero quince pesetas por noche, á una doncella cinco, á un modisto cien y mil á un diamantista. *El Sastre del Campillo* quiere, con gran ingenio, echar abajo tocacs y sombreros para ver los peinados. ¡Pobres de vosotras entonces, tiernas mujeres sin caudal y sin patrimonio, hadas inteligentes que arregláis vuestros propios sombreros con vuestros dedos de rosa y nácar, ó los encargáis á una amiga, que sabe hacer con cuatro hermosas cintas una prenda elegante y de supremo gusto! ¡Pobres de aquellas que se peinan solas!

El sombrero es una prenda democrática que une á las fastuosas con las humildes, con tal que sean inteligentes y distinguidas. No hay en la mujer otra que, con menos dispendio, dé más idea del gusto y *señorío* de su dueña. Él ha borrado muchas diferencias, que parecían insuperables. No conviene, no, separar á unas clases de otras; no es oportuno arrojar entre ellas semillas de odio; no es justo alejar de la sociedad á quienes precisamente más necesitados están de su trato. El democrático fraque, igual para todos, al sustituir á las casacas bordadas, ha hecho más por la igualdad humana que muchas disertaciones políticas.

El sombrero de la mujer, barato, prenda de gusto más que de riqueza, al suceder á la mal llamada popular mantilla de blonda, que costaba á veces miles de pesetas y que no podía ser hermosa sino para las duquesas del tiempo de Godoy, ha hecho más por la democracia que las peroraciones de muchos ideólogos. Temamos combatir las prendas que igualan y acercan á todos, si no queremos ahondar esos abismos en que fermentan y se desarrollan todas las grandes catástrofes sociales.

¿Verdad, lectora, que tú no te ríes de mí? ¿Verdad que no quieres que se te prive de la única arma de defensa que tu belleza y tu gracia incomparable tiene contra el fausto, la ostentación, el despilfarro que te humilla de un lado, y la grosería, la ordinariéz, la incultura, que te asedian de otro? ¿No es cierto que te pesaría verte privada de tu elegante y airoso sombrero (que ya para la calle necesitas) y ser humillada por las soberanas del dinero? ¿No es preferible que los empresarios suban el piso de las butacas en cada fila á que se te aleje por siempre de la sociedad y del arte?

Es fácil defender opiniones hechas, argumentos consagrados, formular sátiras sin fundamento. Aquí el genio de los cronistas salva la mala causa. En cambio, es muy ex-

puesto sustentar verdades que van contra los prejuicios de todos, y más si se carece de talento y nombre. Por defender esas verdades, por defenderos á vosotras, jóvenes hábiles y modestas, me expongo á la iracundia, á la mofa, al ridículo; he osado colocarme frente á frente de escritores como Urrecha, Saint-Aubín, Dicenta y *El Sastre del Campillo*. Pero ¡por Dios!, no les hagáis caso y llevad al teatro vuestros lindos sombreros. Por mi parte, he tomado mis medidas y prometo no asistir al coliseo sino á delantera ó á palco (cuando mis medios lo permitan). Y, ¿por qué no decirlo francamente?, en último término, todo me da lo mismo. ¡Para lo que hay que ver!

NOCHE DE PASCUA

Un soplo de aire frío llega hasta el *Nacimiento*: sube por las laderas de corcho, agita las briznas de musgo, columpia los ramares subrayados de escarcha, mueve las aspas de cartón del molino, penetra en los ventanales de la ciudad pecadora y baja por las enarenadas pendientes á silbar en la puerta de la posada, á hacer rechinar la grúa del pozo y desgredarse el cáñamo de la rueca, á columpiar las gualdrapas de los camellos y besar, por fin, blandamente la cuna del Salvador niño.

La estrella de Bethlehem oscila un momento sobre su eje de hojalata y sigue señalando el misterio; el humo de las candelillas recién apagadas se extiende sobre el valle, rozando con sus perfumes acres el río de cristal, y, por fin, se eleva en nubecilla tenue, sobre la carreta de bueyes, inmóviles como ídolos egipcios. Después, todo queda en la obscuridad y el silencio.

Melchor.—¡Es la noche, es la noche santa! ¡Mirad cómo estalla en las cumbres el grito del ave nocturna, cómo yerguen sus tallos las flores silvestres, cómo se desliza el arroyuelo entre juncias, cómo palpita la tierra al beso de la noche, cómo resplandecen los cielos á la nueva de la venida del Hijo de Dios!

Fhonson.—Mentira. Este mundo es armazón de lienzos y tablas; las montañas son cortezas de roble, los arroyos son vidrio, los cielos son telas. Tú mismo, infeliz reyezuelo, eres barro frágil, que, á la postre, habrá de revertirse á la arena.

Melchor.—Te conozco, sajón. Una mano imprudente te ha colocado en el fondo del valle, con tu saco de lana, tu sombrero de casco y tu maletín de cuero. Eres la civilización que llega, escéptica, fría, abrumadora, sin ilusiones y sin ideal. ¿Tú qué sabes de noches que cantan el salmo eterno de Isafas, de supremas encarnaciones de dioses que llegan? No hay lugar para tí en Nazareth.

Fhonson.—Tú lo has dicho: soy la verdad. Me ha anunciado ese foco eléctrico apenas extinguido con que nuestro amo, que duerme en la cuna, ha alumbrado el establo. Mi voz ha resonado en el surtidor de presión que riega vuestro césped, en la rueda auto-

mática que gira junto á la presa, en el paisano que apalea su rucio y en el leñador que hiende su tronco. Soy la verdad, fría, pero tónica, y por mí tenéis movimiento y vida.

Bato (despertando).—¿Quién habla? ¿Se ha marchado ya el ángel?

Fhonson.—Los ángeles huyeron y los dioses se van.

El buey.—¿Qué pesadumbre!

La mula.—Déjale: su charla es estéril.

Fhonson.—¿Es la mula quien habla de esterilidad?

Bato.—¡Vaya una figurilla grotesca! ¿De dónde ha salido ese espárrago seco?

Fhonson.—¿Y de dónde has salido tú, anacronismo vivo, parodia ridícula? No fueron como tú los apacentadores hebreos, ni vistieron tus herreruelos y calzas. Tan apócrifo eres como esas nieves que nunca blanquearon en las cimas judaicas.

Bato.—¡Tía Gila, creo que nos insulta!

Tía Gila.—¡Bribón! ¿Quién te mandaba dejar tu pelliza y vestir jubones encintados? Así debiste abandonarla como yo mi túnica y sandalia. El afán de lo nuevo nos ha perdido. Dejaron los zagales zamponas y rabeles, y helos arrancando sonidos extraños á instrumentos de viento. En Dios y mi ánima que así les cuadra como al buen

José la garlopa ó á Gaspar la espuela vaquera. ¿Qué hace el infame molinero con su pantalón almidonado y su encarnado gorro auvernés? Bien os lo aseguré que llegaría un día en que nos echaran de aquí gentes nuevas.

Bato.—Cállese, anciana, é hile, que ya chochea.

El viejo de la leña.—¡El tiempo pasa y nosotros con él!

Coro lejano de pastores.—¡Bendito quien llega en nombre del Señor! ¡Bien hallado el Mesías!

Fhonson.—Es la fiesta del solsticio de invierno. Es Isis, es el Sol, es la conjunción de los astros, es la ficción caldea, es el mito egipcio que se repite.

Melchor.—¡Calla! ¡Es la verdad, que se perpetúa! ¡Es la Redención, que hace á los hombres salvos!

Lavanderas.—Lavamos los cendales del niño. ¿Es lienzo ó son hilillos de nieve tejidos por la luna?

Fhonson.—Vuestra luna es el arco voltaico; lo que llamáis arroyo es cristal fundido en los hornos del hombre.

Bato.—¡A callar! ¡Pastores, á mí!

Fhonson.—No; no se moverán. Están muertos; no pueden moverse sin mí, que soy la energía. Quedarán petrificados é in-

móviles como el pasado, que se pierde entre nieblas.

Baltasar.—¡Guíanos, oh estrella luminosa! ¡Guíanos adonde llevemos el incienso y la mirra, adonde veamos las profecías cumplidas y la humanidad salva!

Coro de niños.—El horizonte se ilumina: el día se acerca. Cantemos al Señor. ¡Hossanna, hossanna!

Thonson.—Sí: es el día. Es el día que ahuyenta las sombras, que desvanece los negros fantasmas.

Coro de pastores.—¡Saludemos, pastores, al VERBO hecho carne! ¡Cantemos, cantemos á la glorificación del Señor!

VIDA NUEVA

Mientras en la calle apáganse los ecos de los tambores con que los niños acompañan el cántico de Navidad, que tan hermosas páginas inspiró á Dickens, todos esperamos con impaciencia la llegada del Año Nuevo. Ese año simbolízase, como los demás, en una fecha, cuya última cifra es una interrogación. ¿Qué traerá para nosotros ese ciclo de meses, semanas y días? ¿Será la fortuna ó la ruina, la felicidad ó la decepción? Y todos le esperamos con ansia, convirtiendo así la existencia en un sueño, como el de *Rip-Rip*, al cabo del cual hemos de encontrarnos al borde del sepulcro, con la cabeza blanca y el corazón marchito.

Oigamos á los hombres experimentados y juiciosos: según ellos, cien proyectos no

valen una sola realización. Ese afán insano de levantar catedrales en nuestra fantasía, malogra toda actividad y aun la torna estéril. ¿A qué discutir, indagar el por qué de las cosas, atormentarnos en rasgar el velo del mañana? *Cultivemos nuestro jardín*, acaban siempre diciendo, como *Cándido*. ¡Proyectos, esperanzas, ambiciones! Es girar letras fantásticas sobre la caja del futuro. El porvenir acaso no será; el pasado no es; aprovechemos el presente que es sólo un punto y que se nos huye. Tal es, aunque parezca paradójica, la opinión de los místicos... y de los epicúreos; de Luis Vives... y de Sardanápalo.

Pero proyectar es vivir para el hombre que piense; esperar es alentar para el ser que siente. Quitádnos con la perspectiva del futuro el recuerdo de lo pasado y ese presente tan precioso no valdrá la pena de vivirse. ¡Proyectar! ¡Sí, eso precisamente es lo que distingue al hombre del bruto! El animal vive, el hombre vive y piensa, el irracional goza ó sufre; pero el rey de la creación hace más: espera. Cuando todo se haya alcanzado, cuando toda perfección se haya conseguido, cuando el hombre convertido en dios mitológico nada tenga ya que esperar, el mundo habrá tocado á su fin, será, sin el llamamiento del porvenir,

un arca vacía y un arpa sin acordes, y el frío del corazón de los hombres habrá apagado el calor de los astros.

No: no vale la posesión lo que el deseo ni equivale el año vivido al que se desea vivir. La juventud es bella porque es un alcázar de proyectos, un sembrado en que sólo la esperanza florece. El amor se marchita al hacerse carne y el poeta lo ha dicho: *animalia post coitum tristia*.

No está la felicidad en el oro sino en la fiebre del minero, no se encuentra un beso que dan los labios, sino en ese otro inmaterial que nuestro espíritu deposita en esas castas frentes cuyo calor jamás sentiremos y en esos ósculos sin contacto que enviamos á muchos ángeles de belleza que nunca nos rozaron con sus alas. El año que pasó es un anciano que vemos allá lejos despidiéndonos con adioses y lágrimas. El presente es un hombre adusto que nos contempla sentado al borde del camino. El año que llega es una figura blanca y luminosa, resplandeciente de gracia y de juventud, que allá, donde la aurora asoma en azules y tornasoladas rompientes de luz, ceñida de perfumadas sandalias, vestida de transparentes urdimbres, coronada de rosas y mirtos, nos sonríe y nos tiende los brazos.

Sonando envejecemos. Mas ¿por qué ese temor á envejecer? Es hermoso ser joven; pero también es hermoso doblar la cumbre de la vida, adquiriendo la razón que nos hace más sabios, la austeridad que nos hace mejores.

Lamartine amaba la juventud... que no duraba siempre. Los antiguos, queriendo simbolizar la belleza, no pintaron á un niño, sino á Marte á los treinta años; al representar el vigor, esculpieron á Hércules á los cuarenta; la razón fué encarnada en Homero con la belleza de la senectud.

Recordad vuestra hermosa juventud y esperad la luminosa vejez. Abrazad á los adorables niños y descubridlos ante los encanecidos padres. La juventud eterna sería una promesa incumplida; perdamos el cenital de la inocencia para adquirir la púrpura de la racionalidad.

Después de la vejez está la muerte.

Pero la muerte es siempre bella cuando es digna. Oigamos á Epicteto: «No morir para el hombre, es como para la espiga no ser jamás cortada.»

Ya llega el Año Nuevo. Esperémosle sonrientes y satisfechos; no pensemos en los

tormentos que acaso nos prepara, en las decepciones que tal vez se dispone á arrojar sobre nuestras frentes como lluvia de hielo. Pensemos en el amor con que ha de galonarnos, en el laurel que habrá de discernirnos, en las fragantes guirnaldas con que habrá de ornarnos, en la atmósfera tibia y saturada de esencias en que habrá de envolvernos. ¿Qué traerá? La felicidad, el amor, la embriaguez del triunfo. Conserve-mos esa fe en nuestros propios destinos que hizo grande á Leónidas. El año se acerca. ¡Vida nueva! ¡Vida de ilusiones y venturas, y placeres y regocijos! Alcemos nuestra copa y bebamos en honor suyo. En medio de negruras y lobregueces, él viene á iluminar con su antorcha nuestro camino. Cuando todo nos hiere, él viene á verter sobre nuestras cabezas su ánfora rebosante de bálsamos. ¿Por qué hemos de temerle? La realidad odiosa parece disiparse ante el Año Nuevo. Saludémosle. ¡Es la esperanza!

FIN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



ÍNDICE

	<u>Págs.</u>
Al que leyere.....	5
En la altura.....	7
La feria lejana.....	12
Vivero de hombres.....	17
1.º de Mayo.....	23
En huelga.....	29
Los humildes.....	36
¿Separatismo?.....	42
Exámenes.....	49
Seamos fuertes.....	56
Feminismo.....	64
Un bosque menos.....	71
La música del Asilo.....	77
Tragicomedia.....	82
Podibundecés.....	88
Dos hombres.....	95
Las casas viejas.....	101
Degenerados.....	107
Mujer y madre.....	114
¡Pícaras!.....	119
Las covachas.....	124
La travesura del diablo.....	130
Ráfagas de Otoño.....	136

	Págs.
Principio de curso.....	141
La Gloriosa.....	146
Octubre.....	151
Al amor de la lumbre.....	156
El cocido amarillo.....	163
Hacia adelante.....	169
Hedonismo.....	173
Un vencido.....	178
... Perdere causas.....	184
Preceptiva.....	190
¡Vivan los sombreros!.....	195
Noche de Pascua.....	202
Vida nueva.....	207

BIBLIOTECA ECONÓMICA FILOSÓFICA

PUBLICADA BAJO LA DIRECCIÓN

DE

ANTONIO ZOZAYA

75 céntimos volumen

en Madrid y provincias.

OBRAS PUBLICADAS

Volúmenes.

- 1 PLATÓN.—Diálogos socráticos.
- 2 DESCARTES.—Discurso del Método (Agotada).
- 3 KANT.—Metafísica de las costumbres (Agotada).
- 4 SCHELLING.—El principio divino.
- 5 LEIBNITZ.—La Monadología. Opúsculos.
- 6, 7 y 8 SPINOZA.—Tratado teológico-político.
- 9 SANE DEL RÍO.—El idealismo absoluto.
- 10 ROUSSEAU.—El contrato social.
- 11 LAMENNAIS.—Obras escogidas.
- 12 y 13 SANTO TOMÁS.—Teodicea.
- 14 EPICETO.—Máximas.
- 15 RICHTER.—Teorías estéticas.
- 16 PASCAL.—Pensamientos.
- 17 FENELÓN.—El ente infinito.
- 18 y 19 PLATÓN.—Diálogos polémicos.
- 20 CICERÓN.—De la República.
- 21 MARCO AURELIO.—Los doce libros (Agotada).
- 22 DESCARTES.—Meditaciones metafísicas (Agotada).
- 23 y 24 ARISTÓTELES.—Política.
- 25 KEMPIS.—Imitación de Cristo.
- 26 GINER.—Estudios sobre educación.
- 27 LUIS VIVES.—Int. a la Sabiduría (Agotada).
- 28 y 29 KANT.—Crítica de la razón práctica (Agotada).

Volúmenes.

- 30, 31 y 32 COMTE.—Catecismo positivista.
33 MAQUIAVELO.—El príncipe.
34 CONDILLAC.—Lógica (Agotada).
35 DIDEROT.—Obras filosóficas (Agotada).
36, 37 y 38 FICHTE.—Doctrina de la ciencia.
39 HARTMANN.—Religión del porvenir.
40 SAN JERÓNIMO.—Epístolas.
41 G. SERRANO.—Crítica y filosofía.
42, 43 y 44 MALEBRANCHE.—Conversaciones sobre metafísica.
45 SPENCER.—Clasificación de las ciencias.
46 HAECKEL.—Psicología celular.
47 y 48 SCHOPENHAUER.—Parerga y Paralipomena.
49 y 50 DELBOEUF.—La materia bruta y la materia viva.
51 y 52 B. CONSTANT.—Política.
53 ST. MIL.—El utilitarismo.
54 SAN AGUSTÍN.—Meditaciones.
55 AZCÁRATE.—La República Norteamericana.
56 LUBOCK.—La dicha de vivir.
57 POSADA.—El parlamentarismo.
58 SÉNECA.—Tres libros filosóficos.
59, 60 y 61 BACON.—Novum Organum.
62, 63, 64 y 65 HEGEL.—Lógica.
66 VOLTAIRE.—Cándido ó el optimismo.
67 A. ZOZAYA.—La Contradicción política.
68 D'ALEMBERT.—Destrucción de los jesuitas.
69 A. ZOZAYA.—La crisis religiosa.

Las traducciones son *íntegras* y en su mayor parte directas.

A los señores libreros se les hace descuento de 50 por 100.

No se sirve ni contesta á ningún pedido que no acompañe su importe neto en metálico ó libranza, más 25 céntimos para el certificado.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE CUBA
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

TEC
1974